

ANTOLOGÍAS HOMENAJE A ANDERSEN



**TOMO 1
CUENTO
A – C**

MARIÉ ROJAS TAMAYO

Portada: Sarah Graziella Respall Rojas
5 años, Cuba

AGRADECIMIENTOS



Por el constante apoyo brindado durante la convocatoria y en la realización de estas antologías, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a:

Tolo Adrover
Emilse Zorzut
Magaly Sánchez
Magdalena Grande
Viviana Álvarez
Marisa Bianchi
Marisa Trejo
Carmen Sanjuan
Rosa Báez
Diana Gioia
Susana Luna
Denis Roland
Juanca Vecchi
Roberto Sotelo
Luis Asenjo
José Miguel Rodríguez
Yordán Rey
Vicente Grande
Taller de Gráfica de la Habana
Taller infantil de artes plásticas “Corazón” con su asesora Zomnía Miranda
Taller literario de la Universidad de Ciencias Exactas (UCI)
Taller literario Martí, Matanzas
Eugenio Blanco (Ludovico) y las maestras de la escuela Tomás Romay
Direcciones Municipales de Cultura Cubanas

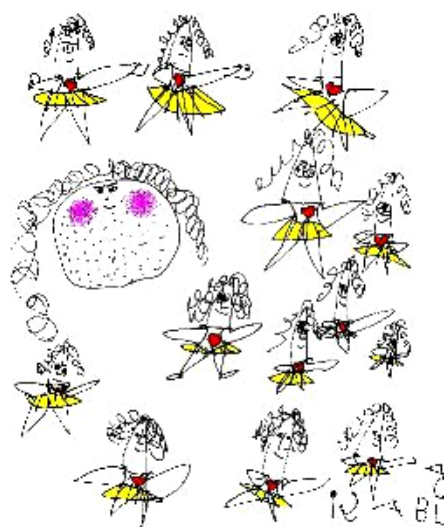
A todos los boletines, revistas, periódicos, listas de literatura, portales de Internet, emisoras de radio y programas de TV que ayudaron a difundir nuestro proyecto.

A mis hijos, Sarah y Ray, a mi madre Ana María, a mi esposo Raimundo, por el tiempo que les robé.

A los autores e ilustradores que colaboraron con estas antologías y, muy en especial, a los niños y niñas del mundo, que nos cedieron un trocito de su magia.

Marié Rojas

El Mago de los Sueños



La historia que voy a contarte sucedió hace una década. Yo tenía 12 años cuando me pasó y hasta ahora no he tenido valor para escribirlo. Mi nombre es Luis, aunque siempre me han llamado Sito, diminutivo de Luisito.

Mi vida la he pasado en un pequeño pueblo de Alicante. Prácticamente un barrio residencial, o una serie de urbanizaciones, alejadas de la ciudad. Éramos tan pocos niños que sólo había un colegio, y más bien, era pequeño.

Los sucesos extraños comenzaron un martes y trece de febrero, fecha que según mi padre trae mala suerte, como los gatos negros, los espejos rotos, pasar bajo una escalera, derramar sal o escupir hacia arriba. Afortunadamente, no soy supersticioso. Ese día yo había pasado por casa de mi amigo y vecino Federico, como de costumbre, para ir a clase. Le enseñaba mis nuevas pegatinas del álbum de la Liga de Fútbol, hasta que me interrumpió.

—Oye Sito, ¿quién es ese chico?

Miré hacia donde Federico me indicaba y vi a un niño al que no reconocí. Su pelo era negro como la noche y su ropa era también tenía color azabache. Pensé que a lo mejor iba de luto, como mi abuela, pero me pareció raro. Además estaba muy pálido. Al ver su perfil más cercano reconocí al niño que andaba triste y enfadado.

—Fede... ¿no es ese el Patozo?

—¿El Patozo? ¿cómo va a ser el Patozo?... anda, ahora que lo dices y que lo miro mejor, sí que podría ser él, pero está muy cambiado. No lleva gafas, ni tampoco tirantes ni camisa de cuadros, ni camina balanceando los brazos como si se le fueran a caer.

—Está muy cambiado. Pero aún así es él, es el Patozo.

En realidad se llamaba Joaquín Bermúdez, pero era mundialmente conocido (al menos en el colegio) como el Patozo. Patozo era muy torpe, mucho, muchísimo, hasta límites insospechados. Pero nadie le puso ese mote hasta que un profesor le llamó patoso por tirar una caja de pinturas y romperlas todas. Le castigó y dijo lo patoso que era, se le fue de las manos. Le gritó hasta desgañitarse y parecía que la voz se le iba a romper. Nos reímos mucho, fue muy ridículo y divertido, aunque el pobre estaba humillado. Entonces le pusieron por nombre Patozo. Después de eso sólo los mayores le llamaban Joaquín, y también a alguno se le escapaba lo de Patozo.

El pobre se equivocaba mucho en clase. Era fácil ponerle nervioso, y cuando se ponía nervioso nada le salía bien y los profesores se enfadaban con él. Cuando

salía a la pizarra siempre había alguien que se reía y lo ponía más nervioso todavía.

En cambio, el martes y trece que no le reconocimos tenía un aspecto muy distinto, daba hasta miedo.

—¿Tú qué crees que le pasa al Patoso?—le pregunté a Federico.

—No lo sé, a lo mejor está enfadado por la gamberrada que le hicieron el otro día.

—¿Cuál de todas?

—La última ¿no te acuerdas Sito?, Cuando salíamos de clase y Pepito le empujó al suelo. Y había estado lloviendo por la mañana y el suelo estaba lleno de barro y de charcos. Patoso se manchó de pies a cabeza y nos pusimos a reírnos ¿te acuerdas? Porque encima corrió a casa y diciendo que su madre se iba a enfadar por haberse manchado la camisa nueva.

—Sí que me acuerdo... cómo se pasa Pepito, yo no quería reírme, pero estaba tan gracioso con el barro hasta las orejas, y como tú tienes la risa tan contagiosa...

Patoso no habló con nadie al entrar a clase y los compañeros empezaron a cuchichear sobre él. El profesor vino acompañado de un nuevo alumno, Luis Alfonso, un niño ecuatoriano. Era el segundo inmigrante en clase. El padre de Luis Alfonso trabajaba en el campo y habían venido a vivir al pueblo.

El día siguiente, al despertarme una gran cantidad de luz se filtraba por la ventana y yo pensé que ya era muy tarde y no llegaría a tiempo al colegio. Corrí a desayunar, pero para mi sorpresa la leche no estaba puesta. Comencé a buscar a mamá, y no estaba por ninguna parte. Ella siempre me esperaba con el desayuno en la mesa y el almuerzo envuelto en papel de aluminio. Creí que era muy tarde y mamá se habría ido a trabajar sin acordarse de despertarme. Agarré la mochila y fui a por Federico. Le llamé a gritos, un poco después salió de su casa, parecía desconcertado y con algo de sueño.

—Qué raro— me dijo Fede— mis padres no estaban en casa ni mis hermanos, me he levantado y estaba solo en casa ¿sabes?

—¡Anda ya! Pues esto sí que es raro, porque cuando me he levantado tampoco mi madre estaba en casa... ¿qué hora es?— le pregunté.

Miró su muñeca, pero no llevaba reloj. Yo también lo había olvidado en casa.

Fuimos hacia el colegio. Nos habíamos abrigado con ropa de invierno, pero hacía calor como en verano y metimos las chaquetas en las mochilas. Las puertas de la escuela estaban abiertas, aunque el patio estaba desierto, como en las películas de vaqueros.

Deduje que tal vez había tocado el timbre y estarían ya en clase. Corrimos por el pasillo y subimos las escaleras para llegar a clase lo antes posible.

Exhausto, sin aire y precipitado, abrí la puerta y comprobé que en clase sólo estaban la mitad de los alumnos. ¿Qué estaba pasando?

La profesora tampoco estaba. Nuestros compañeros dijeron que éramos los únicos que había en todo el colegio. Nos asomamos al pasillo, era cierto, no se

escuchaba nada ni se veía a nadie. Me asomé a otras clases, nada. Todas las mesas vacías, las clases muertas de aburrimiento, las sillas en su sitio. El conserje no estaba, ni la directora, ni nadie más que nosotros.

No sabíamos qué hacer, a Nadia, la más guapa de clase, (al menos para mí) se le ocurrió llamar a la Policía. Fuimos al teléfono del conserje. El teléfono de la Policía comunicaba. Llamamos a nuestras casas y nadie contestaba.

Volvimos a clase y nos sentamos a pensar qué hacer. Pepe, el mayor abusón entre los abusones, decía que no estaba tan mal lo de estar solos. Que podíamos hacer lo que nos diera la gana sin que nadie nos riñera. Podríamos jugar al fútbol en clase. Hacer guerra de globos de agua, o montar un fuerte con las mesas.

El Patoso, Joaquín, también estaba en clase, seguía vestido de negro y se había sentado al final. De repente alguien entró por la puerta, era un adulto muy alto. Gigantesco, tuvo que agacharse para no darse con la cabeza contra el umbral de la puerta.

—Hola, ¡buenos días! Soy vuestro profesor, el señor Ródenas. Me han ordenado que me haga cargo de esta clase, sentaos todos ahora mismo.

El profesor tenía una melena larga y rizada que reposaba sobre sus hombros y una espesa barba que hacía espirales en su barbilla. Si me hubiera cruzado con él por la calle sin saber que era un profesor, me habría cambiado de acera, creería que es un vikingo, o un leñador, pero jamás un maestro. Además iba vestido con unas ridículas bermudas de flores rosas y una chaqueta americana verde. Era una especie de payaso sin sentido del humor.

—Bueno chicos... necesito un voluntario que salga a la pizarra.

Todos disimulábamos y mirábamos a otra parte. Los había que agachaban la cabeza esquivando su mirada, o se hacían los distraídos. Ninguno alzaba su brazo.

—A ver... Pepe, tú serás el voluntario, ven a la pizarra ahora mismo. Vamos a hacer un problema, escucha con atención. Dos trenes salen al mismo tiempo de una ciudad, van por una sola vía y hay una vaca justo en mitad de la vía. La vía tiene 500 kilómetros de larga y cada tren sale de un extremo. El tren de la izquierda viaja a 50 kilómetros por hora y el de la derecha a 60. El tren de la izquierda sale del extremo A y realiza dos paradas de un minuto cada una. El de la derecha sale del origen B y hace seis paradas de medio minuto cada una. La pregunta es: ¿cuál de los dos atropellará a la vaca primero? ¿En qué punto de la vía se chocarán los dos trenes?

Pepe hizo cuanto podía, que tampoco era mucho. Le salió humo por las orejas de pensar. Al fin el profesor Ródenas se cansó de que no le diera una respuesta y lo castigó. Fue a la biblioteca y trajo un volumen del diccionario enciclopédico. Le dijo a Pepe que como castigo no podría salir de clase hasta que no hubiera copiado 300 páginas del libro.

Pepe, el abusón de clase, obedeció sin atreverse a contestar al gigantesco maestro. Minutos después, la mitad de los alumnos estaban castigados copiando

y todos los tomos de la enciclopedia estaban en clase. A la otra mitad los castigó a hacer flexiones.

Había pasado ya mucho rato, y el que más había escrito sólo llevaba dos páginas, y los que hacían flexiones estaban cansados. Tardaban un minuto en hacer una sola flexión. Fui valiente, hablé en nombre de la clase y me enfrenté al profesor. Le pedí que por favor nos perdonase y nos quitara el castigo.

—Disculpe profesor Ródenas— le dije yo.

—Dime Luis.

—Es que estamos cansados, este castigo es muy duro. Nunca nos habían castigado así. ¿No podría ponernos otro castigo? ¿o que venga nuestra profe de siempre?

—Escucha pequeño, yo sólo cumplo órdenes, a mí el director del colegio y el alcalde de la ciudad, que son la misma persona, me ha ordenado que os enderece, que sea severo, y eso voy a hacer, aunque no me guste.

—¿El director es el alcalde? Eso no era así antes, seguro que es mentira.

—Sí, ¡eso es mentira! ¡mentiroso!—dijo Fede, y luego todos me apoyaron.

—Bien chicos, lo mejor es que os lo muestre. Él mismo os informará de la situación.

Pulsó un botón rojo en su mesa, un botón que yo nunca antes había visto. En ese instante del techo descendió una pantalla de plasma que cubría la pizarra entera. La pantalla se encendió y en ella había un tipo sentado de espaldas.

—Señor alcalde, soy yo, el profesor Ródenas, estos alumnos me han dicho que querían conocerle. Le importaría dedicarnos un minuto.

El hombre giró su silla y nos miró a la cara desde la pantalla. Llevaba un sombrero de tres picos, tenía la cara gris y los ojos verdes. Jamás habíamos visto a ese hombre. O quizás salía en alguna película de miedo, con ese rostro impenetrable y rasgos afilados.

—¡Está bien niños!— dijo el alcalde—, yo soy el alcalde de este lugar y aquí todos me obedecen. Así que el profesor Ródenas os enseñará con severidad para que aprendáis a obedecerme. ¿Está claro? Ahora no puedo dedicaros más tiempo, tengo cosas que hacer. Y mi tiempo es muy valioso como para perderlo con unos ¡inútiles! Como sois vosotros. Confío en que el profesor Ródenas sea tan severo con vosotros como os merecéis.

Se apagó la pantalla y el profesor apretó de nuevo el botón para que volviera a esconderse en el techo. Entonces se me ocurrió una idea, ese profesor no me parecía tan malo como nos quería hacer ver.

—Profesor...—dije yo.

—¿Qué pasa Luis? ¿qué quieres ahora?

—Sólo quería comentarle una cosa, es que yo pienso que aunque el alcalde le diga que tiene que ser duro con nosotros, usted nos puede dar clase como quiera. Porque el profesor es usted y puede decidir cómo serán las clases, el alcalde no puede ver lo que pasa aquí.

—Pues sí que es verdad, en eso tienes razón... humm, a mí tampoco me gusta trataros con dureza. Pero es que tengo órdenes de trataros así. No sé, quizás no pasaría nada si yo fuese un poquito más indulgente. ¿Sabéis qué? A partir de ahora voy a hacer lo que me dé la gana. ¿Y vosotros qué queréis que hagamos? Propusimos jugar a algo y estuvo de acuerdo. Resultó ser un profesor divertido. Era un payaso triste que recubperó su alegría interior. Pusimos las mesas en círculo y jugamos a polis y cacos. Fue divertido, pero no duró demasiado. Cuando mejor lo estábamos pasando llamaron a la puerta. El profesor abrió y entraron un montón de monos vestidos con uniforme militar. Se pusieron todo lo firmes que podían sobre sus dobladas patas. Hicieron un saludo militar. Luego uno de los monos, ante nuestros atónitos ojos, apretó el botón de la mesa que hacía aparecer la pantalla. En la pantalla volvimos a ver al alcalde.

—¡Ya me he enterado de lo que ha pasado chicos!— dijo el alcalde—, creíais que no os vería ¿verdad? Pues os equivocabais, yo me entero de todo. ¡Tengo ojos por todas partes! Habéis embaucado a Ródenas, le habéis engañado para que me traicione. No volverá a pasar. ¡Monos! llevaos al profesor Ródenas, está usted despedido. Y le castigaré arrojándole a un pozo sin fondo.

—No... por favor, perdóneme. Lo siento señor alcalde, sólo quería hacer las cosas bien... no quería ser malo.

Los monos le amarraron de los brazos y lo arrastraron fuera de la clase. Esos monos tenían una fuerza sorprendente. Manejaron al enorme profesor como si fuese una marioneta. Estaba un poco decepcionado. Yo creía que Ródenas se habría podido enfrentar a los monos y darles una tunda.

—Y vosotros, niños, quedaos quietecitos porque pronto enviaré a un nuevo profesor, a un sustituto que os ponga firmes— dijo el alcalde.

Y la pantalla se escondió de nuevo. Nos dejaron solos. Yo me levanté, se me había ocurrido otra idea. Propuse a mis compañeros que nos escapáramos, que intentásemos salir del colegio y huir del malvado alcalde. Les animé para que se uniera a mí quien quisiera. Los únicos que se atrevieron fueron Luis Alfonso, Federico, Pepe, Nadia y el Patoso. Los otros chicos no quisieron. Decían que iban a hacer caso al alcalde porque parecía cruel, despiadado y poderoso. Pensaban que nos podría hacer daño si le desobedecíamos. Los monos tenían dientes afilados y a lo mejor les mandaba mordernos. Estaban asustados. Era normal. También yo tenía miedo. Y precisamente por eso quería escapar.

Los seis que nos atrevimos a intentar huir corrimos por el pasillo hacia la puerta de salida, pero cuando nos asomamos por el cristal vimos que un nuevo profesor se acercaba acompañado por los monos. Dimos media vuelta y nos escondimos en un cuarto trastero. Era una habitación de dos metros cuadrados donde la mujer de la limpieza guardaba el cubo de fregar, el mocho y la escoba. Allí estuvimos hablando, intentando convivir con los utensilios de limpieza.

—Chicos, no sé a vosotros, pero a mí lo que está pasando me parece rarísimo, juraría que es un sueño.— comenté yo.

—Es verdad Sito, bien podría ser un sueño— dijo Federico.

—¿Pero de quién es el sueño? Porque estamos todos en él, no podemos tener todos el mismo sueño, eso no tendría sentido. ¿Os es que os habéis metido en mi cabeza?— dije yo.

—Bueno, si se trata de un sueño, podemos intentar despertarnos.

Así que empezamos a darnos pellizcos unos a otros, pero nada, ninguno se despertaba. Tendríamos que buscar otra forma de huir del sueño, si es que eso era realmente un sueño, y no una pesadilla hecha realidad.

Salimos del escondite, los monos y el sustituto ya no estaban.

Ya habíamos escapado del colegio sin que nadie nos hubiera visto. El colegio estaba a unos minutos de los edificios de nuestro pueblo. Caminábamos desconcertados y asustados por lo que nos estaba pasando. Ninguno quería admitirlo, pero estábamos asustados. Una voz fue llegando a nuestros oídos de manera paulatina. La voz venía de unos arbustos en el camino. Miramos allí y apareció tras los matorrales un enano. No era un enano como los de los cuentos, porque no llevaba sombrero picudo ni barba hasta la barriga. Simplemente era un hombre extremadamente pequeño que vestía una túnica azul. Era más bajo que cualquiera de nosotros, parecía, por su tamaño, algún animal silvestre en lugar de un humano. Nos hacía gestos con las manos y nos decía que nos acercásemos.

El enano era muy simpático. Nos dijo que su nombre era Merdebuz y que había escapado al control del alcalde. Nos pidió que nos sentásemos a su alrededor y así lo hicimos. Decía que de esa manera nos veía mejor, que podía mirarnos a los ojos sin estirar la cabeza. Porque aun sentados, éramos más altos que él.

El enano nos contó lo siguiente:

—Mirad muchachos, el alcalde es muy poderoso, tanto que es él quien os ha encerrado en esta tierra. Todo lo que veis a vuestro alrededor, es posesión suya, es una tierra de sueños. Estais profundamente dormidos. Y si el alcalde no decide lo contrario, ni tan siquiera podréis despertar jamás, os quedarías aquí encerrados para siempre, hasta el fin de los tiempos. La única posibilidad que tenéis de regresar a vuestras respectivas casas, es acudir a verle y suplicarle. Aunque, francamente, por lo que sé, está muy enfadado con vosotros y tiene intención de esperar a ver cómo envejecéis y os pudrís en esta prisión.

Yo no podía creerme lo que estaba escuchando, lo que nos estaba pasando. Me había quedado helado. ¿Que estábamos atrapados en un sueño y el alcalde nos odiaba? ¿por qué? ¿qué habíamos hecho para merecerlo? Me faltaba el aire, estaba angustiado. Me sentí mareado y el suelo parecía moverse. A alguno de mis amigos le asomaban las lágrimas y empazaban a deslizarse por sus mejillas.

—Oye... has dicho que te llamabas Merdebuz ¿verdad?

—Sí— contestó el enano.

—Pues, Merdebuz, ¿Podrías decirnos dónde podemos encontrar al alcalde? A lo mejor si se lo pedimos no quiere soltar y nos explica por qué está enfadado con nosotros.

—Bueno, allá vosotros, os lo diré. Pero no creo que os perdone, más bien creo que os castigará para toda la eternidad. De cualquier manera, podéis hallarle en su castillo. La mansión está en el centro del pueblo, se levanta por encima de todas las casas, la veréis enseguida. La construcción tiene dos torres con pináculos y una tercera torre campanario. Además la fachada tiene ventanales acristalados pintados de colores, os gustará, es bonito.

En mi pueblo no había ningún castillo, ni nada parecido. Pero si lo que el enano decía era verdad, y en efecto estábamos en una tierra de sueños, cualquier cosa, hasta la más descabellada, era posible.

Después de un largo camino, logramos ver el pueblo a lo lejos. En el horizonte se percibía cómo de entre las casas del pueblos emergían las tres grandes torres del castillo. Los pináculos atravesaban las nubes del cielo, que no eran blancas sino moradas.

El castillo no era la única diferencia que descubrimos desde la lejanía. El pueblo y su entorno habían cambiado mucho. Porque ahora las casas estaban rodeadas por un espeso bosque que deberíamos que atravesar.

Entre los árboles había álamos centenarios, pinos amenazantes y sauces llorones que nos acompañaban en la pena. Sus hojas se mecían en el viento como si fueran nuestras propias lágrimas. Las ramas de los árboles era muy espesas y casi no dejaban pasar la luz del sol, por lo que arrastrábamos los pies con pesadumbre entre una oscuridad casi absoluta. Pero ya podía verse el fin del bosque y eso nos esperanzó, porque muchos ruidos tras el espesor de las ramas y arbustos nos estaban amedrentando.

Sin embargo unas siluetas aparecieron ante nuestra vista en el camino. Unas pequeñas figuras que se hacían más y más grande se nos acercaban peligrosamente. Parecían diminutos monstruos.

Mis amigos estaban perdidos y desesperanzados. Luis Alfonso estaba de rodillas en el suelo, decía que sus pies le dolían muchos. Que le habían salido como diez cayos de tanto caminar y lloraba, quería que sus padres le rescatasen. Que estaba harto de esta pesadilla, quería salir y olvidarse de los monstruos.

—¿Y ahora que hacemos?— preguntó Nadia.

No eran monstruos lo que venía hacia nosotros, eran unos monos semejantes a los del colegio. Iban uniformados y daban saltos por el camino. Pero estos monos además estaban armados con lanzas y espadas y tenían unos enormes colmillos que brillaban en la lejanía.

Intenté pensar rápido... tenía que ocurrírseme algo. Ya estaban cerca y no podríamos escondernos. La inspiración visitó mi mente y se me ocurrió una posible solución. Si estábamos en un sueño, en los sueños puede pasar cualquier cosa, también nosotros podríamos aprovecharnos de ello, o al menos había que intentarlo.

Pedí a mis amigos que se hicieran a un lado, Patoso me preguntó varias veces lo que iba a hacer, pero le dije que esperara a verlo. Él se quedó con cara de reacción enfadado, no parecía aprobar mi idea.

Descolgué una rama de un árbol, le di vueltas en el aire y deseé que se transformara en una red enorme. Sorprendentemente la rama se convirtió en una gran red de pescar.

Los monos estaban ya cerca, a unos pasos de nosotros. Mis amigos estaban escondidos tras los troncos de los árboles. Yo afiné la puntería y les arrojé a los monos la red encima. Quedaron atrapados como si fuesen peces y cuanto más se revolvían para escapar, más enredados se quedaban.

Mis compañeros de clase me aplaudieron asombrados, todos menos patoso. Me preguntaron cómo lo había hecho, les dije que era magia y solté la risa floja.

Proseguimos nuestro camino. Ya casi estábamos fuera del bosque, entrando al pueblo, cuando un mono apareció de la nada. El mono llevaba un traje de camuflaje hecho con piel de camaleón. Ese material le permitía adquirir el color de los troncos de los árboles, de los matorrales o del suelo.

Nos sorprendió por la espalda y me agarró, clavándome las uñas para que no pudiese moverme. Me subió a sus hombros y echó a correr. Me estaba secuestrando. ¿Qué pensaría hacer conmigo aquel mono?

Saltaba por los árboles con una facilidad pasmosa. Como si yo no pesara más que una pluma y tuviese muelles en lugar de piernas.

Mis amigos se quedaron inquietos y nerviosos.

—Tenemos que hacer algo— decía Federico.

—¿Pero qué vamos a hacer? Si Sito era el que tenía las ideas y el que nos ha traído hasta aquí, no podemos hacer nada para rescatarle, esos monos son muy fuertes, no nos tendríamos que haber fugado. No deberíamos haber desafiado al alcalde ni tampoco a los monos— dijo Pepe.

—Eso es verdad, todo es culpa vuestra, ¿para qué desobedecéis? Si nos han dicho que nos quedemos en clase, nos deberíamos haber quedado— dijo Patoso. En ese preciso instante, Federico, mi mejor amigo de siempre y para siempre, sacó valor de donde nadie sabía que lo tenía, empezó a correr hasta dejar atrás al resto. Me perseguía, quería rescatarme de las garras del mono. Pensó que si quería cogerme tendría que usar la magia igual que yo lo había hecho. Entonces también llegó a la conclusión de que en los sueños puede pasar cualquier cosa y no existen ni las leyes de la física, ni las de la razón, ni tampoco las de los hombres. No hay normas y todo vale.

Cogió cuatro piedras del suelo y las puso debajo de sus zapatos.

—¡Cos ordeno que os convirtais en patines con supervelocidad!— gritó.

Y las piedras se convirtieron en patines de línea que llevaban incorporados un motor a reacción y ruedas todorreno.

A la velocidad de un relámpago seguía al mono, que aún saltaba de árbol en árbol conmigo a la espalda. Yo estiraba al mono de las orejas y también intentaba meterle el dedo en el ojo. Lo hacía para que me soltara y para molestarle, pero no conseguía que me dejase tranquilo. La fuerza con la que me apretaban sus brazos era inquebrantable.

Miré atrás y veía a mi amigo Federico que venía al rescate. Iba rapidísimo en unos patines todo terreno. Consiguió adelantarnos, trepó entre dos troncos y cuando el mono pasó por encima de él lo agarró del rabo y lo empujó al suelo. Creo que era la cola el punto débil del mono, porque chilló mucho y parecía que le había hecho daño.

El mono y yo nos dimos de culo contra el suelo, pero el mono ya me había soltado. Federico todavía le sujetaba del rabo y el animal chillaba enloquecido. Federico sacó una cuerda y le dejamos atado a un árbol para que no nos molestara más.

—Muchas gracias por venir a buscarme Fede, tú si eres un buen amigo. No sabía que fueras tan valiente, estoy orgullosos de ti.

—No es nada, sé que habrías hecho lo mismo por mí. Los otros tenían miedo de venir a buscarte, pero tampoco les culpo por ello. Todo esto es muy raro y peligroso.

Más adelante encontramos al resto de amigos. Se alegraron al vernos de vuelta. Pepe estaba alterado. Decía que entre nosotros había un traidor que trabajaba para el alcalde y por eso siempre sabían encontrarnos. Pepito acusó a Luis Alfonso de ser el traidor. Porque decía que era el nuevo, que a partir de su llegada habían comenzado a pasar cosas raras.

Yo salí en defensa del nuevo, no teníamos ninguna prueba contra él. Al menos conseguí aplazar la discusión y que siguiéramos caminando hacia el castillo. Las casas del pueblo ya no eran las nuestras. En lugar de eso habían aparecido unas casas de piedra y barro más propias de otra época, quizás de la edad media. Las techumbres eran de madera y el camino no estaba asfaltado. En el suelo todo eran piedras. En cuanto a la gente, tampoco estaban nuestras familias ni ningún conocido. Simplemente seres extraños que nos miraban con recelo desde sus puertas y ventanas, o que se cruzaban con nosotros sin quitarnos el ojo de encima.

Nadia se abrazó a mí. Eso me hizo sentirme muy bien, no sólo porque me dio calor, sino porque es guapa y muy simpática. Me gusta esa chica. Y pensé que el hecho de que, estando asustada, se abrazase a mí en lugar de otro, tal vez significase algo positivo. A nuestro lado pasó un hombre que tenía cabeza de burro. Pensé que no era más que una máscara, pero entonces nos rebuznó y nos enseñó sus enormes y descolocados dientes.

Al fin nos plantamos frente a las puertas del castillo. De entre los tablones de madera de las puertas sobresalían dos pesadas arandelas de hierro macizo con una cara de dragón moldeada. Esas arandelas debían ser para tocar la puerta, así que llamamos dos veces.

Las puertas, que tenían tres metros de altura y dos de anchura, se abrieron lenta y ruidosamente. Tras de ellas apareció el portero. Era un bufón de corte, con un gracioso gorro de seis colores diferentes. Tenía un bastón con cascabeles y estaba plantado justo en el centro de la entrada, para controlar quién entraba y quién salía del castillo.

—¿Quién llama a la puerta?

—Somos alumnos del colegio, hemos venido a pedir cita con el alcalde, queremos hablar con él para que nos deje irnos de esta tierra. Queremos volver a casa.

—Así que sois vosotros los golfos que se han escapado... y tenéis la poca vergüenza de venir y entrar por la puerta grande. No deberíais haber venido, vuestra orden era quedaros en clase. Hum.... habéis sido muy valientes... y os voy a confesar un secreto —dijo el bufón en voz baja y con la mano tapando su boca— el alcalde me cae fatal. Es muy antipático y tiene mal genio. Me tiene aquí todo el día abriendo la puerta y mandando a paseo a los que quieran entrar. No deja entrar a nadie, es muy poco sociable. Menudo desperdicio, un castillo tan grande y sin visitas. Eso me entristece. Pero vosotros parecéis simpáticos. Así que... ¿sabéis qué? Creo que os voy a dejar pasar. A ver si le hacéis un poco la puñeta. Pero si os pregunta cómo habéis entrado, no le digáis que os he dejado pasar, decidle que os habéis colado por una ventana, trepando con una cuerda. ¿Vale? O mejor, que habéis entrado por el alcantarillado y luego subisteis al castillo por un túnel.

—Vale.

—En ese caso podéis pasar. —el bufón nos detuvo con una mano y dijo— Pero antes de entrar, ¿debéis hacerme un favor? Porque aunque yo sea un tipo simpático, no hago nada gratis. Así que a cambio de mi favor os pediré algo. Entendedme, yo soy un bufón, me gano la vida haciendo reír a la gente. Ya que no dejo entrar a nadie al castillo, por lo menos debo contarles historias divertidas. Y también entretengo al alcalde a menudo. Por ese motivo, lo que os pido a cambio de mi favor, es que me contéis un chiste.

—¿Un chiste?

—Sí, un chiste, algo gracioso, que me haga reír. No es tan difícil contar ni inventarse un buen chiste. Y para mí es muy valioso. El chiste que me deis será un regalo, pasará a pertenecerme. Vosotros tendréis que olvidarlo para siempre y sólo yo lo contaré. Es un precio razonable a cambio de entrar al castillo a buscar vuestra libertad. ¿verdad? Pero eso sí. Que sea un buen chiste, no me vale cualquier cosa. Nada de tonterías del tipo “van dos y se cae el de en medio”, o “va un caracol y derrapa”, ni “¿para qué cruzó la gallina la carretera” ya sé que fue para llegar al otro lado. ¿Está bien? Que sea un chiste divertido y elaborado, una buena historia entretenida.

—Está bien, pero danos un momento.

Nos alejamos para discutirlo. Habría que contarle un buen chiste. Cada uno de nosotros eligió el mejor de sus chistes y se lo contó a los demás. De entre todos el mejor fue el de Pepe, y él fue quien se lo contó.

—Bueno, empiezo— Pepito aclaró su garganta, hizo crujir sus nudillos y se puso manos a la obra— ¿Sabe aquél que dice? Que resulta que los animales de la selva habían organizado un concurso de chistes. Pero las normas eran un poco estrictas. El reglamento exigía que cada uno de ellos a contaba un chiste y si

había al menos un animal que no se riese, el león se comería al que lo había contado. Al león, rey de la selva y organizador del concurso, le gustaba mucho reírse, y por ello convocaba aquel extraño concurso todos los años en primavera. Aquel día el primero en contar un chiste fue el camaleón. Contó uno divertidísimo, buenísimo. Además imitaba muy bien a los personajes y los animales se rieron muchísimo. Lloraban de la risa, les había hecho mucha gracia. La hiena rodaba por el suelo con la mandíbula desencajada de tanto reír. Pero había un animal que no reía, la tortuga. El león le dijo: lo siento mucho camaleón, tu chiste era muy gracioso, yo personalmente he reído de risa. Nunca había escuchado uno tan bueno. Pero la tortuga no se ha reído así que... ya conoces las reglas. Y el león se comió, a su pesar, al camaleón. Después el ornitorrinco contó un chiste sobre una hormiga y un Golf GTI, también se divertieron, pero la tortuga seguía sin reírse. El león se zampó al pobre ornitorrinco. El siguiente fue el mapache. El mapache, en cambio, contó un chiste malísimo, los animales le estaban abucheando, no había tenido ninguna gracia. Fue un chiste ordinario y de mal gusto. Pero de repente empezó a escucharse a alguien que se reía, una risita que se iba haciendo más fuerte hasta convertirse en carcajadas. Era la tortuga, tenía una sonrisa de oreja a oreja (aunque las tortugas no tienen orejas, pero como si las tuviera) le caían las lágrimas y se revolcaba por el suelo cogiendo su barriga. Los animales estaban extrañados. ¿Cómo le podía ver la gracia a aquel chiste tan malo? El león se acercó a ella y le dijo: oye tortuga ¿qué pasa contigo? Cuentan dos chistes muy buenos y divertidos y tú no te ríes. Y ahora que el mapache cuenta uno sin gracia, te partes de risa. Pobre camaleón, que me lo he merendado, y pobre ornitorrinco. No lo entiendo, ¿cómo te ha podido hacer gracia el chiste que ha contado el mapache?. Y la tortuga va dice: JAJAJAJ, no... JAJAAJ, verás, es que acabo de entender JAJAJA, el chiste que había contado el camaleón, JAJAJA, acabo de cogerlo ahora, era divertidísimo, qué gracioso que había sido el camaleón, JAJAJA, qué tipo tan divertido, JAJAJA, ya lo he pillado. Al portero del castillo, el bufón, le gustó el chiste del concurso en la selva. Nos agradeció que se lo hubiéramos contado y nos dejó pasar, no sin antes prometerle no decir a nadie que él nos había permitido entrar. El palacio parecía, por dentro, más bien un manicomio. Los funcionarios y el resto de trabajadores del recinto corrían disfrazados de un sitio para otro. Llevaban columnas de papeles que querían que les firmasen por cuatro veces en cuatro sitios distintos.

—Estos adultos están como cabras— apuntó Federico.

—No sabes cuánta razón llevas.

—¿Dónde estará el alcalde?

—No tengo la menor idea. Vamos a preguntar a alguien— propuse yo.

Detuvimos a una mujer, nos dijo que para pedir cita con el alcalde teníamos que ir a la ventanilla 3 G. La estuvimos buscando y la encontramos. La chica que trabajaba en la ventanilla nos contó que para si queríamos hablar con él era

necesario traer un montón de documentos que, como era evidente, no teníamos. Nos hacía falta un pasaporte del gobierno chino, un permiso especial del ministro de Educación y Ciencia de las Artes Marciales y Escénicas, una foto dedicada por Miss España con un beso que la sellara, un permiso de residencia en las islas Caimán, un cazasueños, una boina de Francia, el uñero de una bailarina coja, un seguro de vida, el anillo de compromiso de una princesa europea, unos patucos y dos hojitas de azafrán.

Era imposible conseguirlo todo. Nos miramos unos a otros, decepcionados por haber llegado tan lejos y no poder hablar con el alcalde. De repente, Pepe vio pasar a los monos que nos habían seguido antes. A lo mejor si les seguíamos encontraríamos al alcalde.

Ninguno nos había visto seguir a los monos. Fueron a una gran escalera de caracol que seguramente llevaba a una de las torres. Les seguimos y después de subir doscientos peldaños ya estábamos echando en falta un ascensor. Subimos otros trescientos escalones, sudando y arrastrándonos por el suelo, y encontramos el despacho del alcalde, en lo más alto de la torre. Nada más llegar arriba, observamos que había un ascensor junto a las escaleras. A Pepe le dieron ganas de sacudirme un tortazo, pero por suerte estaba demasiado cansado.. Entonces le vimos. Allí estaba, sentado en un trono de bronce con ninfas y dragones esculpidas en el respaldo. El trono estaba de espaldas a nosotros, mirando a un ventanal. Veíamos las manos del alcalde apoyadas en los reposabrazos. En el fondo tenía miedo de volver a presenciar su rostro gris y espantoso. Necesitaba valor para enfrentarme a él y todo su poder. Yo, y también mis otros amigos deseábamos regresar a casa. Nadia me observaba ansiosa, confiaba en mí, le guiñé un ojo como gesto de confianza. Los monos se habían situado a sendos lados del trono, protegiendo a su amo y señor, mostrándonos las afiladas lanzas que portaban.

—Disculpe... señor alcalde. Hemos venido a visitarle. Deseamos hablar con usted—dije yo.

Y una voz grave que retumbó por las paredes inundó la habitación.

—Os estaba esperando pequeños revoltosos desobedientes— dijo el alcalde. Se levantó de trono y nos miró desafiante, con su piel gris y una capa de dos metros que arrastraba por el suelo.

—¡Este mi mundo, mi alcaldía, mi creación! Vosotros pretendéis desafiarme, seréis castigados por ello.

—Perdone señor alcalde— le dije yo— nosotros no queremos desafiarte, sólo queremos salir de aquí, irnos a casa, salir de este sueño, esto es una pesadilla para nosotros. No lo estamos pasando bien.

—Tienes razón, esto es un sueño, mi sueño, pero no podéis salir de él, y nunca podréis.

—¿Pero por qué? ¿por qué quieres fastidiarnos? ¿por qué nos castigas? ¿qué te hemos hecho para que estés enfadado con nosotros? ¿por qué nos odias? no te hemos hecho nada.

—¿No? ¿Estás seguro? Pues quizás sea porque no me has reconocido con esta máscara.

Entonces el alcalde clavó sus uñas en la piel de su barbilla y se arrancó la cara, que resultó ser una máscara de piel. Debajo del disfraz se escondía el rostro de... Patoso. Nuestro amigo el Patoso era el alcalde. ¿Pero cómo podía ser si había venido con nosotros todo el camino? miré atrás y Patoso ya no estaba.

—Este es mi sueño, Sito—dijo el alcalde, que ahora se había mostrado con la cara de Patoso— y en él puedo hacer lo que quiera. Vosotros fuisteis crueles conmigo en el colegio, siempre lo habéis sido, y ahora yo seré malo con vosotros. Me divertiré a vuestra costa. Cuando descubrí que tenía el poder y la magia para arrastraros a mis sueños y encerraros en ellos para siempre, decidí vengarme por todas las veces que me lo habéis hecho pasar mal.

—Oye Patoso... o si lo prefieres te llamo Joaquín, nosotros sentimos mucho habernos reído de ti... pero déjanos salir, por favor, prometemos portarnos bien. Tampoco hemos sido tan malos contigo, sólo te pusimos ese feo mote de Patoso.

—¿Ah sí? ¿no habéis sido malos conmigo? Te recordaré una pequeña lista de incidentes para que te sirva de muestra. Pepe, siempre, siempre, se come mi bocadillo a la hora del almuerzo, y si no le gusta, lo tira a la basura en lugar de dejar que me lo coma. Paso un hambre de demonios, por eso estoy tan delgado. Cuando jugamos al fútbol, siempre me ponéis de portero, y a mí no me gusta, y me llevo todos los balonazos. Ninguna chica me ha mirado nunca si no ha sido para reírse de mí o señalarme con el dedo. Siempre que salgo a la pizarra me ponéis nervioso para que me equivoque y entonces os reís. Os metéis con mi ropa y mis deportivos. En las guerras de globos de agua siempre vais todos a por mí. Nunca me invitáis a las fiestas de cumpleaños. Cuando me corto el grito os pasáis una semana dándome collejas al grito de “el que se pela se estrena”. Os copiáis de mí en los exámenes, me quitáis los trabajos les cambiáis el nombre y los entregáis vosotros. Y un largo etcétera que no tengo ganas de seguir recordando, ¡porque me duele hacerlo!

Patoso, o mejor dicho, Joaquín, se dio la vuelta de brazos cruzados. Estaba a punto de llorar, como tantas otras veces. Habíamos sido muy malos, crueles y terribles personas con él. Yo lo reconocía. Nadie había sido bueno en clase con el pobre Joaquín. Era normal que nos guardase rencor.

—Oye.... Joaquín— dije yo— lo siento mucho, en nombre de todos, a que sí. Mis amigos dijeron que sí, que también lo sentían y se habían portado muy mal.

—Mira, Joaquín —seguí diciendo yo— ya no podemos cambiar lo que hicimos en el pasado. Pero te prometemos que nunca más seremos malos contigo.

—No sé, seguro que me estás engañando... no puedo fiarme.

—Joaquín... si lo que quieres es hacer amigos, no puedes obligarles a que sean tus amigos. Si nos obligas a tratarte bien, por la fuerza, sólo conseguirás quedarte sin amigos, porque sólo te obedeceríamos por miedo, no porque nos cayeras bien. Eso no es amistad. La amistad es cuando ayudas a otro porque te

cae bien y no esperas que te devuelva el favor. Si utilizas tu magia para ayudarnos y divertirnos mientras todos dormimos, harás un montón de amigos y te divertirás mucho, no sólo en tus sueños, sino también cuando despiertes. Y te prometo una cosa, ya nadie te llamará Patoso, a partir de ahora todos te conocerán como el Mago de los Sueños.

—¿Tú crees Sito?— me preguntó el Patoso, quiero decir, Joaquín— ¿ya no me tomarán por el tonto de la clase?

—Claro que no. Mira lo alucinados que nos has dejado a todos. Es mejor que nos divirtamos juntos, en los sueños, a que tengamos pesadillas, ¿no crees? Joaquín confió en mí, le había convencido.

Cogió un bastón y dibujó un círculo en la pared, allí se abrió una puerta mágica rodeada por fuego. Dentro de la puerta podía verse un manto de estrellas que envolvía nuestro auténtico pueblo.

Joaquín estaba contento y nos invitó a que cruzásemos la puerta. Todos entramos por ella, era un umbral que nos llevaba al mundo real.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en casa, envuelto entre las sábanas de mi cama. Por la mañana, en el colegio, hablé con todos los que aparecieron en mi sueño. No sólo había mi sueño. Todos habíamos tenido el mismo sueño. Fuimos corriendo a buscar a Joaquín, porque no había ido a clase ese día.

En su casa ya no había nadie, parecía haber estado siempre desierta. Nos encontramos con los del camión de mudanzas, nos dijeron que la familia que vivía allí se había mudado a otra ciudad. A pesar de las explicaciones, muchas dudas me inquietaron, porque además algunos decían haber visto merodear a un mono cerca de la casa. Mi madre decía que sería mentira. Que cómo iba un mono a rondar por allí si no había ningún circo.

En clase recordábamos con cariño a Joaquín. Ya nadie habla de él como el Patoso, sino como el Mago de los Sueños, o el chico mágico, o aquel que nos secuestró una noche y luego desapareció.

Cada vez que tenemos un sueño divertido y alucinante, creemos que es él quien nos está ayudando a tenerlo. Porque si algo tuvo siempre, fue una gran fantasía. Ningún adulto, ni nuestros padres ni profesores, se creyeron la historia. Decían que era imposible que todos tuviésemos el mismo sueño. Que era una historia que nos habíamos inventado para tomarles el pelo. O que a lo mejor era un sueño parecido porque habíamos visto todos la misma película, pero que lo que decíamos de Joaquín y su magia era pura fantasía.

A menudo sueño con los monos y con el alcalde, pero hace una semana me pasó algo increíble: volví a encontrarme con Joaquín, el Mago de los Sueños. Hablé con él en sueños durante bastante tiempo, me dijo que le diera recuerdos a todos los compañeros, que era muy feliz con su nueva vida, y también me dijo que, cuando soñaba, viajaba por todo el mundo, por los sueños de niños y adultos de cualquier parte de la Tierra, ayudando a que sus sueños fueran más bellos y a que mientras durmiesen se olvidaran de los problemas de la vida real. Me alegré

mucho de verle, aunque estuviese dormido sabía que era él y que estaba haciendo feliz a mucha gente. Por ese motivo pensé que había llegado el momento de que alguien escribiera la historia de nuestro compañero de colegio, el Mago de los Sueños.

Abel Bri

España

abelbri@hotmail.com

Ilustración: Isabella Ferrer Fernández

5 años

CUBA

elmerferrer@cubarte.cult.cu

El nuevo río



Una mañana, salió el más hábil y fuerte hachero de la montaña, a quien todos conocían como Pepe el Hachero, con su herramienta de trabajo al hombro. Pero mientras cortaba la leña dio un hachazo tan fuerte que picó la montaña a la mitad. Inmediatamente brotó un hilo de agua que fue engrosándose hasta convertirse en un río limpio y cristalino, y comenzaron a saltar peces

de colores, grandes, medianos, chiquitos, cortos, largos, redondos, y de muchas formas más.

Pepe, maravillado de tanta belleza, se acercó y sonrió. Se veía el fondo del río, los peces, las jicoteas. Los pájaros empezaron a llegar y bañarse. Se lavó la cara y se le iluminó el rostro de placer. Corrió al pueblo a dar la noticia.

No le creyeron hasta ver aquel regalo de la naturaleza. Caminaron por la ribera mientras recogían flores y jugaban. Otros se tiraron a nadar. En tanto, los más viejos del pueblo se reunieron para decidir como llamar al río y qué hacer con él.

Llamémosle Río de la Montaña—propuso uno.

No, mejor Río de la Hermosura—replicó otro.

Río de la Exquisitez.

El de los Peces de Colores.

De las Cristalinas Aguas.

De entre tantas voces en desacuerdo se levantó el más anciano y respetado del grupo.

Vayamos al nacimiento del río y preguntémosle, él nos responderá.

Allá se dirigieron los pobladores y subieron la montaña por antiguos trillos cortados por el cause, que fue convirtiéndose en arroyo, luego en arroyuelo hasta llegar aun hueco redondo redondo como un pozo. Escogieron al niño más inteligente y vivaracho quien se acostó bocabajo en el borde e inclinando la cabeza preguntó en voz alta pero dulce:

Querido y lindo río de mis sueños, bueno como el más bueno de los ríos, no llegamos a un acuerdo con tu nombre ¿Cómo quiere llamarse esta maravillosa fuente descubierta por la fuerza de nuestro hachero Pepe?

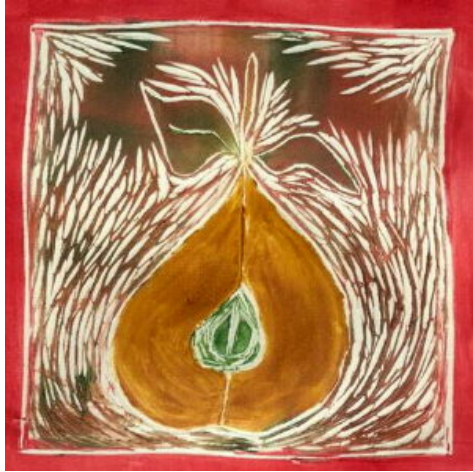
PEPE PEPE PEPE PEPE PEPE

Y cargaron al hábil hachero. Ese día fue bautizado con el nombre que escogió el mismo mágico y transparente caudal como cada ser que se respete.

Todos celebraron en la noche el nacimiento del nuevo miembro de la montaña, de esta nueva vida que trajo placer y prosperidad para sus habitantes y sobre

todo los niños que allí jugaron a las competencias de nado, pesca, polo acuático, carrera de botes, mientras de la orilla, complacido, los observaba el noble Pepe.

La lección de la montaña



Érase una vez, en un pueblito muy lejos, entre bosques extensos y caudalosos ríos en que sucedió algo sorprendente. Resulta que Pepe el hachero, el más hábil y fuerte hachero de la montaña, una mañana, cortando la leña, dio un hachazo tan pero tan fuerte que picó la montaña al medio.

Su hijo, que lo acompañaba para aprender del oficio, le dijo admirado: “¡Papá, eres el mejor del mundo!”

Pepe no salía de su asombro. Debe haber sido por el desayuno de leche de chiva que tomó, el doble de lo habitual.

¡Papi, vamos a ver qué hay dentro—dijo el niño y corrió hacia el interior de la rajadura que se veía claramente entre el suelo desnudo donde antes hubo grandes árboles que fueron derribados gracias a la destreza y la fuerza de su papá, y del padre de su padre, y del padre de este, y continuaría consigo mismo. Pepito entró y anduvo a tientas mientras adaptaba sus ojos a la poca luz.

Cantaba una canción que se le había ocurrido.

Mi papá es un campeón,
Es más fuerte que un león,
De un solo golpe rajó
Por el medio el gran peñón.

Así cantaba y tarareaba cuando sintió que lo miraban y preguntó.

¿Quién está ahí?

Somos los arbolitos del bosque —respondió una voz muy finitica. Fue cuando percibió un palito frente a él y muchos más detrás de este.

¿Eh, pero si son arbolitos qué hacen aquí adentro escondidos y tan apretados con tanto espacio allá afuera para ustedes? ¿y por qué están tan flaquitos?

Es que tenemos miedo de estar allá. Estamos flaquitos porque para ser grandes y fuertes necesitamos, además de agua, la luz del sol, y los pájaros y los otros animales.

¿Y a qué le temen tanto afuera? No hay peligro alguno. Nosotros andamos por todas partes y no hay nada que temer.

En eso entró Pepe y los arbolitos corrieron sin saber adónde ir en la oscuridad. El hachero no veía aún y solo escuchaba el alboroto por lo que apartó al niño y empuñó el hacha.

¡No, por favor, no!

¡Auxilio!

¡Ayúdenos!—gritaban cientos de voces.

No teman, es mi papá. Él los cuidará.

No, con su hacha nos cortará y convertirá en leña. Es por eso que no salimos al sol.

No, él los cuidará ¿verdad, Papá?

Pepe lo miraba desconcertado y no comprendía bien. El niño le explicó y fue cuando entendió, le temían a su hacha que tantos árboles derribó durante años en toda la zona por lo que la tiró lejos y se sentó a mirar. Eran pinos, caobas, cedros, ocujes, jiquí, júcaro... los reconocía de su experiencia. Resonaban las palabras de su hijo, pensó en el asunto y tomó una decisión.

Salgan todos al aire libre—dijo poniéndose de pie—, nosotros los sembraremos y los cuidaremos y nunca más verán un hacha por los alrededores.

Pepito lo abrazó fuerte: “¡Gracias, Papi, por eso te quiero tanto”.

Así lo hicieron. Y jamás se volvió a escuchar, en la comarca otros sonidos que no fueran el susurro del viento entre las ramas de los árboles, el trinar de los pájaros y el murmullo de los ríos.

Desde entonces es conocido en todo el país como Pepe el guardabosque. Y cuentan que allá, de lejos se ve la montaña con una gran sonrisa verde en la mitad de su rostro, orgullosa por la exuberancia que la envuelve.

La ranita de abuela



Croac, croac, croac, croac,
croac, croac, croac, croac, croac,
croac.- croa sin cesar la rana desde
un rincón del patiecito.

Papá ¿por qué no se calla esa rana?
No me deja ver los muñequitos.
Es que está contenta porque va a
llover.

Deberían botarla como hace el papá
de Andresito. ¡La mamá les tiene un
miedo!

Pues no deberían hacer eso. Ellas son muy útiles. Se alimentan de insectos dañinos que transmiten enfermedades como los mosquitos, las moscas, las cucarachas...

Sí, pero dice Andresito que rompen las cosas y hacen caca donde quiera, y son malas porque son babosas y dan asco.

Porque no las conocen bien ¿Tú no te sabes el cuento de la Ranita Traviesa?

No- dijo, olvidando al pato Donald, Tribilín, Pluto, y el resto de sus camaradas televisados.

Pues una vez, una ranita, con intención de divertirse, se la pasaba haciendo travesuras y saltaba por la cocina tumbando vasos, o en la sala empujando las

figuras de la repisa, y saltándole arriba a cuanta persona le temía; porque las ranas saben quién les tiene miedo nada más que de verlos. La gente de la casa corría tras ella con un palo, le tiraban las chancletas, pero ella ágilmente escapaba y gozaba de lo lindo viendo cómo, en el intento por atraparla, hacían más destrozos que los que conseguiría por sí misma durante un mes. Pero alguien en la casa tuvo una idea mejor, actuar contrario a lo habitual: como la ranita no lo hacía por mala sino porque no la educaron bien, y los padres y amigos no le dieron el suficiente cariño, comenzaron a hablarle con voz dulce cuando pasaban cerca y hasta le llenaron la palangana para que se bañara cuando quisiera sin tener que esperar por la lluvia. Justamente comprendió como cuando se es querido por los demás se puede ser recíproco, y ayudar y portarse bien para ganarse el verdadero cariño. No hizo más travesuras y se ocupó de alimentarse de los insectos dañinos de la casa. Del color pálido que tenía se tornó verdecita, bonita, y a partir de ese día tu abuela, que tuvo esa magnífica idea, le llena la batea de agua fresca cada tarde.

Papi ¿puedo ir a verla?

Sí, pero calladito. Ven.

Así, desde poca distancia, los ojos de mi niño brillaron y su sonrisa se dirigió hacia la ranita verde que desde el borde de la batea le contestaba con un breve croac-croac, feliz de conocerlo también.

Papá cuentista



Cierta vez, al salir del parque con mi hijo y mi sobrino:

Tío, hazme un cuento— sonó la inocente voz de Carlitos mientras se sentaba en uno de los bancos. Kevito corrió a ocupar su puesto allí y me miró suplicante. Conociendo a mis criaturillas se me ocurrió una escapatoria.

¿Han oído el del niño mentiroso que tenía una rana en la cabeza?

Negó con la cabeza y mi niño, luego de observarlo, lo imitó.

Pues érase un niño que acostumbraba a decir mentiras y por cada una la rana que estaba pegada sobre su cabeza se orinaba en él. Lloraba

arrepentido pero luego de olvidado el asunto volvía a mentir con las mismas consecuencias. Un día suplicó a su Hada Madrina, porque todos los niños la tienen, que le quitara esa maldición y prometía no volver a mentir nunca más. “Te concederé ese deseo pero recuerda: ni una mentira más que eso es muy feo”. Y con un toque de la varita la rana saltó al suelo y desapareció entre la hierba. Con un gran beso mágico en la frente y la alegría brincándole del pecho

salió corriendo a su casa el muchachito, orgulloso y seguro de cumplir lo prometido a cabalidad.

Cuatro ojitos pardos me interrogaban desde el banco. No podía terminar así y busqué una salida.

Pasados unos días el niño olvidó la promesa hecha y le mintió a su maestra. Entonces sintió como un chorrito tibio bajaba por su cara. Los compañeritos del aula se rieron a más no poder. “Mira, tiene una rana prieta en la cabeza”. Y por mucho que intentó quitársela no pudo porque se corría de un lado al otro. Desde entonces y para siempre anda así por mentiroso y por no saber cumplir una promesa.

Ambos me miraban embelesados. Satisfecho respiré.

Otro cuento más— dice Carlitos.

Y enseguida otra vocecita agrega:

El de la casita roja.

Otro día. Vamos para la casa que es tarde—. Y bajo protesta los tomé de la mano. Mientras caminamos escucho varias veces. ”No, yo quiero el de la casita roja.

Un sábado, mientras veía el televisor se acerca un pequeñín que entusiasmado dice:”Mira tío”, extendiendo el periódico recién llegado, abierto en la segunda página mostrando, al pie del comentario político, una graciosa caricatura de un triste hombre que soportaba sobre su calva una rana muy risueña , burlona.

Vamos a ver al mono —ordenó Kevito arrastrando a Carlitos con él. ¿Quién se puede negar a tal “ruego”?

Recorremos la sátira de zoológico y los maltrechos e inservibles trastos del aledaño parque de columpios y tiovivos. Ya cansado me siento dispuesto en el contén a disfrutar de un reposo.

Tío, hazme un cuento—suenan una voz de seis años.

Yo quiero la casita roja— se alista Kevin para un perreta.

Está bien, siéntense aquí que les voy a hacer el cuento de la casita roja.

Mientras se acomodan ruego por una idea para escapar al dichoso cuento que no conozco, al menos por semejante título.

En un pueblito del campo había una casita aislada de las otras pero que destacaba por su limpieza y el bello color rojo de sus tejas que parecían brillar tanto a la luz del sol o la de la luna. Allí vivía un chinito muy viejo que no hablaba mucho porque era tímido pero tenía buen corazón. Una mañana los niños del pueblo decidieron hacerse amigos de aquel señor tan solitario; así aprendieron historias de la lejana tierra, sus costumbres y sus fiestas. Uno de ellos descubrió que detrás de la casita había un parquecito muy bien cuidado con barquitos, argollas, tiovivos, columpios, canales para deslizarse...

Y un cuadrado lleno de arena como en el Círculo Infantil que está detrás del trabajo de Abuelo—intervino Carly.

¡Anjá! Y a partir de ese momento todos en el pueblo quieren al anciano, cuidan de los parques y cooperan para mantenerlos lindos. Cuentan que por las tardes,

después de las clases, se ve caminar educadamente a los niños en dirección a la Casita Roja.

Suspiro confiado en haber salido de un buen apuro. Error porque enseguida una vocecilla rompió el silencio:

¡No, ese no, el de la casita roja que se encuentra con el lobo y se lo come, y después a la abuelita, después coge un hacha y...

Mientras seguía su discurso, en aquel contén de acera un duendecito de poco más de dos años desbarataba la historia de un papá con su chinito de casita roja y de paso acababa con Charles Perrault y los hermanos Grimm.

Abel Gutiérrez Cordero

Cuba

venezuela@empleadora.ca.minaz.cu

Ilustraciones:

El nuevo río

Rubén Daniel Prieto Martínez

11 años

6to grado, Escuela " Eduardo García Delgado"

anamary@cfq.copextel.com.cu

La lección de la montaña

Susana Parente

México

vinyamata@prodigy.net.mx

La ranita de abuela

Josefrancisco Garciapérez Infante.

México

artecamdosuno@yahoo.com

Papá Cuentista

Vitória Nunes Silva de Souza

3 años, Brasil

camarqoeb@iq.com.br

HISTORIA DEL LÁPIZ QUE ESTABA CANSADO DE SER LÁPIZ



Esta es la historia del lápiz que estaba cansado de ser lápiz. Entonces una mañana le dijo a su dueño:

- No me usas más.

Y se le escapó de las manos.

Paco Pacote, su dueño, intentó atraparlo, pero el lápiz corrió. Intentó alcanzarlo, pero el lápiz... ¡voló con sus alas amarillas!

Paco Pacote lo vio surcar el salón de clase y posarse sobre una de sus ventanas. Y quedó con la boca abierta, pues sabía que su lápiz hablaba, más no que volaba, como un pájaro.

Pero nadie más lo vio, porque todos estaban respondiendo el examen de matemáticas.

Paco estaba angustiado... ¡cómo respondería el examen sin lápiz! Por eso le dijo a Pedrito (que así se llamaba su lápiz):

- Ven, ven Pedrito, ¿por qué huyes?

Pero Pedrito no fue a Paco. En cambio le dijo:

- Porque tú me sacas punta a cada rato, y estoy casi hecho un enano. Además, no aprendo nada, sólo me haces trazar y trazar rayas y escribir palabras pero no me prestas apuntes ni libros para estudiar. Voy a quedar ignorante, como un burro.

Paco calló por un instante, ya que su lápiz tenía razón: Paco le sacaba y le sacaba punta, porque escribía mucho, hacía muchos dibujos, tenía muchas tareas. Y no le prestaba apuntes ni libros a Pedrito.

Paco le insistió, pues el tiempo se agotaba, y debía responder el examen:

“ Ven, ven, ven Pedrito, te voy a dar otro trato”- le decía. Y agregaba: “ te voy a llevar a un parque de diversiones,” “ te voy a comprar muchos libros.” “ No te sacaré más punta...” Pero Pedrito le dijo: “ ¡ No es no!” Y salió volando por la ventana.

Ahora Paco estaba metido en un aprieto. ¡ Necesitaba un lápiz! Entonces le dijo a Hugo, su compañero de al lado:

- Préstame un lápiz.

- Sólo tengo el mío-le dijo Hugo.

Le dijo a Enrique.

- No uso lápiz, sino lapicero- le respondió.

Paco quería un lápiz, no un lapicero, porque podía borrar y corregir los errores que tuviera. Por ello le dijo a Luis, a Marcos, a Rita, a Claudia, a Deyanira...

Pero nadie tenía un lápiz para prestarle. Paco estaba muy triste.

- Entreguen los exámenes- dijo de repente la profesora, una señora alta y de grandes gafas, en tono serio.

Todos los niños entregaron sus exámenes, menos Paco.

- Entrega el tuyo- le dijo la maestra.

Paco tomó el examen y se lo llevó a la profesora. Sólo tenía algunas operaciones, pues Paco no alcanzó a escribir las respuestas.

- No pude responderlo porque no tenía lápiz- le dijo.

La señora tomó la hoja y le contestó:

- Eso no es excusa, Paco, ¿ por qué no prestaste uno?

- Profe, es que nadie tenía uno para prestarme- se excusó.

- ¿ Nadie?, ¿ y esto qué es?- le dijo la maestra, mientras blandía en sus manos un lápiz de color azul.

Paco se sonrojó, dio media vuelta y salió para su casa.

A la mañana siguiente, escuchó su nota:0. Así lo comunicó la maestra a todos sus compañeros. " El único que perdió el examen fue Paco." " Su nota fue cero." ¡ Cero! Qué cubeta de agua fría para Paco, para Paco, que siempre se había destacado como uno de los mejores estudiantes.

Paco bajó la cabeza... se puso a llorar... no sólo por su nota, que al fin y al cabo podía recuperar, sino por Pedrito, su lápiz, su amigo. No quiso atender a la clase de sociales: " Las islas son extensiones de tierra rodeadas por agua", decía la maestra. Paco sólo pensaba en Pedrito, su lápiz que hablaba... ¡ y volaba!..., ¿ dónde encontraría otro lápiz así?

Sonó la campana, que anunciaba la terminación de las clases de ese día. Todos los niños exhibieron gestos de felicidad, tomaron sus maletas y salieron hacia sus casas. De seguro estaban pensando en el succulento almuerzo que les tendría preparado su mamita (pollo asado, carne en salsa, espaguetis...). Pero Paco no pensaba en eso; sólo tenía cabeza para pensar en su lápiz. Por eso no se dirigió a su casa, sino a la calles, a las inmensas calles de la ciudad donde vivía.

Caminaría hasta encontrar a Pedrito, y se reconciliaría con él.

Lo buscó en el Centro, en los cinemas, en las pizzerías (a Pedrito le gustaba la pizza), y también en los juegos de video. ¡ Pero nada, ni una huella de él! " Tal vez está bajando guayabas de los árboles", se dijo, y fue a buscarlo al Parque de los Niños, donde a menudo iban a jugar fútbol y baloncesto (y a bajar guayabas de los árboles, por supuesto). Trepó a los árboles de guayaba, pero sólo vio pichones de paloma y cigarras dormitando. Las canchas de fútbol y baloncesto estaban desoladas, daban miedo. Por ningún lado estaba Pedrito.



Fue entonces donde el Viejo Mago, que vivía en el Cerro que toca las nubes. La gente decía que en sus ojos se reflejaba el paradero de las personas extraviadas.

- Buenos días, Viejo Mago- le dijo.

- Buenas tardes querrás decir- le corrigió el anfitrión.

- Buenas tardes entonces, Viejo Mago.

Y le contó su problema.

El Viejo Mago, que en verdad no era tan viejo, tendría apenas unos treinta años, le dijo entonces, con

voz grave:

- Observad en el agua cristalina de mis ojos el lugar donde se encuentra tu amigo Pedrito.

Paco miró fijamente los ojos del Viejo Mago. Y vio la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

- ¿Qué ves?- le preguntó el Viejo Mago.

- La Iglesia de la Inmaculada Concepción- le respondió Paco.

- Entonces allí se haya tu amiguito, pero ve pronto, pronto, antes de que se marche- le dijo el Viejo Mago.

Paco iba a salir corriendo, pero la voz del Viejo Mago lo detuvo.

- ¿No olvidas algo?- le dijo.

Paco miraba de un lado para otro, cavilaba, esculcaba su maletín. Pero no entendía a qué se refería el Viejo Mago. Hasta que al fin éste le dijo:

- Los magos también hacemos mercado y pagamos impuestos.

Y entonces Paco comprendió, y se quitó su reloj de pulseras de piel de cocodrilo, y se lo dio al Viejo Mago.

Y salió corriendo como una flecha. En un santiamén bajó de las blancas nubes que ceñían el cerro. Y se halló de nuevo en la ciudad. Tomó un taxi, porque debía llegar de prisa, de prisa, antes de que su amiguito partiera de la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

Al fin, se hallaba ante ella. Le pagó al taxista con un libro de cuentos infantiles que llevaba en su maletín.

- ¿Cuentos infantiles?, ¿y para qué quiero yo eso?- le dijo el taxista.

- Para leerlos, para recrearte- le dijo Paco.

- No me gusta leer- le dijo el taxista, haciendo mala cara.

- Entonces mira su pasta- le dijo Paco.

El taxista observó la pasta del libro, y vio que era de oro. Y sonrió. Y dejó que Paco se bajara del taxi.

Paco presurosamente ingresó a la iglesia señalada. Y buscó a Pedrito. En las naves, en el confesionario, en el altar (tal vez estaba prendiendo una velita, nunca se sabe). Pero no lo encontró. “ Quizá llegué demasiado tarde, y Pedrito se fue para otro lugar”, se dijo, anegado de lágrimas. Y salió de la iglesia.

Afuera, vio que las nubes se tornaban grises, y empezaba a lloviznar. Caminó hasta llegar a un asiento público, a orillas de una zanja. Y siguió llorando. A medida que lloraba más fuerte, más recia era la lluvia.“ No volveré a ver a mi amiguito, con quien jugaba canicas, con quien leía cuentos de hadas, con quien cocinábamos imitando a un chef... ¡ y se nos quemaba la comida!...” Y reía, reía al evocar esos momentos. Pero al mismo tiempo lloraba y lloraba, cada vez con más fuerza, pues creía que no los volvería a vivir. La lluvia, a la par que Paco lloraba con más fuerza, crecía, crecía, hasta que llegó a formarse un completo aguacero, con granizo y vientos fríos.

- Qué frío el que hace, y eso que estamos en verano- dijeron los pájaros que estaban refugiados en los árboles, y se pusieron abrigos de lana que habían fabricado para el invierno.

La gente se encerró en sus casas, y prendió la chimenea, y preparó chocolate, para estar calentita. Los gatos se metieron en las casitas de los perros. “Mañana les daremos grandes trozos de carne”, les dijeron, para que los dejaran entrar. Tanto frío hacía.

Mientras todo el mundo estaba en casa, abrigadito, Paco estaba expuesto a la lluvia, al viento, a la soledad de las calles (que también era fría). Y seguía llorando, y sus lágrimas caían a la zanja... eran miles de lágrimas, miles de lágrimas que flotaban sobre el agua... ¿ flotaban sobre el agua?... ¡ sí, flotaban sobre el agua, cristalizadas por el frío, y no se derretían! Y viajaban, viajaban, viajaban a través de la luenga zanja.

Cuando cesó la lluvia, ya era de noche. Y Paco había dejado de llorar. La verdad, se le habían acabado todas las lágrimas, pero aún estaba triste. Con todo, se paró del asiento y se fue para su casa. Su madre lo regañó por llegar tan tarde. “Estaba con unos amiguitos”, le dijo Paco. “ No lo vuelvas a hacer”, le dijo la madre. Y le dio un pocillo de chocolate caliente acompañado con una gran tajada de queso de cabra. Paco tomó con gusto el chocolate y devoró el queso velozmente. Necesitaba energías para seguir en la búsqueda de Pedrito. A la mañana siguiente, también tomó chocolate caliente, pues si bien no llovía, el frío no amainaba. Y marchó para su escuela.

Pero todavía estaba triste, y preocupado por Pedrito... “ ¿ Dónde estará?”, se preguntaba. “ ¿Se lo habrá llevado algún niño y lo habrá gastado por completo, haciéndolo viruta?”, pensaba, y un gran temor lo invadía.

Sentado en su silla de madera, maquinaba la agenda de ese día: luego de clases iría a la Emisora Radio Pueblo y pondría un aviso: “ Se ha extraviado lápiz amarillo que responde al nombre de Pedrito. Quien sepa su paradero, por favor llamar al teléfono xxxxxxxx. Se ofrece recompensa.” En medio de estas cavilaciones, alguien tocó su hombro.

- ¿ Tienes un lápiz que me prestes?- le preguntó su compañero de al lado, que ya no era Hugo, sino otro niño, un niño nuevo, que nunca antes había visto.

- No, el único que tenía se me perdió ayer- le respondió.

El niño asintió, dando a entender que comprendía su situación.

De repente la maestra llamó a un voluntario al tablero.

Y pasó el niño nuevo.

- Resuelve este ejercicio-le dijo.

El niño nuevo anotó el ejercicio y lo resolvió en un segundo.

- Está muy bien resuelto, felicitaciones- le dijo la maestra.

Todos dijeron: “ uau”, dando a entender su admiración y asombro.

Luego la maestra preguntó la lección de sociales:

- Para hoy les había dicho que estudiaran las capitales. ¿Cuál es la capital de Argentina?-preguntó.

- Buenos aires- respondió alguien.

- ¿ Y la de Perú?

- Lima- respondió alguien.
- ¿ Y la de Rusia?
- Moscú-respondió alguien.
- ¿ Y la de Egipto?
- El Cairo-respondió alguien.
- ¿ Y la de Samoa?
- Apia- respondió alguien.
- ¿ Y la de Turkmenistán?
- Ashjabad - respondió alguien.
- Y la de Ceilán, y la de Malawi, y la de Burkina Faso, y la de...?

Y ese alguien le respondió es tal, tal y tal. Y respondió bien, a juzgar por la impresión de la maestra, que se desbordó en elogios para, para... ¡ el niño nuevo!

Paco en tanto se preguntaba: “ ¿ quién será ese niño, que nunca he visto, y sin embargo me parece conocido?”

Así que le preguntó:

- ¿ Cómo es tu nombre?
- Carlos- le dijo.
- ¿ Y vives cerca?
- No tengo casa.

Y le siguió preguntando más cosas de su vida.

Cuando sonó la campana, lo invitó a comer un helado. Y él aceptó. Y devoró el helado de vainilla con salsa de fresa, chupándose los dedos.

- Gracias- le dijo. Y partió.

Paco quería averiguar más de él, más de ese extraño y sabiondo personaje. Por ello lo siguió. Atravesó los caminos que él recorría, hasta que se halló en medio de un bosque, en las afueras de la ciudad. Allí, lo vio trepar a un árbol de guanábana. De modo que también trepó. Y sigilosamente se posó en una rama, para espíarlo (Pedrito había entrado en una casa de madera suspendida del árbol).

Vio que se miraba en un espejo, y se quitaba algo de la cara, como una máscara... pero seguía estaba de espaldas, y por ello no podía ver su rostro. Iba a esperar que se volteara... estaba nervioso, temblaba por saber quién era o qué era: ¿ sería un centauro, un monstruo intergaláctico, un...?

¡ Qué miedo! Paco no aguantó más... se puso a temblar, y a temblar, y de tanto temblar perdió el equilibrio, y ¡ pum!, se cayó de la rama donde estaba apoyado... rumbo al mismísimo suelo... Afortunadamente, cayó encima de un guardabosques rechoncho, que amortiguó el golpe. Paco contó con suerte, que no el guardabosques, quien quedó muy adolorido, pues Paco también era gordo, muy gordo.

- Lo siento- le dijo Paco.

El guardabosques siguió su marcha, quejándose de dolor, y maldiciendo.

Paco corrió (quizás el niño nuevo, ¿ o el niño monstruo?, había escuchado los

ruidos y lo había descubierto).

Paco sólo pensaba en desenmascararlo. Cuando lo volviera a ver, le quitaría la máscara... ¿y qué mejor oportunidad que en la escuela, en medio de una clase, ante sus compañeros? ¡Claro! Así sería.

Y Pedrito, ¿ya no se acordaba de Pedrito? Paco estaba tan obsesionado por ese extraño personaje, que había olvidado ir a la Emisora Radio Pueblo a poner el aviso ése de: “Se ha extraviado lápiz amarillo que responde al nombre de Pedrito. Quien sepa su paradero, por favor llamar al teléfono xxxxxxxx. Se ofrece recompensa.”

Paco deseó que llegara rápidamente el siguiente día. Así que se puso a leer historias de hadas en la Biblioteca Departamental. Le encantaban las historias de hadas, y así, leyendo historia tras historia, se pasó toda la tarde. Cuando llegó la noche, marchó a su casa, cenó y se acostó a dormir: un sueño profundo lo acosaba... estaba extenuado de tanto leer y leer historias.

El galló cantó, anunciando la mañana. Paco se paró, desayunó y se fue para la escuela, con la misma ropa del día anterior (ni si quiera se había cambiado el uniforme escolar).

Cuando llegó a la escuela, la maestra ya había iniciado la clase, y estaba tomando la lección:

- Para hoy les dije que estudiaran la historia de Grecia antigua.

Y empezó a preguntar:

- ¿Quién fue Homero?

- Un poeta épico griego, a quien se atribuye la autoría de las obras La Ilíada y La Odisea- dijo alguien.

- Okey, okey, ¿y quién era el Minotauro?

- Era un monstruo mitad hombre y mitad toro que habitaba en un laberinto, en el palacio de Cnosos- dijo alguien.

- Bueno, bueno, okey, ¿y quién fue Sócrates?

- Fue un filósofo griego destacado por su método de aprendizaje llamado mayéutica- dijo alguien.

- Muy bien, ¿y quién fue Pericles, y quién fue Arquímedes? - preguntó la maestra.

Y alguien le respondió a todas sus preguntas, de forma completa. Ese alguien, lector, era, otra vez... el niño nuevo.

La maestra quedó alelada, y pidió a todo el curso que aplaudiera al niño nuevo.

Paco fue el único que no aplaudió. Contrariamente, se paró de su silla y exclamó:

- Este niño no es humano, es un monstruo.

Y acto seguido le quitó la máscara que cubría su rostro. Carlos quedó al descubierto ante todo el público. Hubo gritos. Hubo niños que se taparon los ojos con sus manos... ¡el niño nuevo tenía rostro puntiagudo, puntiagudísimo!

- No se asusten, no se asusten- les dijo a los niños. No soy un monstruo, soy un lápiz convertido en niño.

¿ Un lápiz convertido en niño? ¿ Quién iba a creer tal historia!... ¿ pues nadie! Sólo Paco, Paco, que al fin se daba cuenta por qué ese niño tan extraño se le hacía familiar... ¿ era Pedrito, sin duda! Lo reconoció por su punta, bien afilada, y por las manchas de pintura que tenía en los bordes de su cabeza... ¿ era la pintura de las témperas, que a veces le caía a Pedrito cuando Paco estaba pintando paisajes!

- Disculpen todos ustedes, fue una broma. Carlos está disfrazado de lápiz, tiene una punta de cartón-les dijo a los niños, que estaban asombrados.

Los niños rieron, dando a entender también el alivio que les proporcionaba tal noticia: no había ningún monstruo.

Pero la maestra no se mostró muy alegre. Al contrario, reprendió a Paco: “ esas cosas no se hacen, casi nos matas del susto. Ahora, te voy a poner de castigo barrer y trapear el salón de clase y acomodar las sillas.”

¿ Barrer y trapear el salón de clase?, ¿ acomodar las sillas?, ¿ no! Paco sacó entonces una manzana de su lonchera, una gran manzana verde que su mami le había dado para las onces, y se la entregó a la profesora, como un presente (a la profesora le encantaban las manzanas verdes).

- Te quito el castigo sólo porque hoy estoy de buen genio-le dijo luego.

Ya iba siendo hora de almuerzo, y entonces sonó la campana (el campanero, con tal de ir a almorzar rápido, la hacía sonar diez o veinte minutos antes de la hora de salida). Los niños gritaron de alegría y se fueron corriendo para sus casas, deseosos de saborear el almuerzo que les tenía preparado su mamita.

Paco cogió a Pedrito del brazo y le dijo: Vente para mi casa, vamos a almorzar. Y se lo llevó. Por el camino, le preguntó cómo había hecho para convertirse en niño, y por qué había regresado. Pedrito empezó a contarle:

“ Ayer me encontraba haciendo barquitos de papel al lado de una zanja, lejos, lejos, en las afueras de la ciudad, donde empieza el bosque. De repente, cuando fui a poner un barquito sobre las aguas de la zanja, vi unas lágrimas, unas lágrimas que flotaban sobre el agua, sin derretirse. Esas lágrimas me eran familiares, por su brillo, por su color de arco iris... eran tus lágrimas inconfundibles. Supe por ellas que te hacía falta. Y decidí tomar una en mis manos. Y lloré también... por eso regresé...”

- Por eso regresaste, por eso regresaste, ¿ pero cómo hiciste para convertirte en niño?- preguntó Paco.

- ¿ Cómo hice para convertirme en niño? ¿ No lo sé! ¿ No lo sé! En ese instante, cuando lloraba, dije en voz alta : “ quisiera ser niño para estudiar mucho y ser compañero de Paco en la escuela,” y repetí: “ quisiera ser niño para estudiar mucho y ser compañero de Paco en la escuela”, y de repente me fui alargando y alargando y me salieron manos y piernas y pelo y quedé como ves ahora. Siguiéron andando lentamente, bajo el sol del mediodía. El cielo estaba claro y despejado. Lo sobrevolaban golondrinas. Paco volvió a interrogar a Pedrito, esta vez sobre otros asuntos:

- Dime, ¿ por qué me dijiste que te llamabas Carlos y que no tenías casa, si

entraste a una casa en un árbol?

- Porque quería darte una sorpresa... por eso me puse una máscara.

Paco asintió y preguntó a Pedrito sobre otro asunto (Paco era un niño muy curioso y preguntón).

- ¿ Te quedaste mucho tiempo en la iglesia, qué hacías allí?-inquirió.

- ¿ En cuál iglesia?

- En la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

- Yo nunca entré a esa iglesia, siempre estuve al pie de la zanja.

Paco se echó a reír... ¡ el Viejo Mago lo había estafado! Pedrito le preguntó el por qué de su risa, y Paco le comentó lo sucedido. Entonces ya no fue uno, sino dos los que rieron: “ ¿ A cuántas personas no habrá engañado el Viejo Mago?”, se preguntaban, mientras caminaban desternillándose de risa.

Y siguieron andando hasta llegar a la casa. Allí Paco presentó a Pedrito como un amigo de la escuela que se había quedado huérfano y necesitaba un hogar. Sus padres no querían aceptarlo, porque no le conocían, pero con el tiempo Pedrito ganó sus corazones con su amabilidad y su inteligencia y entonces Pedrito fue considerado un miembro más de la familia.

Pero Pedrito nunca supo que fue su deseo de ser niño el que lo llevó a convertirse en niño.

Pero Paco nunca supo que fue su deseo de volver a ver a Pedrito el que hizo posible su reencuentro.

Lo digo yo, la Flor de los Sueños que habita en sus corazones.

Abelardo Leal

Colombia

alealh@unal.edu.co

Ilustración: Jeronimo Anselmino

7 años, 2do grado

Argentina

nildamilone@hotmail.com

La risa del cielo



- Entonces vino el hombre, sacó su espada y empezó a pegarle al cielo. El hombre tenía mucha fuerza, pero el cielo estaba duro y no se dejaba rajar. El caballo en el que llegó el hombre comenzó a reírse a carcajadas, porque por más que el hombre pinchaba el cielo, el cielo se le reía porque la espada le hacía cosquillas. Tanto se reía el cielo y el caballo que el hombre se enojó más todavía y seguía pegándole con más fuerza, pero el cielo era muy fuerte y los golpes le daban cosquillas.

En ese momento llegó el pato Donald y también comenzó a reírse. Se agarraban la panza porque no podían más, le dolía de tanta risa, y un dinosaurio que pasaba le dijo al hombre que no le pegara al cielo, que no iba a poder romperlo porque él era muy alto y nunca pudo alcanzarlo y porque los pájaros le contaron que ellos tampoco. Que sólo a veces le hacían cosquillas al cielo y las nubes se mataban de la risa y se les escapaban algunas lágrimas de tantas cosquillas...

- ¿Y dónde te contaron esa historia, Joaquín? -interrogó la madre desbordada de tanta imaginación.

- Fue una película que pasaron en la almohada.

Aldo Roque Difilippo

Mercedes – URUGUAY

aldodifilippo@adinet.com.uy

Ilustración: Jorge Alexander Bernal Gómez

Bogotá, Colombia

bajoelrio@hotmail.com

BREVES NOTAS SOBRE EL DILUVIO



La sala nos aguardaba con una placidez temprana, desconocida para nosotros.

Entre aquellos escombros, los mosaicos resbalaban bajo mis pies descalzos sin que hubiera dolor que me recordara esta vida.

Se que los hongos suaves y los helechos, bordeaban la curva de los cuerpos caídos, pero creo haber olvidado su aroma.

También se con seguridad, que cuando todos agitados, exultantes llenamos aquella habitación, una voz habló sin prisa, dio el anuncio, luego nos dispersamos sin rezongos ni imprecaciones.

Todos parecían comprender y saber que puertas, que rumbos debían tomar. Yo confusa, buscaba unos zapatos entre la multitud de macetas, diamelas y lienzos dispersos en las baldosas. Alguien se compadeció o le exasperó mi incongruente demanda, indicándome donde podría hallarlos. Así que luego de caminar sin prisa, llegué al final de una escalera, sacudí la tierra de ellos y me los puse.

Anduve a tientas casi con melancolía y me hallé de pronto lavando en una pileta un extenso pañuelo con algunos restos de inscripciones doradas. El agua caía límpida y yo seguía sin comprender, pero felizmente inmersa en la textura de su trama. Hasta que aquellas mujeres interrumpieron mi fascinación con voces secas- No podés seguir aquí, ¿por qué demorás? tenés que irte antes de que salga la luna. Sus voces me sofocaban. Eran mujeres pero también eran sombras recortadas sobre un espacio que se me escapaba.

Intentaba respirar mientras sentía el agua fría cayendo hasta mis pies, mojándolos. Allí estaban esos pies, pero eran ajenos, como si no fueran míos. Miré a lo lejos, mas allá del patio, del corredor amplio hacia el ventanal orientado quizás al sur. En el cielo violeta una curva difusa se fijó en mis ojos. Ellas comprendieron que temía pero rieron,- No es tan grave, apenas es cuarto menguante.

Pensé en los meses, en los días que se acumulaban, en sí acaso sería como en los febreros bisiestos o en alguna oscura celebración de mayo.

Pero ellas, cansadas y comprensivas con mi torpe periplo repitieron a dúo: - ¿Como no sabés donde estás? Esto no es un día sino siempre, cada tarde ellos regresan, cada tarde sobre la faz de esta tierra acontece.

Entonces la oscuridad me absorbió y un ruido atronador se desplazó con intensidad creciente sobre mi cabeza. Un rumor de voces chirriantes y metálicos

sonidos inundó el espacio e intenté cobijarme bajo unos muebles de esa oscuridad, de la cual era imposible escapar.

Comprendí que eran ellos con una certeza desconocida para mí, pero aún teniendo miedo esperé.

No se cuanto tiempo transcurrió, hasta que con gran esfuerzo pude levantarme y tropezando infinitas veces, salí a un exterior donde el sol brillaba en el límite del horizonte.

Bajo una arboleda desierta, caminé por la amplia avenida, corrí después desplegando garras y alas, por primera vez. Dejando caer las piedras que aún las cubrían.

Y mientras goteaba débilmente la llovizna, volé sin saber si aquella era la primera o la última tarde.

Alejandra Pacheco

Montevideo, Uruguay.

aledacia@yahoo.com

Ilustración: David Galvan Sopena

14 años

Valencia (España)

davidgalvansopena@hotmail.com

El Profesor



Era el primero de septiembre y habían transcurrido aproximadamente dos meses de haber finalizado preescolar, comenzaba así lo que muchos consideran la etapa mas difícil de nuestras vidas: el estudio. Estábamos todos a los que nos faltaban unos pocos minutos para empezarlo muy asustados, ya que varios decían que los maestros no tenían compasión. Sentados en nuestros pupitres vimos entrar un anciano sobre una silla de ruedas. Se viró hacia nosotros y dijo un jovencito cuyo nombre es William, el gracioso del aula.

¡Ja, ja, ja! ¡No puedes caminar! ¡Que extraño!, cuando no estás sentado estás acostado, ¡Pero nunca parado! ¡Eres un perezoso!

Muchacho, por favor, no me ofendas.

¡Viejo invalido!- volvió a decir el infante.

Aun eres un niño, nunca vas a aprender que...- notó que el alumno se había callado.

¿Cómo nos enseñarás si no puedes caminar? ¿Cómo jugaremos con usted?- pregunto otro alumno.

¿Tienes una pelota?-preguntó el profesor.

Toma

Tírala

El profesor agarró rápidamente con la mano izquierda la pelota y dirigió la siguiente palabra al muchacho:

Cógela

El juguete fue velozmente hacia el alumno, al que no le dio tiempo para capturarla. Todos quedamos asombrados.

Mi nombre es Francisco. ¿Pueden decirme los suyos?

Todos nos hicimos conocer. Parecía que el maestro no paraba de pensar sentado sobre su silla de ruedas. Era atractivo y además de muchas otras cosas nos enseñó a amar a la patria, respetar a los vecinos y sobre el cuidado del medio ambiente, él vale más que todas las joyas de este mundo porque todo su ser ha sido fundido por amor puro.

Después de mucho tiempo comprendimos que su gran sacrificio era por nosotros. Con gusto sufriría el profesor millones de vergüenzas sabiendo que vamos a ser alguien en nuestras vidas. En la escuela admiramos a Francisco justamente por ello y mucho más.

¿Por que no se compra un motorcito para ponérselo a su silla de ruedas?- preguntó Esperanza, a principios de quinto grado, la mama de Orlandito, mi mejor amigo.

No la compro porque yo no quiero contaminar vidas, ni tampoco que alguien quede igual que yo, nadie sufrirá por mi culpa al ser marginado por algunos en la sociedad.

Esta fue la última lección que nos dio el profesor, tiempo después fallecería con una gran sonrisa que retaba la muerte. Aun lo visito todos los días, a pesar de que las lágrimas me salgan como finos cristalitos que me hacen una herida en el corazón.

Alejandro Manuel Mesa Santana

10 años, 5to grado, escuela José de la Luz y Caballeros

Cuba

dmfpcotorro@ch.gov.cu

Ilustración: Ana Lilian Lobato Rodríguez.

Cuba

Angromeu@Enet.Cu

El canto del Caribe



Y las aguas dejaron de circular...
Los habitantes del Mar Caribe acudieron solícitamente al llamado de Madre Perla, reina del lugar. Cada miembro asistente a la reunión, albergaba en su corazón, un extraño estremecimiento por la noticia aún desconocida por todos. Las emociones del Delfín temblaban. El Caballito de mar relinchaba inquieto. El Pulpo no sabía qué hacer con sus tentáculos. El Erizo torpemente se pinchaba a

sí mismo. El ambiente estaba inundado de un llanto salado de alegría. Madre Perla, majestuosamente, pidió calma a la concurrencia, ya que su anuncio, estaba segura, sería motivo de mucha alegría. *¿Cuál es esa maravillosa noticia?* Preguntó irónica la Morena. Fue entonces y cual conjuro, cuando el fondo del mar se abrió, para dejar escapar los más bellos colores y placenteros sonidos que se hubieran escuchado en el Reino. La nutrida reunión fue arropada por una ensoñación ondulante. El asombro creció todavía más, apareció el protagonista de aquella conmoción. Un animal enorme. Su piel grisácea contrastó con la paleta multicolor del Caribe. *¡Esta es un alma nacida del mar!* Dijo plena Madre Perla. Sus palabras se convirtieron en al bálsamo aliviante de las preocupaciones de los habitantes marinos.

Y las aguas comenzaron a circular...

Pronto, se vio al enorme animal ondeando lento entre las aguas. Hermoseaba todo el espacio. De vez en cuando, el muy travieso se acercaba a las orillas de las playas, para recibir complacido los rayos del Sol, o tal vez, para hurgar entre la arena húmeda o satisfacer su ávida curiosidad. No lo sé. Lo que sí es cierto es que luego regresaba jugueteón a su hogar para tomar un merecido descanso. Saben que cuando dormía en el fondo del mar, como su cuerpo era tan grande, se confundía con una roca. ¡No! No les miento. ¡Bueno! Sigamos la historia. En las aguas del mar no es necesario llegar a tiempo a ninguna parte. El tiempo no existe. Así que él se puede tomar un largo descanso. Al despertar, se encontró con Madre Perla a su lado, a quien sonrió alegre. *Perdona si te desperté,* dijo la hermosa Reina, *tengo que decirte algo. Es mi deber,* prosiguió la Soberana, *decirte que trates de alejarte de las playas. No preguntes la razón, sólo acata, que te lo dice mi corazón.* La joven criatura no entendía y su Madre lo sabía, pero no podía decir nada más, lo que la obligó alejarse, desapareciendo en las profundidades. Dejó en las dudas a su amado hijo.

El pesado animal se retiró lo más que pudo para meditar sobre aquellas palabras tan tajantes. Nadó, nadó y nadó. Se esforzó por descubrir qué había detrás de las advertencias de Madre Perla. Sólo había una solución para el dilema. Debería ir nuevamente a ese lugar. Nadaría hasta llegar a la playa. De seguro, a orillas del mar encontraría la respuesta. Pero, esperen un momento. Madre Perla le dijo que no se acercara a la playa. ¡Sí! Ella lo dijo. ¿Por qué no le hace caso? Y si le ocurriera algo. ¡Oh! ¡No! Ni lo quiera Dios. ¡Amigo! ¡Amigo! ¡No vayas! Puede ser peligroso. ¡Demasiado tarde! Partió.

Su nado lento no fue impedimento para que llegara rápido a su destino. La incertidumbre golpeaba el alma de la criatura. ¿Qué será lo que encontrará allí? ¿Por qué Madre Perla le dijo todo eso? Pronto lo sabría. La playa está cerca. Por un momento se detuvo. No quiso seguir adelante. Un miedo invadió todo su Ser. ¡No! No hay espacio para arrepentimientos. Avanzó decidido. Llegó al lugar. Arrastró su cuerpo por la arena. El sitio no le era desconocido. Siempre venía con regularidad, sin embargo, esta vez parecía diferente, como si algo nuevo estuviera allí, tal vez, era su ansiedad lo que hacía que temblara de esa manera. *Era mejor aguardar un rato*, pensó y esperando hasta que el Sol estuvo a punto de ocultarse se dijo a sí mismo que no era nada y quizás las palabras de su Madre eran exageradas. Al regresar a las aguas, escuchó un ruido que hizo paralizarlo de inmediato. Quedose quieto para oírlo mejor. ¡Sí! Viene alguien. Se sienten ruidos acercándose. Eran silbidos lanzados al aire. El miedo se apoderó de él. No sabía qué hacer. Se escuchan con mayor claridad. El miedo fue desapareciendo para dar paso a una curiosidad expectante. Ese animal en la playa es quien silba.

Mientras tanto, en el fondo del mar, rodeado de las parlanchinas princesas Ostras, la Soberana del Caribe hablaba con elegante amabilidad. No hay nada de que preocuparse. *Queridas hijas, algunas de ustedes, también poseerán la gracia de tener la roca de la sabiduría*, les dijo, a la vez, que les mostraba una bola blanca con cierto brillo, pero con una hermosura propia de las latitudes caribeñas. ¡Era una perla! *Esta roca, acotó, se ha formado gracias a cada lágrima que dejamos correr cuando vemos que algo perturba nuestro mar*; sin embargo, en ese único instante, sintió algo terrible en su cabeza y como un arpón que hiere la piel de la ballena, vio en su mente al hijo amado. ¡Oh cruel Casandra! No permitas que sea cierta esta visión.

Y las aguas dejaron de circular...

El hombre, que era quien silbaba en la playa, estaba maravillado al tener entre sus manos a tan monumental cabeza y de tan desconocida criatura. Sus pensamientos pasaban de extrañeza a admiración; de miedo a ternura. Sin duda, era una amalgama de ideas y emociones. Sus ojos, los del hombre, comenzaron a recorrer el cuerpo de ese Ser peculiar: sus ojos, los del animal, eran de una ternura especial y su cuerpo era como un islote en el mar, sin embargo, a pesar de ser tan grande, aquella criatura se sentía cual suave brisa marina que mueve

pausadamente las hojas del cocotal. El hombre no salía de su asombro. El animal se sentía dichoso. Había una comunicación tácita. Por unos instantes, la luz del Sol parecía detenida, las olas del mar dejaron de golpear la arena. Aquel conticinio sólo podía provenir de Dios. No existía nada que perturbara la estampa. Fue entonces cuando el hombre, con su acostumbrado pensamiento lógico, rompió de manera abrupta aquel paréntesis en el tiempo, pues, se le ocurrió preguntarle: *¿Qué cosa eres tú?* El animal sólo respondió con dos lágrimas brotadas que cayeron en la arena, marcando así, la huella de una profunda confusión. El animal quitó su cabeza de las manos que antes le parecieron placenteras y comenzó a introducirse al mar con su característica pesadez. Al hombre, arrepentido de su impertinencia, no le quedó más que ver al animal cuando era tragado por las aguas.

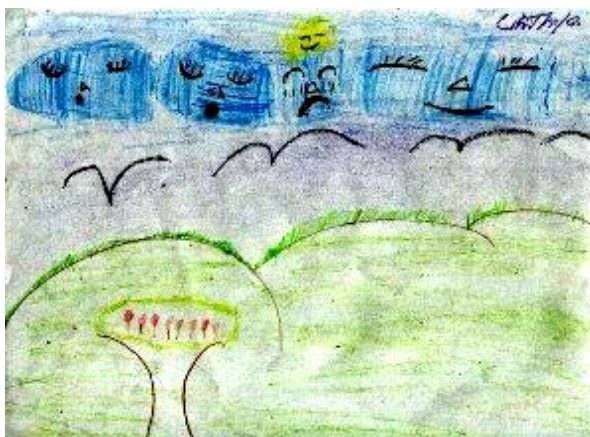
El hijo del Caribe, poco tiempo después, llegó a las profundidades de su hogar marino. Sentía aún el eco de la pregunta de aquel Ser conocido en las playas. La angustia por descubrir la realidad de su identidad, le arrebató su antigua serenidad. Todos poseemos un nombre. ¿Y él? Nunca he sabido de alguien sin nombre. ¡Pobre! Es lamentable ver llorar a un amigo. Madre Perla sentía la tristeza alojada en el corazón de su amado hijo. Tan honda era su pena, que el mar lloró. El hombre hizo una herida profunda. El hombre silenció el canto del Caribe. El Reino Marino fue privado de la delicia de ser arrullado por su melodía. Madre Perla se inquietaba por el encerramiento a que se sometió la apacible Criatura, por ello, tomó la decisión de acercarse. *Ese animal*, comenzó diciéndole, *que viste en la playa, es el Hombre. Un Ser que olvidó su pasado. Hace algún tiempo atrás, el mar fue su hogar, no obstante, él desarrolló su cuerpo, ya que, posee el poder de transformar las cosas, así fue como un día desapareció de entre nosotros y habita ahora la Tierra. Él es nuestro hermano.* La Criatura sintió un halo de esperanza.

Y las aguas comenzaron a girar...

El destino de nuestro amigo se cruzó con el del hombre. La Criatura no podía dejar de pensar en aquel encuentro en la playa. ¡Su hermano! A pesar de las diferencias, provenían del mismo Padre. El mar los creó. Algún día se reencontrarían. La Tierra necesita al mar para calmar su sed. El mar necesita a la Tierra para tener un hogar. Una comunión perfecta. El mar Caribe se inundó de un canto que parecía provenir de lo profundo del alma. Un coro de Sirenas acompaña siempre al cantor marino.

Y si alguno de ustedes, llega a toparse con un enorme animal que pesadamente se asoma por la superficie de las aguas, no lo lastimen. Tal vez, desee reunirse con su hermano y ese puede ser alguno de nosotros. No se pregunten qué cosa es. Su único anhelo es regalarnos el más espléndido canto que jamás se haya escuchado. Saben cómo se llama este animal ¿No? Su nombre es ***Manatí.***

POMARROSAS



El rico sabor de las aterciopeladas Pomarrosas es algo inolvidable.

El Sol se ocultó. La gente del pueblo, como todas las tardes, se reunió al pie del noble árbol al centro de la plaza para dejar pasar el tiempo entre risas maliciosas acompañadas de comentarios malsanos acerca de cualquier persona. Así transcurría la vida normal. Sin embargo, esa tarde

calurosa de Agosto, el árbol plantado al centro de la reunión maldiciente, comenzó arrojar sus pequeñas frutas rojas, lo que causó un asombro tan grande que hubo quien dijera que era gracia de los duendes. Era mejor ocultarse antes de que algo peor pasara. No se dijo más. El pueblo se ocultó escoltado por la noche.

Al salir de sus casas después de lo de anoche, las miradas atónitas de los habitantes, vieron la enorme alfombra roja de las Pomarrosas por cierto este es el nombre que reciben las frutas caídas del noble árbol, por lo largo y ancho del pueblo. La gente se inquietó por lo que se resolvió agruparse de inmediato en la plaza. “*Si el árbol dejó caer las Pomarrosas habrá que recogerlas*” propuso alguien. Son demasiadas. El pueblo entero no alcanzaría a comerlas, por lo menos hasta dentro de un mes. Fue entonces, cuando decidieron almacenarlas y olvidar lo ocurrido. Ninguna persona contó que al día siguiente sucedería exactamente lo mismo y al día siguiente y al día siguiente.

El almacén improvisado para tal fin estaba por reventar. Era necesario encontrar otra solución. De pronto, una voz joven propuso, sin detenerse en miramientos: “*Cortemos el árbol*” La propuesta conmocionó al grupo. Hubo un momento paralizante. El inocente mozo sintió un dolor avergonzarte. Los habitantes le dieron la espalda. Quedó solo frente al árbol y con su impertinencia haciéndole sombra.

Esa noche el joven apenado, cuando hubo de dormir, pidió al Cielo encontrar una solución justa para todos. Con ese deseo en mente se entregó a la quieta oscuridad. Al instante, acudió un sueño. Se veía a la gente del pueblo agrupada. Discutían el asunto. Entonces sonó una voz diciendo: “*Repartámoslas a otros pueblos vecinos*”. Así se hizo. Por un tiempo, los habitantes del lugar se tomaron la tarea de hacer algo provechoso. No hubo rincón de la región que no probara el contagioso sabor de las frutas rojas, incluso llegó al paladar del Alcalde, máxima autoridad del lugar, lo cual le pareció tan grato, que rápidamente convocó a sus asesores para descubrir el sitio del que provenían las frutas. Sus queridos y complacientes colaboradores trajeron a su presencia un

enorme mapa, indicándole un punto lejano a cualquier geografía conocida. Ese era el lugar.

Una verdadera sorpresa recibió el pueblo cuando el Alcalde, máxima autoridad del lugar, llegó a visitarlos. Fue movido por el anhelo de conocer el origen de tan inigualables frutas rojas. La gente se deshizo en halagos. Se condujo al Ilustre Señor a la modesta plaza. Al centro de las miradas, apareció el noble Árbol, pegado al cielo luminoso y en medio de las expectativas de los habitantes. Estos vieron con la llegada del Alcalde, máxima autoridad del lugar, una salida. Ahora vendría el crecimiento y la bonanza de la población. Las frutas caídas que una vez les sorprendieron, ahora se convertían en las primeras monedas del enorme tesoro que se avecinaba. Para el recién llegado era maravilloso. No podía dejar de pensar en las tiernas frutas. El asombro era abrumador. No podía creer que tenía frente a sí al árbol de las frutas divinas. Fue en ese momento que prometió delante de todos los habitantes de la tierra de las Pomarrosas que traería grandes beneficios. Con este juramento, el inocente joven se despertó alegre. Es necesario contar su visión al pueblo entero. “*Es una señal*” “*Es una señal*” “*Es una señal*” gritaba por doquier. La gente emocionada emprendió la tarea tal cual el sueño del muchacho. Al poco tiempo, el Alcalde, máxima autoridad del lugar, se encontraba frente al árbol prometiendo bienestar a la tierra de las Pomarrosas.

Sin embargo, esa misma noche acudió al joven otro sueño promisorio. Él vio al pueblo bellamente adornado. Las casas se habían convertido en inmensas mansiones. Miles de personas los visitaban con el deseo de probar las Pomarrosas. Todo era grandioso. El árbol trajo consigo el tesoro prometido. El muchacho emocionado apresuró el paso para contárselo a las personas. De seguro que se encontraban al centro de la plaza. No obstante, cuando llegó al sitio, el árbol de las Pomarrosas había desaparecido. El Alcalde, máxima autoridad del lugar, lo arrancó de raíz para trasladarlo a la Capital. En la plaza sólo quedó un enorme hueco vacío.

Alexis Alvarado S. (Bruno Mateo)

Caracas-Venezuela

bmateo@gmail.com

Ilustraciones: (El canto del Caribe) Rubén Daniel Prieto Martínez

11 años, Cuba, anamary@cfq.copextel.com.cu

(Pomarrosas) Cinthia Pages

6 años, Cuba, ideasz@jovenclub.cu

CORAZÓN DE NUEZ



Esta es una de las tantas historias que se cuentan por aquí y por allá, desde hace mucho tiempo, ahora y siempre. Sucedió en un lugar cercano, tan cercano que si ocurriera hoy podríamos estar allí, en ese lugar, participando de ella, viviéndola como un personaje más. Cierta día, la abuela Paulina descubrió sorprendida y con alegría que había una nueva planta en su huerto y ella, que era asidua visitante del lugar no había notado su presencia. Vio que era coqueta, graciosa y muy espigada y que trataba de ganarse un espacio entre Albahaca Perfumada y Aromito Espinoso. Día a día iba a observarla y día a día se asombraba al ver que nuevas hojas aparecían cada vez más fuertes y de color verde más intenso. ¿Cómo llamarla? –se preguntaba.

-¡No sé qué planta es!- decía pensando en voz alta.

Decidió consultar a parientes y vecinos los que, por curiosidad o por aparentar ser entendidos en el tema, se acercaban al lugar y miraban con interés.

Eran tantos los comentarios y dudas que, hasta los animalitos del lugar se animaron a opinar.

-¡Parece una variedad de manzano!- dijo Pepa Cotorra Bochinche, con su voz chillona y cansadora.

-Creo que es un naranjo- atinó a decir Juan Pirincho revoloteando torpemente entre las ramas del Viejo Limonero.

-Para mí es un nogal- acotó la sabia Abeja Laboriosa sin dejar de libar el néctar de Clavelina Colorada.

-¿Qué es un nogal?- preguntó Escarabajo Bajo escondido debajo de Malvón Rosado.

-Es una planta que da nueces- aclaró Abeja Laboriosa sin detenerse en su trabajo.

Ardilla Pilla, que ocasionalmente estaba en el lugar, mofletuda y sonriente como siempre tapándose la boca y con gesto burlón, agregó:

-La planta que da nueces es el nuecero.

-¡No es cierto!- exclamó Mariposa Inquieta que andaba revoloteando por allí y que hasta entonces no había intervenido en la conversación pero que con su larga experiencia de vida entre las plantas pudo asegurar:

-Este es un nogal y su fruto es la nuez.

Charla va, opinión viene, comentario vuela, fueron pasando los días sin prisa y sin pausa como en todo huerto familiar.

Con el transcurso de las semanas, la planta tomó altura, relleno sus formas, se hizo frondosa y bella, tan bella que de común acuerdo la llamaron Bella Nogal porque en ese lugar también las plantas, los animales y los objetos tenían nombre y apellido.

Transcurrieron los días. Los naranjos, limoneros y mandarinos se cubrieron de azahares que no dejaron un rinconcito del huerto sin perfumar; los ciruelos se volvieron blancos y los durazneros, rosados.

¿Y el nogal?

¡Nada! Ni un mísero pimpollito adornaba sus ramas.

Surgieron dudas nuevamente.

¿Sería un nogal? ¡Flores no se veían! ¡Frutos tampoco!

Con tristeza Bella Nogal escuchaba los comentarios, pero cada día cuando el sol asomaba apenas las puntitas de sus rayos levantaba sus ramas pidiendo a Dios la bendición de tener frutos.

Y Él escuchó sus ruegos, y los de sus vecinos, ya que ella por su delicadeza y prestancia, se había ganado el aprecio y el respeto en el lugar.

Sucedio en un cálido día primaveral. Allí, entre las ramitas fuertes y tiernas a la vez, como en un primoroso nido, vio que descansaban sus ansiados frutos.

Los acunó con el temor propio de toda mamá primeriza ayudada por Brisa Suave quien acompañaba su andar para ayudar a su amiga.

Los animalitos voladores se aproximaban para verlos de cerca y los caminadores pedían novedades desde el suelo. Los árboles estiraban sus ramas para ver mejor.

-¡Son dos! Uno es grande y muy verde, el otro es pequeño y amarronado.

Y pasaron los días con sus noches, las semanas con sus días, los meses con sus semanas y llegaron los días cálidos.

Sol Ardiente hacía notar su presencia cada vez con más fuerza.

Los frutos maduros se fueron pintando poco a poco de dorados, rojos, anaranjados, morados y amarillos.

Sus pieles se volvieron lisas, aterciopeladas algunas, tentadoras todas.

Cada árbol orgullosamente mostraba sus frutos a cual más bonito.

A Bella Nogal no le era posible permanecer ajena a las maravillas de Madre Naturaleza. Ella también se sentía feliz con sus hijos, a pesar de que a medida que transcurría el tiempo, más diferentes eran ellos: verde castaño claro y piel dura apenas rugosa tenía el más grande; marrón negruzco, piel arrugada, el pequeño.

Con dolor de madre escuchaba los cuchicheos que sobre ellos hacían a diario a su alrededor.

No tardó en llegar el tiempo en que Madre Naturaleza, cumpliendo su cíclica tarea, ayudada a veces por Viento Veloz, otro por Brisa Suave...hizo caer a las hermanas Nogal.

“¡Paf!...¡Paf!”, se oyó casi al mismo tiempo y fueron a parar entre las familia Hierbas Aromáticas.

Allí esperaron quietecitas, quietecitas sin saber qué sucedería con ellas porque nunca habían sido nueces maduras.

A los pocos días, la abuela Paulina visitó el huerto con su canasta y en ella fue colocando zapallitos, coliflores, repollos, chauchas y...¡Oh! ¡Allí estaban sus ansiadas nueces!

Primorosamente las juntó, no sin antes dudar entre llevar las dos o sólo la más grande y tentadora. Se decidió por esto último.

Al llegar a la casa, las colocó en una fuentecita y...¡Al sol! ¡A madurar!

Pasaron los días y cada mañana la abuela Paulina cumplía con el ritual de sacarlas. Antes de que el sol se ocultara las hermanas estaban allí, en su fuente, sobre el aparador, ansiosas por conocer su futuro.

Y llegó Navidad, el arbolito, los regalos y ...¡las tortas!

-Prepararé una rica torta de nuez- dijo la abuela Paulina.

Y...¡manos a la obra!

En pocos minutos aparecieron la harina, los huevos, la manteca y las nueces.

Todo ello se convirtió en altas y esponjosas tortas, en sabrosas cremas y en tentadores dulces.

Por último, buscó las nueces. Las miró titubeando entre usar sólo una o las dos.

Con sus años de experiencia optó por lo segundo.

-Algo sacaré de la fruta pequeña- se dijo.

Las abrió y...¡Oh! ¡Gran sorpresa!

La nuez grande y hermosa estaba seca, arrugada y fea por dentro.

Mordió un trocito y lo sintió áspero, grasoso y de gusto rancio.

Hizo lo mismo con la otra y en cambio comprobó, no sin sorpresa, que era bella, pulposa y de buen sabor.

-¡Vaya con la novedad!- exclamó- ¡Quién lo hubiera imaginado!

Se sentó unos minutos a reflexionar.- ¿Usaré las dos? ¿O sólo la mejor?

Pero...cuál es la mejor? ¿La de corazón sano y aspecto poco agraciado? ¿O la que por fuera es hermosa pero seca en su interior?

Mientras tanto, en el huerto, animalitos y plantas esperaban su decisión.

Decenas de ojos ni parpadeaban, docenas de orejas ni se movían, centenas de hojas cesaron su vaivén.

Así fue que las hermanitas Nogal fueron a parar a la torta navideña.

Don Viento Veloz y Brisa Suave hamacaron los árboles, quienes al mover sus ramas parecían aplaudir la decisión. Ocurría lo mismo con el batir de las alas de los pájaros e insectos.

¡Todo era algarabía! ¡Todo era felicidad!

Y pasaron muchos días con sus noches y muchas semanas con sus días, muchos meses con sus semanas, muchos años con sus meses y sus Navidades.

La abuela Paulina está viejecita, viejecita. Ya no hace tortas navideñas; apenas si visita muy de cuando en cuando el huerto, lentamente y ayudada por nietos y bisnietos.

Lo que sí hace es acariciarlos con sus manos temblorosas llenas de amor o contar una, dos o tantas veces como se lo pidan las historias de las hermanas Nogal, un poco verdad, un poco imaginada, agregando o cambiando personajes, lugares o momentos pero concluyendo así con firmeza:

“A las personas, tal como sucedió con las nueces, debemos valorarlas por la riqueza de su corazón, por la nobleza de su alma. No debe importarnos su aspecto exterior.

Las hubo y las habrá bellas o de ropas bonitas pero de corazón pobre y de malos sentimientos.

Está en nosotros saber reconocerlas”.

Alicia L. de Ballanti

Argentina

chachili9@hotmail.com

Ilustración: Constanza (Conny) Herskovits

6 años

Australia

rohe@tpq.com.au

EL GRAN ZOOLOGICO DEL MUNDO



Este cuento, que sucedió hace muy, pero muy poco tiempo, yo te lo cuento para que lo cuentes en la primera oportunidad. Resulta que muchas veces no sabíamos a dónde ir a pasear.

Y tía Etelvina que es tan dispuesta, con su auto rojo nos vino a buscar.

Fuimos todos, el abuelo Pedro, mi hermano Pablo y hasta vinieron mamá y papá.

¡Cuánta bocina!!, toca mi tía y ¡qué bien anda por la ciudad!!

-¿Adónde vamos? Preguntan todos.

-¿Adónde vamos? Pregunto yo.

- Tía Etelvina, ¿adónde vamos?

-A un lugar nuevo, que lo anunciaron por televisión. Es un zoológico con animales sueltos. No tienen jaulas y lo más campantes por el zoológico los animales van.

-Parece un bosque, parece la selva, tiene hasta un lago artificial.

Pero yo te digo, porque los vi, que los animales son de verdad.

¿Están de acuerdo? ¿Les gusta a todos? ¿Los vamos juntos a visitar?

-Sí, sí , sí!!! Dijeron todos!!! Tía Etelvina, vos sos genial!!!

Y hasta el zoológico de animales sueltos, meta bocina, en el auto rojo nos fuimos pronto. Sólo el semáforo rojo nos hizo parar.

Y aquí llegamos, pero esto no quiere decir que hay que bajar. ¡Suban los vidrios! - dijo papá - Y nos comenzamos a acomodar...

- ¡Qué lindo es todo!!!... ¡qué bien se ve!!!

- ¡Parece un cine!! - dijo mi tía.

Y a mi hermano se le ocurrió, que en las ventanas cada uno teníamos como si fuera un televisor.

- ¡Sí, pero de los nuevos, de esos que se ven con todo el color!!! - esto último, por supuesto, lo dije yo.

- ¡Mirá, mirá!! - dijo mamá - ¡por esa montaña los ciervos van...con cuántos cuernos en la cabeza! Como si fueran un gran coral.

Pasaron cerca y casi chocan, dos tigres a rayas anchas, dos tigres de Bengala muy de verdad. Miraron nuestro auto rojo, uno de ellos nos guiñó un ojo y de repente; no estaban más.

Seguimos por el zoológico y cada vez nos pareció más que estábamos dentro de una selva, ¡como en Misiones o Paraguay!

-¡Ay!!, ¡ay!!, ¡ay!!!, tía Etelvina, ¡ya no puede manejar!

El parabrisas aparece oscuro, tapado todo por un abanico de plumas ricas. En el capote del auto muy tranquilo se sentó un señor pavo, pero muy pavo, aunque de digna raza Real.

-¡Tocá bocina, tía Etelvina!!, ¡a ver si logramos que se despierte!!! ¡Mirá qué suerte, se despertó!! ¡Y muy justito ya se bajó!!

¡Adiós Don Pavo!... ¡Y cuando pavonee, dése cuenta de no molestar! ¡qué barbaridad!!!

Seguimos viaje. ¡Cuánto coraje! ¡Para mirar aquí y allá!!!

- ¡Ay!!, ¡ay!!! ¡ay! ¡ay!! ¡qué lío! - dice mi tía - ¿a qué no saben lo que pasó? ...Hay...!hay una goma que se pinchó!.... Bueno, bueno...qué lindo enredo... ¿Quién se anima ahora a bajar? ¡Ya que la goma hay que cambiar!

Un león gordo que tiene cara de gran glotón, nos mira fijo, lo más tranquilo como si estuviera en un balcón.

¿Qué pasa ahora?... Lo más campante un elefante viene tranquilo por el camino. Nos ve y se acerca. Mira el auto. Mira a mi tía. Mira la rueda con la avería.

Entonces el elefante con su gran trompa abre el capote, saca la rueda - que es de repuesto - le chifla al mono, el mono al pato, el pato al cuervo, el cuervo al oso, el oso al cóndor, el cóndor a la jirafa, la jirafa al mono, el mono a la mona, que les dijo:

- Tenemos que ayudar a nuestros visitantes a cambiar la rueda del coche antes de que sea de noche.

Ellos le tienen miedo al león.

Así que yo propongo que esto se haga sin discusión.

Con la gran trompa el elefante levantó el auto hasta la mitad, como si fuera un gato, de los de metal. Con el pico curvo, como el de un loro, el cóndor, aflojó todos los tornillos.

Vino el cuervo y los sacó.

La mona y el mono rodaron la rueda del rodado y la cazaron.

Ajustaron todo.

Y la rueda rota la guardaron para arreglar.

- ¡Ché elefante!! ¡Bajá el auto que ya está!!, dijo el pato.

Y la jirafa desde allá arriba, ¿saben lo que vio?...Qué lo más tranquilo en el techo del auto, el Rey león dormía y sin ningún ruido ya no rugía.

-¡Chau animales!!!...!Qué lindos son!!!! ¡Gracias por todo!!!!...!Volveremos pronto!!!

¡Y gracias a vos, tía Etelvina!!!

¡Gracias a tía que nos llevó!!.



EL GRAN ZOOLOGICO DEL MUNDO

El hada de todos los animales, que es el Ave Fénix, estaba contando un cuento que era transmitido y escuchado por la radio transmisor de los sentidos, que tienen todos los animales.

"Viene a cuento, que les cuente un cuento", dijo. Y comenzó.

- En todas las grandes ciudades de

este planeta, existen los zoológicos y está muy bien que así sea. Porque es muy importante para la imaginación de los niños, que nos conozcan y aprendan de nosotros muchas cosas; zoología, sexología, pedagogía y hasta geografía. Pero, un día el oso, quiso contarle un cuento al osito y se dio cuenta que no se acordaba de lo que le había contado su abuelo, que como él también había nacido en un jardín zoológico.

Y, como quería contarle el cuento de como se inventó el primer beso, una vez que chocaron la Princesa de Osilandia con el príncipe de la barriga pintada de azul, justo cuando con la boquita llena de miel se las chocaron sin querer, al lado de aquél árbol en el bosque y ... ¿cómo era el bosque? ... ¿Y la selva? ¿Cómo es?... Ya no se acordaba. Se había olvidado. ¡Hacía tanto que estaba en el zoológico!!....

Le preguntó a los monos. Que le dijeron, que de tantas piruetas, ellos tenían las ideas revueltas. Al elefante; que les dijo: - El bosque es un lugar lleno de árboles y... ¿a ver?... ¿a ver?... ¡No me acuerdo nada más!

Entonces le preguntó al león. Y el león le contestó; ...-"que los chicos le habían contado que era un lugar donde vivía un señor que era como un rey de los animales y que se llamaba Tarzán".

Entonces todos se miraron asombrados y se dieron cuenta, de que la vida de ellos no andaba nada bien.

Fueron corriendo a preguntarle a la recién llegada; la tortuga. Pero ella contestó; "que el viaje había sido tan largo que se había olvidado todo en el camino".

-¡Todo tiene solución!!, dijo el conejo. Y sacó de su galera una proclama. Que fue leída por todos a la vez. Una y otra vez. Que fue presentada, discutida y aclarada. Y que fue transmitida a todos los animales de todos los zoológicos del mundo, por la radio transmisora de los sentidos que tienen todos los animales. Mientras el loro adivino adivinador, hablaba solo, diciendo: - ¡Yo lo sabía!!, ¡yo lo sabía!!!

Y comenzó la gran reunión. Vinieron todos.

Las golondrinas, encargadas de los pasajeros, sellaron todos los pasaportes. Y dejaron entrar a todos.

La orquesta para el recibimiento la formaron los monos. Con los pianos, las trompetas y los tambores. Y con todos los platillos a favor, comenzó a ejecutar la banda a toda música, mientras la jirafa, apurada, colocaba las guirnaldas, el elefante buscaba y no encontraba el cinturón de su pantalón...¡qué papelón!!.

Al compás de la música, la mona de la cola colorada, bailaba; "El lago de los Cisnes", mientras las cigüeñas corrían carreras con los flamencos. Carreras en skey por los caminitos del zoológico.

Llegaron más y más invitados, de todos los zoológicos del mundo.

Los pingüinos tenían muchísimo trabajo, repartiendo los sandwiches y las bebidas frescas que tenían heladas, en sus "casitas heladeras", mientras mascullaban:-¡Qué tendremos que ver con todo esto? Si ellos no e acuerdan de los bosques y la selva...Qué tendremos que decir nosotros, que con el oso polar, ¡ya no sabemos ni siquiera donde es el norte y donde es el sur!!!, ¡para que nos envíen por lo menos, un curso de refrigeración natural!! ¡Qué barbaridad!!, ¡qué barbaridad!!

Una vez todos reunidos la proclama, por fin se leyó.

-"Queridos amigos animales de todas las razas ambientales: Cada uno, como bien sabéis, ocupáis solos, con amigos, con su pareja o con vuestros hijos, un lugar privilegiado dentro de cada zoológico, pues tenéis la gran suerte de ser, un ejemplo ejemplar de cada especie. Pero justo es y con razón, que no olvidéis vuestro origen, amigos, compañeros, parientes, territorio y nación. Así es que por libre elección, sin estar en este caso la libertad en discusión ya que ha sido libre la elección, ¡cada uno de su especie a su región, tomará su descanso y vacación!"

¡Aplaudieron todos!

La hormigas, como eran tantas, fueron las que hicieron más alboroto.

Así es que cuando en las grandes ciudades, los niños que recorren los zoológicos, ven que algunas jaulas están vacías, ya no preguntan más: - ¿Dónde están?.. ¿dónde se fueron ?

Ahora ya lo saben, porque en la puerta hay un cartel que dice: "Hoy las perdices no están porque se fueron de vacaciones felices".

Entonces, el Ave Fénix abrió sus alas de todos los colores y voló a transmitir sus mensajes a otras partes.

De "Los cuentos de Amarilis", Amarilis Carrie
amariliscarrie@hotmail.com

Ilustraciones: Thalía Martínez, 8 años
Néstor Prin, 7 años
Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba
ideas@juvenclub.cu

PULGUIENTO, EL PERRO CALLEJERO



Pulguiento era un perro muy curioso y amistoso, por eso un día al ver a muchos colegas suyos reunidos en una plaza, se acercó contento a saludarlos —¡Hola!. ¡Qué alegría encontrarlos aquí reunidos!. Hacía mucho que no compartía una tarde con amigos. ¿Puedo jugar con ustedes? —¿Jugar? ¡Qué atrevido! ¡Nosotros no estamos jugando, estamos conversando!— dijo con voz recia un

pastor de aguas

—¡Ah! Bueno, bueno también puedo conversar— dijo Pulguiento sentándose en sus patas traseras

—¿Quién es este ignorante desconocido?— preguntó altanero un galgo

—Como usted bien dijo: ¡un entrometido! — repuso una estilizada dálmata

Ante la carita perpleja de Pulguiento una coqueta pequinesa con tono amable y distante le dijo:

—Disculpe usted señor pero no sabemos su nombre ni su origen. ¡No nos gustan los extraños!

Pulguiento los miró algo confundido y se apresuró a responder con mucha cortesía.

—Yo no me llamo nunca, pero me he oído llamar en repetidas ocasiones

Pulguiento, ese pues ha de ser mi nombre. Sé que he nacido en alguna parte y ahora estoy aquí.

—La señora pequinesa se refería a su linaje, su raza, ¡su estirpe!— le aclaró un dálmata molesto.

—¡Ah! Disculpe, no había comprendido la pregunta. Soy hijo de padre perro y madre perra, pertenezco por lo tanto a la raza de los perros. — contestó Pulguiento muy educado.

—¡Todos somos perros, señor! ¡Eso no basta!

Como Pulguiento daba muestras de no entender, el Doberman continuó:

— Vea usted; yo soy un perro como usted pero no cualquier perro, no señor, soy un distinguido miembro del linaje de los doberman y la señora a mi lado es una dulce pequinesa. El señor a mi derecha es un respetable pastor alemán y la señora a mi izquierda, una elegante dálmata del más puro linaje. Con nosotros se han reunido hoy el señor pastor de aguas, la señora coker y su amiga la simpática chihuahua, también están aquí el señor galgo y el señor labrador, todos nosotros de prestigio comprobable. Mientras que usted señor, es un simple y vulgar perro callejero —concluyó con tono de desdén.

—Le agradezco sinceramente la información, señor doberman, en verdad no lo sabía. Es una suerte, que gracias a su generosidad, sepa yo ahora cuál es mi linaje, como lo llama usted.

—Ser callejero no es un linaje ¡Es una vergüenza! —exclamó con desprecio la dalmata.

Pulguiento los miró desconcertado y preguntó con inocencia.

—¿Porqué una vergüenza?

—¡Debería saberlo señor!— intervino altanera la chihuahua.

—¡Nadie aprecia a los callejeros!— dijo la dalmata — ¡Tan sucios, tan olorosos, tan vulgares!— añadió alzando la cabeza.

—¡No sirven para nada! ¡No los admiten en los concursos, ni participan en competencias! — dijo el doberman orgulloso al exhibir sus medallas.

—Los humanos nunca los llevan a sus casas, ni les bañan, ni les adornan— acotó la pequinesa llena de moñitos.

—Ni los miman, ni los vacunan. ¡Solo las pulgas los buscan!— terminó riendo la coker.

Pulguiento al verse tan maltratado los miró con tristeza. Durante un rato ninguno dijo nada. Los perros esperaban que Pulguiento se marchara, y Pulguiento pensaba.

—¡Ah. Entiendo! — dijo finalmente Pulguiento con una mueca divertida — Tienen ustedes toda la razón, ¡somos diferentes! Los perros callejeros como yo, no tenemos la suerte de vivir en los pequeños espacios de los humanos, ni somos exhibidos como adornos. Ningún callejero se ve obligado a aprender a obedecer las reglas de amo alguno, ni debe reprimir su natural instinto fingiendo ser lo que no es. Mucho menos tenemos la fortuna de vernos despojados de nuestro natural pelambre para vernos sometidos a ridículos vestidos y moños. Claro que... — prosiguió con un tono amable al ver las fieras expresiones de su audiencia — Debemos buscar nuestro alimento corriendo riesgos de todo tipo, nos vemos pues obligados a desarrollar astucia, paciencia, resistencia e incluso inteligencia. No tenemos la suerte de poder alimentarnos con insípidas pelotitas, en cantidades y a horarios determinados no por nuestra hambre sino por el amo. Tampoco hacemos morisquetas para diversión de otros, si bien las hacemos a nuestro antojo para obtener beneficios. ¡Oh, que vida desgraciada la de nosotros los perros callejeros!— exclamó fingiéndose apenado.

Los otros lo escucharon confundidos, ¡nunca antes un perro se había atrevido a hablarles de ese modo!

—¡Sí. Sí, señores, y señoras y señoritas. Es verdad todo lo que afirmo— prosiguió Pulguiento sin darles tiempo a decir nada —¡Nosotros los pulguientos callejeros estamos destinados a ser libres! Dependemos de nuestros recursos y tenemos todo el espacio como vivienda, en cambio ustedes los afortunados miembros de linaje, tienen todo resuelto. ¡Miren, allí vienen las correas a buscarlos! Ha llegado la hora de despedirnos, ustedes vuelvan a vuestras confortables y seguras prisiones,... quiero decir, viviendas, mientras, yo seguiré

deambulando por este sorprendente mundo. Bay bay. Au revoir. Adieu, Chau....—Se despidió alejándose contento, mientras los otros sentían el tirón de las correas que el cuidador les ponía.

Ana Graciela Cuevas Unamuno

Argentina

Cuevasana@Yahoo.Com Ó Anukazim@Hotmail.Com

Ilustración: Daniela Pérez

7 años, segundo grado.

Escuela primaria Tomás Romay, Cuba

ideas@jovenclub.cu

El amor de Pitifú



Cuentan que Pitifú era un pez travieso, de esos que nadan todo el día de un lado para otro, saltando entre las medusas, jugando con los caballitos de mar, charlando hasta tarde con el amigo pulpo.

Todo eso cambió desde el día en que al llegar a la orilla, Pitifú escuchó el trinar de Charito, la pajarita del árbol.

Se quedó maravillado, ¡enamorado de su canto, su mirada, su plumaje! Saltó y saltó para llamar su atención. ¡Cuánto daría por abandonar sus escamas y volar por el cielo!

Días enteros estuvo en la superficie, asomando sus húmedos ojos en la superficie, esperando que ella se percatara de su presencia. Pasaron los días y Charito ni miraba el agua. Se armó de valor Pitifú y saltó con todas sus fuerzas. Logró mojar sus bellas plumas, logró que ella lo mirara.

¡Pobre y feliz Charito! Ahora ella también amaba un amor imposible. Él la miraba, ella le cantaba y siempre la lejanía marcaba la diferencia.

Una tarde Pitifú bajó a las profundidades en busca del Rey de las Aguas. Sus súplicas consiguieron su objetivo: convertirse en ave. Y cuál no sería su asombro al volar al árbol de Charito y no encontrarla. Charito aguardaba triste su llegada en el mar, a petición de la Reina de los Vientos.

Nuevamente lejos, almas tristes, hábitats intercambiados.

Los corazones hechos el uno para el otro no pueden latir separados. Sus miradas decidieron que volverían a la Reina de los Vientos. Una vez más escuchó y una vez más concedió. Ahora vuelan juntos Charito y Pitifú inmersos en una atmósfera de amor.

Ana María Domínguez Cruz

CUBA

abmcosi@yahoo.es

ritac@mined.rimed.cu

Ilustración: Juan Vicente Rodríguez Bonachea.

Miembro del Taller de Gráfica de la Habana

Ciudad de La Habana, Cuba.

bonachea@cubarte.cult.cu

La leyenda del primer arco iris.



Hace mucho mucho tiempo había una pequeña isla en el Océano Pacífico llamada Tumbuchú. Los habitantes se llamaban tumbis. Ellos trabajaban juntos y se ayudaban en todas las tareas de la comunidad. Unos sembraban vegetales y frutas para comer. Otros construían las casas con ramas y madera

Los niños estudiaban la naturaleza, la bondad, el amor a los demás y los trabajos de los adultos. Los maestros eran los abuelos de Tumbuchú. En las tardes, los niños corrían y jugaban por los campos. Sólo tenían prohibido ir al otro lado de la montaña Lakipú.

-Son unos miedosos. No se atreven a ir a Lakipú.—Dijo Chompi a Maquita y Tembí. Chompi era un niño muy travieso.

-Sabes que no debemos ir. Los maestros lo tienen prohibido.—Contesto Maquita. Ella era una niña pequeña y nunca se separaba de su hermano mayor Tembí.

-Maquita tiene razón.—Dijo Tembí a Chompi y sonrió a su hermana. Chompi era su amigo, pero a veces lo metía en problemas.

-No pasa nada. Dicen que al otro lado hay unas flores maravillosas de muchos colores.—Dijo Chompi.

-¡Las flores son amarillas en Tumbuchú! ¡Flores de colores! ¡Qué bonito!—Exclamó Maquita.

-No lo piensen. ¡Vamos!—Repitió Chompi.

-Pienso que no debemos. Los mayores nos van a regañar.—Dijo Tembí. - No es correcto ir al lugar prohibido.-

-Yo iré.—Dijo Chompi y comenzó a correr hacia la montaña. Maquita corrió tras él.

-¡Hermanita, no vayas!—Gritó Tembí. Corrió tras su hermana y Chompi.

Los tres niños llegaron al lugar prohibido. Las flores eran azules, verdes, violetas, rojas, amarillas y anaranjadas. Ellos estaban emocionados. No se dieron cuenta de que se hacía tarde. Regresaron a la aldea después de la cena.

-¿Dónde estaban? Los papás están muy preocupados.—Preguntó el viejo Chantú a los tres niños. Él era el maestro principal. Los tumbis lo respetaban.

-Jugamos mucho. Nos quedamos dormidos cerca del río.—Contestó Chompi. Tembí y Maquita no hablaron y se fueron a sus casas.

Al día siguiente todas las flores del poblado estaban negras. Las frutas y vegetales se habían dañado. El río estaba seco. El viejo Chantú llamó a todos los tumbis.

-Queridos tumbis. Alguien ha desobedecido. Alguien pasó al otro lado de la montaña.—dijo Chantú. Tembí y Maquita bajaron la cabeza.

-¿Dónde estaban en la tarde?—Le preguntó la mamá a Maquita.

-Nos quedamos dormidos con Chompi.—Dijo Maquita.

-¿Qué comemos ahora?—Dijo la mamá y empezó a llorar.

-Nos queda poca comida.—Dijo el papá.

Los niños fueron a estudiar como todos los días. Por la tarde estaban muy tristes.

-Chompi no debiste mentir.—Dijo Tembí.

-Tú tampoco dijiste la verdad. Maquita también mintió.—Dijo Chompi.

Maquita comenzó a llorar. Tembí la abrazó. Esa noche antes de acostarse Maquita y Tembí decidieron hablar con sus papás.

-Mamá, perdón.—Dijo la niña. Maquita cogió la mano de su hermano.

-Padres, nosotros mentimos. Maquita, Chompi y yo fuimos al lugar prohibido.—Dijo Tambú. El viejo Chantú entró a la casa de los niños. Llevaba un poco de agua.

-¡Chantú! Nosotros somos malos. Fuimos al sitio perdido. Había muchas flores. Te mentimos.—Dijo Maquita. La niña comenzó a llorar. El viejo Chantú sonrió y tocó la frente de los dos niños.

Al día siguiente había un hermoso arco iris sobre toda la isla de Tumbuchú. Tan grande y hermoso que los colores se reflejaban en toda la tierra. Era el primer arco iris.

Los tumbis miraban sorprendidos y felices. Comenzó a llover.

-¡Que maravilla! Las flores tienen colores.—Gritó Maquita.

-Las frutas están creciendo. La verdad es la llave de este milagro. Hoy es un gran para los tumbis.—Dijo el viejo Chantú.

La comida no volvió a faltar. Las flores eran de muchos colores y ricos perfumes. El respeto a los demás, a las leyes del pueblo y la verdad reinaron en Tumbuchú. Desde ese día todos vivieron felices.

Arroz con leche



Miguel era un niño puertorriqueño que vivía en el sur del Bronx con su mamá, su abuelito Papo y su hermana Sofía. Aunque eran algo pobres, Miguel siempre estaba feliz, porque vivía en un hogar lleno de amor.

Todos los sábados, la mamá preparaba su comida favorita. Los dos hermanos disfrutaban ayudándola a batir el arroz en la leche y un poco de azúcar.

-Miguel, por favor, ve al colmado de don Juan y pídele un litro de leche. Dile que el lunes le pago.—Dijo la mamá y le entregó un papelito con el recado. —Recuerda, no hables con extraños-.

Miguel salió obediente a comprar leche para el desayuno.

- Gira que gira,
salta que salta,
vueltas de risas
caminos de miel.- Cantaba el niño y saltaba por el camino. También pensaba en el arroz con leche que tanto le gustaba. Miguel llegó rápido al colmado.

-Señor, mi mamá le envía este recado. Necesitamos un litro de leche para el desayuno.—Le dijo Miguel a don Juan y le entregó el papelito.

-Aquí tienes Miguel. Eres un buen niño. Ahora ve a tu casa sin detenerte en el camino. Saludos a tu máma.—Le dijo don Juan.

-Sí, señor. También tengo cuidado al cruzar la calle. —Contestó Miguel y tomó el paquete con el litro de leche. Le dijo adiós con la mano a don Juan.

Miguel regresó por el mismo camino muy contento. El niño sabía que su mamá estaría orgullosa de él.

- Corre que corre,
nada que nada,
recoge la llave
de azúcar y amor.— El niño continuaba cantando hasta que tropezó con una bolsa de papel. Miguel se levantó del piso, se sacudió los pantalones. Recogió el litro de leche y la misteriosa bolsa de papel.

-¡Ay, bendito! La bolsa está llena de dinero.- Dijo Miguel al mirar el contenido de la bolsa y la cerró de nuevo. Estaba muy contento.

-Le diré a mami que compre una televisión. Quiere ver las películas y nunca puede. Puedo ver con Sofía los dibujos después de estudiar. A abuelo Papo le gustan los deportes y la novela.- Pensaba Miguel con mucha ilusión. Caminaba despacio e imaginaba la televisión en la sala de la casa. Miguel abrió otra vez la bolsa y miró el dinero.

-Le puedo comprar a Sofía una muñeca nueva y para mí, unos patines.- Imaginaba Miguel con una sonrisa en su cara.

Miguel guardó la bolsa con el dinero en su bolsillo y aseguró en sus brazos el litro de leche. Luego corrió hasta la entrada del edificio donde vivía con su familia. Miró hacia las ventanas y su hermana lo saludó.

-Sofía tengo una sorpresa.-Gritó Miguel. Estaba muy contento. Pensaba en todas las cosas que podría comprar con el dinero encontrado.

Miguel abrió la puerta del edificio y vio a una vecina muy anciana que lloraba.

-¡Doña Paca! ¿Qué le pasa?- Dijo Miguel y le tocó el brazo a la señora.

-¡Ay, pequeño! Perdí el dinero para pagar mi apartamento. Lo puse en una bolsita de papel y se me cayó en el camino. Si no pago hoy me echan.-Dijo doña Paca y comenzó a llorar otra vez.

-Mire, doña Paca.-Dijo Miguel y sacó la bolsa de su bolsillo.

-¡Gracias mi niño! ¡Qué Dios te bendiga!-Dijo doña Paca. Cogió la bolsa y le dio un beso en la frente a Miguel. Sonrió muy contenta

Miguel subió rápido las escaleras. Llegó a su casa y le dio la leche a su mamá. La mamá y Sofía comenzaron a preparar el arroz con leche. Miguel las miraba muy contento pensando en su desayuno favorito y en la sonrisa de doña Paca.

Ana María Fuster Lavín

Puerto Rico

amfuster@prtc.net

Ilustraciones:

Rafael Paneca Suárez

10 años, 5to grado

Escuela Orlando Pantoja, Alamar, Cuba

Kaila Gómez

6 años, 1er grado

Escuela Tomás Romay, Cuba

EL PEQUEÑO MAGO



A pesar que se avecinaba una oscura tempestad, el teatro estaba ocupado en su totalidad por escolares. El mago se movía sobre el escenario con asombrosa presteza y picardía. Con total amabilidad invitó a subir al escenario a uno de los niños y propuso hipnotizarlo.

Ante el asombro de todos y los esfuerzos realizados, no lo lograba. Al cabo de 5 minutos, que parecieron

muchos más, el niño logró ser hipnotizado. Fue cuando el mago le hizo preguntas graciosas, le hizo hacer piruetas y creó una serie de situaciones para entretenimiento de la concurrencia.

Pero al terminar la demostración, el mago no lograba despertarlo y los espectadores estaban ya impacientes.

De pronto, el niño, aún con los ojos cerrados, estiró los brazos hacia arriba, respiró hondo muy lentamente y se fue volando.

Anahí Duzevich

Santa Fe-Argentina

rosy_cuello@yahoo.com.ar

Ilustración: Kenia Rodríguez Guzmán

Cuba

angelsan@cubarte.cult.cu

Magda



ya que no hay espacio en el mundo que ellos no puedan visitar.

Magda, la pequeña hada, volaba sin mayores preocupaciones de flor en flor, buscando algo del mejor néctar que por esas épocas las flores generaban en escasa cantidad. La tranquilidad que mostraba en su actividad contrastaba con el intenso trajinar de una multitud de hermosos seres alados que volaban por todos los rincones del universo, yendo y viniendo desde los más recónditos sitios,

Es que cuando el Espíritu Superior, la divinidad creadora del universo, decide hacer nacer una hada nueva, es con un fin específico. No se crean por que sí, y eso es lo que las hace verdaderamente especiales. Hay una gran cantidad de estos seres alados pululando por todo el firmamento, cumpliendo su misión: el hada de los sueños, de la imaginación, de la lluvia, del viento, una por cada elemento, otra por cada especie, unas encargadas de los frutales, otras de los animales, una para la muerte, otra para la vida, y así son miles, y llenan los espacios, aunque todas invisibles para los limitados sentidos de un hombre común.

Todas tienen la misión de gobernar su área de competencia, hacer y deshacer de acuerdo con los mandamientos de las leyes del mundo. Leyes escritas e imposibles de modificar, así que si existen trabajos rutinarios, este es el peor de todos, porque aunque las hadas tienen la posibilidad de crear, les está totalmente prohibido. Aquella que se aventura a desafiar las leyes de la naturaleza, y por lo tanto retar al Supremo Creador, el único ser autorizado a la noble tarea de engendrar, es condenada en forma inmediata a vivir en la tierra, tomando forma humana. Como una metamorfosis inversa, en la que una bella y graciosa mariposa, acostumbrada a volar y ser llevada por los vientos, se transforma en un gusano que solo puede arrastrarse por el suelo. Sin embargo, este gusano, cuyos poderes son terriblemente menores que en su antigua forma, si puede crear. Jamás podrá desafiar las leyes de la naturaleza, pues no tiene suficiente inteligencia para ello, pero si puede concebir obras maestras. Este es el castigo de las hadas, la condena eterna a cumplir las leyes del mundo, incluso pasando por la corrupción de la carne, cuando indefectiblemente tienen que morir. Sin embargo, pueden ser creativos, y si quieres reconocer a la encarnación de un hada, solo basta mirar el arte que aplican en cada una de sus actividades.

Se cree que los primeros pobladores de la tierra fueron hadas a las que se le aplicó el castigo de la encarnación, ya que al principio no se resignaban a seguir las leyes naturales. Por eso el comienzo de los tiempos era algo fantástico, y se

veían maravillas que ahora solo son recordadas en algunos libros antiguos. Y cada vez que alguno de estos prodigios sucedía, un nuevo nacimiento se producía, pero una natalidad especial, ya que era la encarnación de un hada. Y por eso también el comienzo de los tiempos fue algo hermoso. Los libros dicen que la música viajaba entre los árboles de los bosques deleitando a sus habitantes, los pueblos eran fantásticas construcciones en lo que los elementos se combinaban armoniosos buscando formas esbeltas y agraciadas. Los árboles sobre las aceras formaban estupendas columnas donde las hojas plateadas se encargaban de reflejar las luces de los astros y la luna iluminaba las veredas de piedras blancas como la nieve. Entre las calles se sucedían acequias y cascadas que sonaban cual sinfonías, y en sintonía con las ruedas de los molinos que en forma incesante molían los granos más grandes y dorados que la tierra era capaz de dar.

La vida era paz y alegría perenne, todos vivían en constante armonía con los elementos y con sus semejantes, y en esa época las artes florecieron como nunca. Maravillas que ahora sólo pueden recordarse en antiguos libros y las canciones que aun perduran en la mente de los juglares.

Pero los hijos que nacían de las hadas no conocían el pasado glorioso de sus progenitores, y no entendían al mundo de la forma que sus padres. Sin embargo, el mundo se degradó antes de la llegada de la descendencia de las hadas. Porque entre los espíritus creados por el supremo había algunos muy sabios, que lo desafiaron creando las maravillas más espectaculares que el mundo conociera por esos tiempos. Inmediatamente fueron encarnados en seres humanos, pero esto era parte del plan. Si en el mundo de los espíritus no podían ser reyes, lo serían en el mundo de los hombres.

Así llegaron al mundo las maldades, antiguas hadas hermosas transformadas en viles y oscuros personajes, reyes de la noche de las virtudes y gobernantes tiranos de los hombres.

Pero los nobles seres que habitaban la tierra la amaban demasiado como para dejar a los invasores apoderarse del orbe, y se defendieron a capa y espada, dando lugar a sangrientas guerras, poderosos seres se enfrentaron y muchos cayeron en las confrontaciones.

Pero el poder de los seres malvados fue puesto a raya, gracias al gran número de buena gente que añoraba el esplendor del pasado, pero jamás pudieron vencerlos definitivamente. Entonces se sucedió una época de equilibrio de fuerzas, en la que se sucedían pequeñas escaramuzas, y cada ser encontraba su posición de poder.

Pero el equilibrio se rompió con el advenimiento de los hijos de las hadas, ya que eran de mente más débiles y eran fácilmente corrompidos por los espíritus malignos. Los humanos que comenzaron a poblar la tierra tenían la sola visión de lo material, y les gustaba mas que a nadie la riqueza y el poder.

De esta forma las hadas ya no deseaban venir a la tierra y las maravillas dejaron de suceder, y aunque las hadas al morir se reencarnaban en otro ser humano, por

lo que su número permanecía constante, proporcionalmente cada vez eran menos, ante la explosión demográfica de sus hijos.

Si bien la característica principal de la gran creación, era que todos sus habitantes podían gozar de completa libertad en sus actos, al Supremo Creador no le agradaba lo que sucedía en el mundo, porque su obra se estaba degenerando en algo que no había previsto. Sin embargo, esto era admisible, ya que todas sus creaciones tenían libertad de actuación dentro del universo asignado, y si hubiera querido que todo fuera como él quería, entonces no les habría dado el libre albedrío.

Entonces decidió crear a un hada que guiara a sus criaturas para que dentro de su completa libertad actúen de forma mas acertada, como una consejera. Así nació Magda, el hada de la conciencia.

Magda era hermosa y ágil, y en sus primeros tiempos fue muy activa. Iba de alma en alma, aconsejando, ayudando a pensar, a mejorar la vida de los que la escuchaban, ya que era portadora del mensaje del divino creador, y llenaba el corazón de alegría a aquellos que seguían sus consejos. No había descanso posible, primero atendía los llamados, pero en muchas oportunidades aparecía cuando lo consideraba oportuno, sin ser llamada. Las hadas encarnadas entendían muy bien su mensaje, y constantemente la estaban llamando, como forma de revivir la hermosura del mensaje divino. Pero los hijos de las hadas no tenían la misma nostalgia, y preferían a menudo confiar en su propia sabiduría y cuando la conciencia se aparecía, por más hermosa que fuera el hada, la consideraban una intromisión incómoda mas que como una fuente de paz y alegría.

Así fue que cada vez era menos solicitada, y cuando aparecía en alguna mente, normalmente era rechazada, u obligada a permanecer en silencio. Pero lo más triste era cuando lo que decía era tergiversado, y el sujeto se auto convencía de que lo que hacía estaba bien, cambiando algunas palabras del hada según su conveniencia, para formular alguna teoría falsa que apoye sus actuaciones y las justifique.

Por eso el hada de la conciencia en estos días está olvidada, y solo le queda pasar el tiempo de flor en flor, buscando néctar para las otras hadas.

Los que somos hadas encarnadas debemos recuperar a nuestra amiga Magda, porque es el nexo entre la divinidad preciosa y nuestro mundo terrenal, solo escuchándola podremos abrir una ventana al fantástico mundo celestial y hacer de nuestro cosmos un lugar mejor.

El abuelo cerró el libro en cuanto vio que el pequeño ya se había dormido. Miró hacia las estrellas que se asomaban entre los espacios dejados por las persianas, y se acordó de algunas épocas en los que tenía alas en la espalda y las canciones resonaban por los rincones de su casa.

Mañana te leeré otra historia de hadas, para que duermas en paz y el hada de los sueños te acompañe

Andrés Lorenzo Zapata
Córdoba, Argentina
andreslz1970@hotmail.com

Ilustración: María Ángeles Astorga
Rosario, Argentina
7 años
raulastorga@hotmail.com

La doble identidad de Caperuza



En toda la comarca caía una lluvia pertinaz que pareciese presagiar lo que, finalmente, ocurriría.

En el castillo, el Rey eructó satisfecho, al tiempo que un ademán, por demás elegante, fue acto suficiente para ordenar la retirada de los platos.

Después, un perentorio grito, atravesó raudo la extensión de los pasillos como delineando el camino que habría de recorrer hasta su alcoba cuando así lo considerase necesario. ¡Traedme a la doncella! y de inmediato, chasqueó los dedos para poner fin a su sentencia.

No pasaron más de dos minutos antes de que el Rey sintiera desvanecer la luz que hasta hace unos instantes entraba por la puerta y que ahora se obstruía, no sólo por la señorita y su vigía, sino por su enorme capa roja que le confería un aire muy señorial para una niña de su procedencia: ¡Campesina!, como la había tildado el rey.

-Así que tú eres..., El rey trató de extender cuanto pudo la sucesión de eses en espera de que la niña interviniera.

-Caperucita, Caperucita roja. – Asintió la niña, que, sin embargo, aún no lograba descifrar el brillo de desprecio en la mirada del monarca, como no lo hizo tampoco días atrás con la mirada de deseo que el lobo le había clavado mientras ella, inocente, lo contemplaba entre el atuendo de su abuela.

-Ya, veo, roja, imagino que por ese trapo que traes como prenda.

-No es un trapo, es una capa y fue tejida por mi abuela. Por eso todos me llaman así.

-Qué hacías corriendo por mis predios como una loca, no sabes acaso que esta noche ofreceré una gran fiesta y tu pudiste haberlo arruinado todo.

-Excúseme señor- Caperucita agachó su cabeza en señal de sumisión al tiempo en que coligió que, ni siquiera ahí, era bienvenida. Es por la publicación del cuento, ahora todos quieren apedrearme, nadie me cree y el lobo finalmente se salió con la suya. Hace una semana me amenazó, me dijo que yo, pagaría muy caro su gastritis, que las piedras con las que el príncipe llenó su vientre eran las causantes de todos sus males, que ahora, a duras penas, sólo podía pujar para aullar. Mi abuela y yo nos encerramos, no salimos durante semanas, pero el lobo jamás se presentó. Y ayer, usted no se imagina mi señor, nos despertamos muy temprano ante los gritos de la horda que venía por mí. Fue sólo en ese instante cuando, por los gritos, supe lo del cuento, es que ese lobo sí la supo hacer. Ahora sólo tengo a mi abuelita, que siempre ha creído en mí, y que ya no sé dónde está.

-Pero niña, por favor, explíquese, por favor, de qué cuento habla usted, yo no he leído ningún cuento. – El rey se percató de inmediato del sentido literal de aquella afirmación, pues, de hecho, jamás había leído cuento alguno ni obra literaria que se le asemeje, pese a la insistencia de su madre acerca de cultivar, como buen monarca, el hábito de la lectura.

-Aprovechó su gran habilidad para narrar, su imaginación y su cinismo para escribir un cuentico que tuvo a bien publicar en el diario “Lo último de la Comarca” con ayuda de una loba, a quién tuvo por amante y que el diario tiene ahora como editora general. El cuento en sí no es malo su señoría, vaya si el lobo en él no muestra su talento, pero es una sarta de mentiras, según él, yo, malvada caperuza, quise seducirlo y sobornarlo para acabar con mi abuelita y así quedarme con su herencia, y después, como era de esperarse por un ser tan abominable como yo, son sus palabras señoría, quise deshacerme de él y descargar en él mis culpas. Eso mi señor, eso piensan ahora todos de mí, usted más que nadie sabe la difusión de ese diario.

El rey no pudo más que sentir lastima por ella, y eso lo sonrojó un poco, pues no imaginó sentir su alma trepidar por el relato de la niña.

-No te preocupes, aquí te daré posada, yo creo en ti, pero, no te hagas ilusiones, que no serás jamás una de mis hijas ni nada que se le parezca, serás una sirvienta, y con eso, deberías darte por bien servida. En cuánto a tu abuela, ya mandaré a ver por ella, también necesitamos una Nana.

-Gracias mi señor, no se imagina lo agradecida que estoy. Y se inclinó a besar los pies del Rey, al tiempo que este, henchido el pecho, miraba al cielorraso y el bailar de las lámparas movidas por el viento.

Esa noche se ofreció una gran fiesta como lo había anunciado el Rey, caperucita escuchaba desde una habitación lejana el sonido de la música, el rozar de las zapatillas con el piso; y se veía ella, tan amante de la suntuosidad, en medio de la pista donde la aclamaban.

Sin embargo, el recuerdo de su abuela, logró que deslizara una lágrima por sus mejillas, y un hada madrina, vieja y venida a menos, confundió tal expresión con el deseo de la niña de hacer parte de la ceremonia. Por lo que, sin pensarlo, y con el mismo fervor que tiempo atrás la caracterizaba, apareció de improviso ante la mirada atónita de caperuza.

No te preocupes -exclamó el Hada-. Tú también podrás ir al baile, pero con una condición, que cuando el reloj de Palacio marque las doce campanadas tendrás que regresar sin falta. Y tocándola con su varita mágica la transformó en una linda joven que llevaba un gran vestido donde antes lucía su capa polvorienta. La llegada de Caperucita al salón del Palacio causó honda admiración entre los asistentes. Al entrar en la sala de baile, el Rey quedó tan prendado de su belleza que bailó con ella toda la noche. Las hijas del Rey no la reconocieron y se preguntaban entre cuchicheos quién sería aquella joven.

En medio de tanta felicidad Caperucita oyó los doce campanazos que marcaban su regreso.

-¡Oh, Dios mío! ¡Tengo que irme! -exclamó-.

Como una liebre atravesó el salón y bajó la escalinata perdiendo en su huída un zapato que el Rey recogió asombrado y apretó contra su pecho como si quisiese proseguir con él el baile.

El Rey no entendió lo sucedido, sólo quería tener consigo a la muchacha y proseguir el baile, por ello, ordenó suspender la música, requisar toda la casa con la orden de encontrar a la muchacha y ordenó además soltar los perros para que nadie, absolutamente nadie, atravesara sus linderos

Para encontrar a la bella joven, al Rey se le ocurrió que podría probar el zapatico a toda joven menor de dieciséis años y casarse con aquella a la que el zapatico le calzara.

Envío entonces a sus súbditos a recorrer todo el Reino, él mismo se encargó del trazado de las rutas que habrían de seguir con estricta rigurosidad. Las doncellas se lo probaban en vano, y no fueron pocas aquellas que derramaron sangre en su intento por calzarlo, pues no había ni una a quien le fuera bien el zapatito.

Al final, y ya a punto de claudicar en la misión, uno de los súbditos llegó hasta la habitación donde ya dormía caperuza, y claro está que, al despertarla, pudieron apreciar como el zapatico entraba con facilidad en el pie dócil de la nueva soberana, quien oficializó su nueva condición unos días después ante la mirada alegre de la madre del Rey, pues nunca imaginó que, finalmente, uno de sus sueños se convirtiera en realidad, el de ver a su hijo en el altar.

Y esta podría ser pues, la historia de un monarca que por no leer recibió gato por liebre o más bien cenicienta por caperucita, aunque podría ser también la historia de caperucita y su doble identidad, perdida entre los pliegues de un cuento que le es de por sí ajeno, sumida en la personalidad de cenicienta.

“Mi Marcha de Mañana”



Mi abuelo siempre me dice que no me meta, que son conversaciones de mayores, que no hago sino decir insolencias. Pero es que a mí los profesores nunca me han caído muy bien, bueno, sólo el de historia, porque él sí es bien bacano con nosotros. Pero es que eso de que los maestros son los más desprotegidos de este país y que todo lo que han ganado lo han ganado con mucho

esfuerzo, a mí no me suena mucho, desprotegido uno que no puede decir nada porque siempre ellos tienen la razón y vaya uno a llevarles la contraria y verá que se le arma un problema en el colegio y por ahí derecho en la casa también. Yo a mi abuelo lo quiero mucho, así me calle y me diga insolente, así me pregunte cosas raras, ahora no tanto pero al comienzo cuando entré al colegio me preguntaba que si mis compañeros no me miraban feo y, a veces, lo veía

discutiendo con mi mamá, diciéndole que cómo iba a mandar al niño, o sea a mí, a ese colegio a que se sintiera como mosco en leche, ¡Que dejá tu complejo papá!, escuchaba decirle a mi papá, que nosotros éramos afortunados de que nos hayan dado ese cupito gracias a que mi mamá había trabajado ahí por muchos años. Mi tía Claudia me dice que no le haga caso, que mi abuelo es un acomplejado, yo la verdad no sé qué significa esa palabra pero sí me suena a como es mi abuelo. Mi abuelo y mi papá también discuten muchas veces, mi papá le dice que en el colegio donde él trabaja hay mucho mañoso, mi abuelo le dice que no se ponga a pelear allá y que no se vaya hacer echar, que si se queda sin trabajo sí no va a conseguir en ningún lado porque ya está viejo, mi papá le dice que viejo él, que él sólo tiene cuarenta, pero mi abuelo le dice que en este país a esa edad ya todos son viejos, la verdad yo le doy la razón a los dos, así mi mamá diga que siempre hay alguien que tiene la razón, porque para mí ambos están viejos.

Mañana no tengo clase, pero de todos modos tengo que ir al colegio temprano porque vamos a salir en una marcha por la Paz en protesta por la bomba que explotó el viernes en el Nogal, ahí voy a aprovechar y le voy a preguntar bien a Carlos, mi compañero de puesto, que me cuente bien lo que pasó, el sábado me llamó a la casa y me contó que él había estado allí pero que gracias a Dios no le había pasado nada, ni a él ni a su papá. Después me contó un poquito pero no me quiso seguir contando, que el lunes me contaba bien, a mí me pareció que estaba exagerando, porque Carlos es bien exagerado y también mentiroso. Yo ya lo he pillado en varias, el otro día dijo que le había dado un beso a la peladita de quinto y que había durado como dos minutos, y que con la boca abierta, pero es que lo que pasa es que él no se dio cuenta que yo lo estaba mirando y hasta le iba a tomar el tiempo, porque ese cuento ya me lo había echado otras veces, pero mientras bajé la cabeza para poner el cronometro y la volví a subir, ya el beso se había acabado. De todos modos le voy a preguntar para que me cuente, yo me enteré que había otros compañeros que también estaban ahí a esa hora, pero a ellos casi no les tengo confianza, pero tampoco me miran feo como piensa mi abuelo, a Carlos sí porque desde el primer día nos tocó juntos.

Mi abuelo y mi papá se pusieron a pelear esta tarde otra vez, ellos se la pasan peleando, aunque también se quieren, pelean por todo, a veces hasta parece que jugaran a llevarse la contraria, a mí me da es risa, mi papá dice: voy a hablar con el viejo un rato y se va a buscarlo, se van después para la sala, mi papá se hace en el sofá y mi abuelo en la mecedora, porque esa es de él y ahí no se puede hacer nadie, y entonces comienzan a poner un tema y el otro a llevarle la contraria, y nunca se ponen de acuerdo, y así se la pasan horas y horas hasta que a mi papá le da rabia y se va para su cuarto, y después el abuelo, pero más despacito. Esta vez estaban peleando hasta por lo que dijo el Presidente, que porque había dicho que ahora sí esto fue lo que rebose la copa, estaban hablando de la bomba del viernes, que Colombia no iba a soportar más, pero mi abuelo decía que la copa supuestamente se había rebosado desde que él estaba

joven y todo seguía igual, y mi papá le decía que por gente como él es que estamos como estamos, yo realmente tampoco sé muy bien cómo es que estamos, pero me imagino que mal porque eso dice todo el mundo, aunque no me imagino que tenga que ver el abuelo en todo esto.

Allá en el Nogal también estaba otra compañera, eso me lo contó Carlos cuando me llamó, Sandra, la que le gusta a Andrés. Yo no sé si a ella le guste Andrés, pero no creo porque en el recreo nunca se hace con él, yo me hago con Carlos siempre, cuando no me voy a donde mi mamá a verla barrer o cualquier cosa que esté haciendo, en cambio Andrés, se va por ahí solo a hacerse el que está aburrido, pero siempre cerquita de donde está ella, y nunca los veo hablando ni nada. Pero si a ella le gusta también o no ya no importa, porque Carlos me contó que el papá de ella como que ahora sí ya había dicho que se iban del todo, que no se iba a quedar aquí esperando a que nos mataran a todos a punta de bombas. Me da pesar por Andrés, porque se le nota que le gusta bastante, además, él sí no es como Carlos que anda inventando cosas y él sí dice que ella nunca le ha dado nada. De todos modos no le voy a contar nada a él de que se le va su niña, porque quién sabe si sea verdad, porque el año pasado no me acuerdo por qué, pero todos andaban con el mismo cuento, que los Papas habían dicho que se iban del país, que la mamá iba a aprovechar para aceptar el puesto que le habían ofrecido en España, no sé dónde queda España pero sé que es lejos, y sin embargo yo todavía los veo en el colegio. Yo los entiendo porque eso de irse del País tiene que ser bien difícil, porque todo el mundo tiene muchas cosas, nosotros por lo menos si nos fuéramos a ir, tendríamos que llevarnos la cama y la silla del abuelo, y no me imagino dónde se puedan empacar todas esas cosas. Yo creo que para poner una bomba se tiene que ser muy malo, y muy valiente también, así mi abuelo diga que son unos cobardes, porque qué tal que se le explote a uno en las manos antes de que la ponga. Yo conozco gente mala, como Fernando, mi vecino, así mi abuelo diga que eso no es ser malo sino jodido, pero es que él no se da cuenta de todas las que hace él: nos pega a los más pequeños, se roba las cosas, es mentiroso (así como Carlos, pero él no es malo), le grita a la mamá, es tramposo. Mi mamá me ha dicho que no me junte con él, yo no es que me junte con él sino que él se mete siempre a lo que estamos jugando.

Mañana para la marcha toca ir con camiseta blanca, yo ya no tengo camisetas blancas, la última que tenía se me dañó jugando, ahora le aviso a mi mamá para que me compre otra, ojalá no se ponga a decir que todo se lo digo a última hora, porque para ella última hora es decirle el día anterior. La marcha va a estar bien linda, la última también estuvo linda, porque vamos a ir de todos los colegios, menos mal que del colegio no se murió nadie porque sería muy triste, aunque me da tristeza que de otros colegios sí se hayan muerto, eso me dijo Carlos pero eso sí se lo creo, si no se hubieran muerto, mañana estarían ahí como nosotros, pobrecitos, mi abuelo dice que pobrecitos los que se quedan, no lo entiendo, por eso es que yo digo que mi abuelo es muy raro.

Cuando yo sea grande quiero ser Presidente, para acabar con toda la gente mala, para meterlos a la cárcel, para que así ya no se muera más nadie sino de viejos, porque eso ha de ser muy triste que se le muera a uno alguien, mi abuelo se la pasa diciendo que él ya se va a morir, yo no le creo porque él siempre dice lo mismo, además porque con mi mamá y mi papá siempre rezamos por él, por eso sé que mi papá lo quiere, así se la pasan peleando. De todos modos yo no quiero que se me muera nadie, voy a decirle a mis compañeros que no vuelvan al club, yo no sé qué haría si se me muriera Carlos.

Andrés Mauricio Muñoz Chaparro

Colombia

amauriciom@yahoo.es andres.munoz@hp.com

Ilustración: Fotografía de Marié Rojas

Dibujo de Isabella Ferrer Fernández

5 años, Cuba

elmerferrer@cubarte.cult.cu

Abuela de trapo



Mi abuela de trapo nació unos años después que yo.

Vino de un palito y un pozo. Bueno, yo estaba revolviendo un pozo con un palito y pesqué un trapo. Es decir, a mi abuela. Tanto me había gustado, que la llevé colgando en el palito hasta donde estaba mi mamá.

—Tirá ese trapo embarrado. ¡Qué porquería! —gritó al verme.

—Es mi abuela —dije yo.

En ese momento, mi mamá debió hacer un cálculo rápido: si es su abuela, quiere decir que es mi ...

Mi mamá pidió una bolsita al mozo —estábamos en una parrilla al borde del río, era domingo- y sin tocarlo, puso el trapo adentro.

Cuando llegamos a casa, no esperó hasta el lunes, lo metió en el lavarropas con bolsita y todo.

Yo no le sacaba los ojos a la puerta del lavarropas y le pedí por favor a mi mamá que no tratáramos así a la abuela.

Mi mamá me dijo:

—Está en el hospital.

Después del quinto lavado mi mamá se animó a meter los dedos adentro de la bolsa para sacar a la abuela. La abuela realmente tenía cara de abuela: la piel arrugada como pasa, ojitos chinos, medio peladita.

Le comenté lo de la cara a mi mamá; ella me preguntó que a dónde le veía yo la cara.

Mi mamá la revisó bien. Dijo:

—Bué, estas manchas no salen más.

Era verdad. El trapoabuela tenía tres manchas color té (ella era de liencillo, blanquito sucio o beige claro.)

—Mami, todas las abuelas tienen manchas y no por eso las lavan cinco veces.

En eso mi mamá intentó estrujar a la abuela con sus manos en la pileta de lavar. Pegué un grito, mi mamá desistió. Después, salió al patio y colgó a mi abuela patas para arriba con dos broches.

Yo le dije:

—¡Pobre abuela, se va a marear!

Ella me dijo:

—Dejáme hacer.

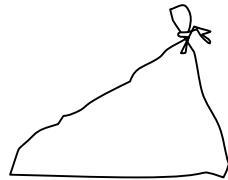
Yo la dejé hacer. Cuando la abuela estuvo seca la descolgó.

Luego fue a enchufar la plancha pero ahí no la dejé hacer más.

—No le saques las arrugas. No quiero una abuela planchada.

Mi mamá se rió y se puso a buscar un piolín en el cajón de las herramientas. Después, un pedacito de algodón.

Puso el algodón en el centro de mi abuela trapo, justo donde mi abuela tiene la cabeza, y le ató el piolín al cuello. Entonces mi abuela parecía un fantasma. Se le veía la cabecita rellena, el piolín hecho un moño. Y después, el cuerpo triángulo:



Le quedaba bien y ella estaba contenta.

Desde ese momento, mi abuela de trapo me acompaña a todos lados.



Los pasos para encontrar a una abuela están en la historia de mi propia abuela de trapo, pero si querés te los repito:

- 1.Revolvé con un palito en un pozo embarrado donde no se vea el fondo, cerca del río.
- 2.Seguí revoliendo, hasta que sientas que el palito choca con algo.
- 3.Tratá de enganchar ese algo con el palito.
- 4.Una vez que lo tengas, tirá para afuera.
5. Lo que saques, será tu abuela.

¿Abuela de qué?

La mía, por ejemplo, es de trapo. Pero si sacás una ramita, la tuya será: abuela de ramita.

O si sacás una hormiga: hormiga de abuela...

Y así: abuela botón

abuela de suela

de lana la abuela

plumabuela

abuela madera

abuela de vidrio

botella de abuela

barcoabuela

abuelamanzana

abuela de escarcha
abuelata
una piedra la abuela
abuela de pan
de agua
de luna y de flor

Ángeles Durini

Argentina

angelesd@uolsinectis.com.ar

angelesdurini@hotmail.com

Ilustración: Carolina Viñamata

México

vinyamata@prodiqy.net.mx

DON JACINTO Y ANITA

A Michelle, Mitzy, Mauren, Alan, Fernando, Fabrizzio y especialmente a Leslie



Don Jacinto es un anciano ciego que, recostado en su hamaca, en una de las regiones más pobres de México, mantiene siempre sus ojos cerrados pero siempre surge su voz a las seis de todas las tardes; entonces, los niños de este sitio marginado y miserable dejan la cascarita futbolera, los pasteles de lodo, abandonan la milpa y salen corriendo para acomodarse alrededor de aquella nave colgada entre dos árboles. El milagro está por comenzar: el había una vez se pronuncia. Todo es silencio. Y Don Jacinto descorre la cortina cuando empieza a narrar sus cuentos.

El viejo no sabe lo que es el azul porque nunca ha visto ni el cielo ni el mar, pero lo describe mejor que un capitán de barco o el piloto con más horas de vuelo. Tampoco conoce el amarillo pero lo describe mejor que el más experimentado astrónomo o el más bohemio de los poetas. Y mucho menos sabe cómo es el blanco pero lo narra mejor que el más intrépido alpinista o el más pulcro de los médicos.

Él nunca aprendió a leer pero su memoria privilegiada guardó aquello que supo escuchar cuando era niño; ignora el tamaño de los ojos infantiles cuando les cuenta de la alfombra mágica o de Alibabá y los cuarenta ladrones.

Deja fluir las palabras y sabe que en ése momento la comunidad infantil de aquél rincón olvidado del planeta está lista para construir la escalera de los sueños, para agitar la varita mágica y convertirse en el más valiente de los héroes o el más ruin de los villanos y vivir insospechadas aventuras y conocer desde su refugio al resto del mundo.

Don Jacinto y sus niños son personajes reales, tan reales como la pobreza en la que viven cuarenta millones de mexicanos. Pero todas las tardes, al ponerse el sol, cuando nadie los mira, activan la llave del tesoro, una llave que todos tenemos pero que la mayoría extravía en el camino. Y en ese momento se convierten en los más ricos del universo o en los más dichosos del mundo.

Dicen que toda la naturaleza y toda la humanidad están hechas de pequeñas excepciones, de entidades que no siguen la regla general, por ende, un día, María se acercó a la hamaca de Don Jacinto, sigilosamente cuidó cada paso para que éste no la percibiera pero apenas se encontraba cerca, la reconoció.

María, hija, ¿por qué llegas tan temprano? Aún no es hora del cuento.

Vengo a pedirle un favor. Anita ¿la recuerda? Está muy triste.

Don Jacinto tomó aire, lanzó un suspiro y comenzó a decir:

Había una vez, en cualquier lugar, una niña como ustedes, tan parecida y tan común a cada uno de nosotros pero tan ajena y distante como todos.

Ella, tan normal para el ojo externo y poco exhaustivo, albergaba una gran pena, mayor que su cuerpecito de siete años, más profunda que el negro de su cabello. Ella no tenía a nadie en el mundo, ni siquiera a ella misma, jamás había visto su reflejo pues jamás se había atrevido a ver a alguien tan triste como ella. Sin embargo, el cielo nunca ha sido injusto y un día le mandó un ángel, un querubín que distaba mucho de los bonachones emplumados que nos imaginamos, éste era de trapo, con un ojo y una sola mano, pero era el más bello del mundo, lo mejor para aquélla que jamás tuvo nada.

Un día nuestra niña se dio cuenta de que su ángel era angelita y la nombró como ella, no conocía otro nombre. Junto a ella pasó mucho tiempo, a su lado descubrió un lucero cada noche y aprendió a platicar con la Luna.

Tiempo después la Luna se hizo amiga y compañera de ambas, las cuidaba por las noches y las guiaba hacia el occidente por las mañanas.

Una noche, la Luna se dio cuenta de que Anita lloraba y le preguntó a Anita por qué lloraba su amiga, ésta le contestó: por tristeza ¿qué acaso se puede llorar por algo más? La luna sorprendida le dijo: También se llora de felicidad. Pero la felicidad nunca había entrado al alma de nuestra princesa. ¿Y por qué estás triste? – preguntó la luna a Anita- y la otra Anita respondió: Porque lo único que podemos ver es la mitad del cielo, lo único que podemos abrazar es la mitad de todo, por que nuestro mundo esta a medias. – Yo también sufro de ambigüedades- respondió la Luna- Sólo una vez al mes estoy completa y solamente les muestro una de mis caras, pero en algún momento estaré completa y en algún lugar estará mi otra mitad. ¿De qué te sirve un ojo si no puedes desbordar lágrimas de felicidad, de qué te sirve un brazo si no puedes fundirte a quien amas con un apretujón?- dijo la otra Anita.... La luna no supo qué contestar.

A la mañana siguiente, el Sol supo de la tristeza de las Anitas y decidió no brillar más. Las nubes se acongojaron tanto que lloraron y lloraron hasta contagiar al mar de ira y el mar se encolerizó tanto que lastimó al volcán y el volcán se enojó tanto que cubrió el cielo de humo.

Esa noche La Luna no pudo ver a Anita, ni las estrellas pudieron platicar con la otra Anita. Anita, acostumbrada a apuntar su vista a las estrellas tuvo que bajar la mirada hacia la tierra, y en ella encontró a la niña más hermosa que jamás hubiera conocido, tenía el cabello negro, tan negro como el humo y su piel era blanca, tan blanca como la mejor de las caras de la luna.

Después de analizarla de pies a cabeza Anita se dio cuenta de que la hermosa niña que había hallado era la otra Anita, el querubín que en algún momento el destino le envió. Ya no tenía la cara triste y tenía ambos ojos y ambas manos. Con el tiempo Anita se dio cuenta que la otra Anita era el reflejo de ella misma y que mientras ella estuviera triste su querubín lo estaría y esta tristeza que pudiera ser insignificante podría afectar hasta lo menos pensado. Sólo

queriéndose a sí misma y encontrando en ella lo bueno que tenía pudo conocer a la verdadera Anita.

María, ¿crees que tu Anita ya se sienta mejor?

Si Don Jacinto, por lo menos a mi Anita ya se le olvidó lo del incendio de hace cuatro meses... Y a mí también.

Don Jacinto no puede ser más pobre, ni siquiera puede ver la selva que lo rodea o el sol que se pone cada tarde, pero ha aprendido a mirar con los ojos del alma y de la imaginación y a volar desde su hamaca para repartir las llaves del tesoro cada vez que deja caer, con su voz profunda y octogenaria, el había una vez...

Antonio González Díaz

México

buzonantonio-columna@yahoo.com.mx

Ilustración: Ray Respall Rojas

17 años

Cuba

Sólo pide un poco de amor



Lo material en la vida para algunas personas es hasta más importante a veces que los sentimientos, y nos olvidamos de aquellas personitas que además de juguetes, dulces y paseos necesitan un beso, una caricia, un abrazo o simplemente un te quiero. Así le pasó al protagonista de mi historia.

Carlitos tenía 8 años y desde que nació la familia se puso en entera disposición a sus peticiones. Comía las más deliciosas chucherías, jugaba en los mejores parques, tenía los mejores regalos, era un niño privilegiado.

Un día, permitieron a Carlitos dormir en casa de su amiguito Albertico. Él llevó todos sus caros juguetes y se pasaron horas jugando. Luego de la comida, intranquilos, fueron a la cama. Ya Carlitos se disponía a dormir cuando Albertico le dijo:

Carlitos, no te duermas. Es la hora en que nuestras mamitas nos leen historias, a no ser que nos portemos mal, pero nosotros hoy fuimos unos angelitos.



¡Pobre de nuestro niño! Él no sabía sobre qué hablaba Albertico. Su mami nunca le había leído un cuento. Se sintió mucho peor todavía cuando la mamá de Albertico se despidió con un beso y les dijo: “los quiero”. Carlitos se percató con su poca edad que lo tenía todo, pero le faltaba lo que más anhelaba: AMOR.

Regresó muy triste a su casa. Todos le preguntaron que había ocurrido, qué le habían hecho. Él con sus ojitos de niño inocente casi a punto de llorar se viró para dónde estaba su mamá y le preguntó:

Mami, ¿yo siempre me porto mal?

Ariadna Zerquera de la Rosa

13 años, Cuba

ariadnaz1991@yahoo.es

Ilustraciones: Sarah Graziella Respall

5 años, preescolar, Cuba

UN DIA DE ESTOS



Un día de estos, los rayos de la luna van a iluminar un camino hacia el lugar que siempre has deseado conocer. De los libros de cuentos que has disfrutado, surgirán tus personajes favoritos para que vengan a charlar contigo. En un dos por tres saltarás feliz de un país a otro, escuchando nuevos idiomas y conociendo nuevas costumbres.

Un día de estos, descubrirás que en un bosque lejano hay un castor mirando a la luna, el cual quiere construir una torre para llegar al cielo. El castor pasa sus días en el río, juntando troncos, haciendo puentes y formando presas, porque él sabe que puede llegar tan lejos como

se lo proponga. Por eso mira a la luna, porque tiene la ilusión de que, allá lejos, podrá algún día construir docenas de torres que le permitan observar todo el universo.

Un día de estos verás a un duendecillo que pasa por tu casa y te invita a seguirlo hasta la orilla del océano. Tú llevarás a cabo esta aventura cuando te sientas preparado. Y así, en el momento preciso, tomarás el equipaje necesario para viajar a la playa más cercana. Entonces te convertirás en un pez saltarín y divertido. Descubrirás que el océano tiene secretos que solamente tú podrás descifrar. Hablarás con las ballenas y los delfines; con las focas y las morsas; con los hipocampos y las sirenas. Después de hacer burbujas y cientos de piruetas, regresarás a la playa para mirar la puesta del sol.

Un día de estos, un genio salido de una botella vendrá a visitarte antes de que te vayas a dormir. Mientras concillas el sueño, te hablará de un personaje fabuloso que tiene la misión de alimentar tu fantasía. El nombre de ese personaje es el Hipopótamo de goma, el cual es una fabulosa criatura que habita el lado luminoso de la luna y a quien tú puedes conocerlo en sueños. Él viaja por la curvatura de tu mente, poniendo fin a tus pesadillas y dando remedio a tus temores. Además, te ayuda a lograr nuevas conquistas a través de tus fantasías. Es como un caballito de batalla que aclara tu visión, para que puedas albergar nuevas ilusiones cada día. El genio de la botella te hablará de esa criatura fantástica y, mientras te quedas dormido, tú imaginarás cómo el Hipopótamo de goma alivia la fiebre que sientes cuando llegas a estar enfermo.

Un día de estos vas a convertirte en un hombre o una mujer, tan importante como para ayudar a mejorar el mundo. Entonces verás que no es tan difícil ayudar a los demás. Podrás darte cuenta que la pobreza es un problema que a todos corresponde solucionar. También sabrás que la naturaleza es un tesoro que a todos corresponde preservar. Serás tan fuerte como para luchar por la

justicia, igual que los héroes a quienes admirabas de niño. Cuando alguien te hable de la armonía, descubrirás que es una cualidad que cada uno albergamos en nuestro corazón y podemos compartirla con los demás muy fácilmente.

Un día de estos te convertirás en un flautista que hipnotice a todos los ratones de la ciudad. O en un bailarín, o bailarina, que recaude aplausos y embellezca los escenarios gracias a su magnífica actuación. Podrás ser un escultor que plasme en la madera, la piedra, el mármol o el metal, diversas formas de expresión que otros sabrán admirar. Serás un arquitecto, un pintor, un actor, o un cineasta, que hará creaciones extraordinarias las cuales ayudarán a que la Humanidad supere sus conflictos. Serás un poeta que juegue con las palabras y les infunda una musicalidad desconocida; un arquitecto de nuevas historias, donde los personajes bailen en armoniosos escenarios; un pintor de palabras; un escultor de nuevos versos; un cineasta que usará un papel en blanco como su escenario favorito.

Un día de estos saldrás a la calle y mirarás que la vida es hermosa, y sólo bastará abrir bien los ojos para descubrirlo. Aunque halles llanto y dolor, verás que también hay esperanza. Aunque halles enfermedades y pobreza, también habrá gente de buena voluntad que gusten de ayudar a los demás, y tú podrás ser uno de ellos.

Un día de estos, si te lo propones, podrás dar la vuelta al mundo viajando en avión, barco, tren, automóvil, motocicleta, bicicleta, o simplemente a pie. Podrás entonces subir montañas o descender al fondo del mar; internarte en la selva, recorrer desiertos, o conocer ciudades fascinantes. Y si no puedes moverte de tu lugar de origen, no importa, porque habrá libros maravillosos que te ayuden a recorrer el mundo. Viajarás en el tiempo y te desplazarás enormes distancias para descubrir relucientes tesoros que este planeta ha guardado para ti. Podrás abordar naves espaciales para visitar planetas lejanos, o simplemente para observar a nuestro extraordinario planeta Tierra desde el exterior. Allá en las alturas mirarás las ciudades del mundo, los ríos y montañas, las pirámides antiguas, los edificios modernos, las reservas especiales para los animales que



todos debemos cuidar. Verás desde la altura que hay gente que necesita ayuda, y otros que pueden brindarla, y quizá tú puedas unirlos entre sí.

Un día de estos descubrirás que ser niño es un privilegio que puedes disfrutar, más de una ocasión durante tu vida. Aún cuando hayas crecido y te hayas convertido en adulto, siempre podrás regresar al mundo de la fantasía. Nada ni nadie podrán impedirte volver a ser un pirata que recorra los mares en busca de tesoros; o que seas un héroe volador que luche por los débiles; o que te

conviertas en un diestro jinete, que lo mismo sabe montar a caballo, que pasear sobre un camello, un elefante, o una alfombra voladora. No importa qué edad tengas, bastará que cierres los ojos para volver a creer en lugares encantados; brujos y magas que produzcan hechizos misteriosos; hadas que habitan los bosques; vampiros traviesos que asusten a la gente en las ciudades; momias que caminen por el desierto en busca de un lugar para dormir; y docenas de personajes sorprendentes salidos de las mil y una noches.

Un día de estos mirarás las nubes a lo lejos, y sin mayor esfuerzo podrás tocarlas con tus manos. Con un chasquido producirás lluvia, y con otro vendrá el sol. Las plantas bailarán contigo y una multitud de duendes te cargarán en hombros, mientras tú cantas un himno a la fantasía. Los autos en las ciudades harán sonar sus bocinas armoniosamente, creando una orquesta colosal. Y cuando te encuentres tranquilo en tu habitación, solo o acompañado, comerás un platillo delicioso. Mientras lo haces, alimentarás el sueño maravilloso de que, un día de estos, no habrá más hambre en el mundo, ni más guerras, ni más dolor innecesario, porque todos seremos niños otra vez.

Un día de estos te darás cuenta que, si tienes la paciencia suficiente, alguien o algo te hará despertar hacia el amor. Quizá no tengas que buscar demasiado, porque muy cerca de ti se encontrarán razones poderosas para amar. Tal vez sea una hermosa dama, o un galante caballero, quien despierte en tu corazón profundos sentimientos. Tal vez, por el contrario, sea un sueño imposible o un ideal inalcanzable los que te motiven para vivir. Si observas bien a tu alrededor, descubrirás que hay muchos motivos para amar. Sin que nadie te lo diga, notarás que en este mundo hay gente que necesita ser amada, y hay otros que pueden ofrecer ese amor. Estés donde estés, y seas quien seas, hallarás maneras de mejorar este planeta a través del amor.

ARTURO GUDIÑO

México

arturo_gudino@hotmail.com

Ilustración: Tamara Gispert Galindo

Cuba

cfcaldere@infomed.sld.cu

Pócima



Poseía magia. El color de la concha y el ser fantástico, que de ella salía, le daban un matiz sugestivo. De la caracola se desprendía el aroma de una hoja de naranjo molida. Era la imaginación misma, la que toca suavemente en la barbilla, brindando la persuasión que hace levantar el rostro. La hechizadora surgía desde el nácar para enfrentarse al chiquillo buscador de aventuras y le extendía con generosidad un tiquete para dar cuerda a un almanaque sin deshojar. Con la intensidad de la imagen era posible fundir metales. Tenía material para ensamblarla, pero a causa de estos graves indicios mi intuición de alquimista pidió esperar por la pieza de mejor encaje. No tardó mucho. Cuando llegó el

pergamino la escuché revolotear en la gaveta. Quizás presagiaba la llegada de su pariente. Con retraso de una hora advirtió su llegada y su palpito rebasó el tamaño del cajón, que pretendía contenerla. El desenfreno la meció en el aire hasta llegar al suelo, desde allí escuchó la lectura del escrito hasta que noté como pasaba su luz al pabilo apagado del manuscrito. Iluminó el taller. La levanté con un presagio: con la mezcla la potencia visual se tornará acústica. Apliqué la fuerza y velocidad de una estampida para iniciar el sortilegio de la fusión. La acerqué a su pacto. Desde su esencia exclamaba que no y mientras creía que se resistía se fue deslizando hasta su encuentro.

Aymer Waldir Zuluaga Miranda
Envigado (Antioquia) - Colombia
Email: puntoaparte@linuxmail.org

Ilustración: Alberto Sautua
Cuba
Miembro Del Taller De Gráfica De La Habana
Albertosautua@Yahoo.Com

Un día cualquiera



Era invierno.

Miriam Caldera ni se imaginaba lo que le iba a pasar ese día. Ansiosa de volver a su casa, sale rápido del trabajo para llegar cuanto antes a sentarse al lado de la estufa. Llega y no encuentra nadie, cosa que no la sorprende ya que vive sola. Se prepara un café, busca algo para comer y descubre unas facturas con dulce de leche medio viejas. “Igual parecen ricas”- piensa y las coloca sobre la bandeja junto a la bebida caliente. Eran las seis de la tarde, y Miriam se disponía a mirar su telenovela preferida cuando

escucha que alguien le está hablando.

-¿Qqquíé nn est tá ahí?- pregunta a la nada. Miriam siempre fue asustadiza, y más ahora que un intruso está adentro de su casa.

-¡Shhh! No te asustes. No quiero hacerte daño- responde una voz aguda, muy aguda, proveniente de un ser parecido a un duende, chiquito y azul.

Pero Miriam, muerta de miedo, no le hace caso a sus palabras y empieza a gritar desesperadamente.

-¡Shhhhhhhh!- repite el “duende”

Se hace silencio.

El extraño ser habla. Es un gnomo. Se llama Pringel.

Pringel toma un sorbo del café de Miriam sin pedirle permiso y muerde un pedazo de la factura. Miriam, todavía en estado de shock, al ver que el gnomo tiene hambre, se dirige hacia la heladera y saca todo lo que podía llegar a interesarle. Agarra medio pollo que había sobrado de ayer, un tarro de mermelada de frutilla lleno hasta la mitad y un poco de pan.

Miriam no había tenido tiempo de ir al supermercado, y pensaba pedir una pizza para cenar.

Toma la comida y la tira cerca del gnomo, pensando que podía llegar a lastimarla. Pringel, agradecido, come todo lo ofrecido. Después le comunica a Miriam que está cansado y le pide un lugar para dormir. Ella, sin decir palabra, le da un almohadón y una sábana vieja indicando con un gesto la alfombra.

Pringel entiende y avanza hacia allí. Se duerme enseguida.

Miriam todavía no entiende bien lo que está pasando, o, mejor dicho, no quiere entender lo que está pasando. Camina hacia la cocina, toma el teléfono y llama a la pizzería. En quince minutos llega un chico con la pizza y la gaseosa que Miriam había pedido. Come poco. Camina hacia su cuarto y, por las dudas, cierra con llave. Le cuesta mucho conciliar el sueño, pero al fin consigue dormir unas horas.

Al día siguiente se levanta temprano. Se disponía a ir a comprar algo para desayunar, cuando se acuerda de que un gnomo está durmiendo en la alfombra del living. No puede dejarlo solo. Se conforma con las facturas viejas que quedan y el último saquito de té.

Miriam va a faltar al trabajo. Llama. Dice que está enferma. Le creen.

Enseguida, el pequeño gnomo despierta. Tiene hambre. Miriam le da lo que queda de la pizza. Despacio, Pringel mastica y traga toda la comida.

La cocina de Miriam está vacía. “Tengo que hacer algo”- murmura.

Segundos después, toma al duende por debajo de las axilas, busca el bolso que habitualmente usa para viajar y lo esconde allí dentro.

Ya en el supermercado, la gente mira raro el bolso que sostiene la mano de Miriam. Sin hacerles caso, Miriam compra medio negocio y se va.

Al llegar a su casa, Miriam se encuentra con dos seres iguales a Pringel mirando televisión. No se sorprende.

Y así pasa el día, entre gnomos y gnomitos.

Al día siguiente, hay tres duendes más revisando la heladera.

Al otro día cuatro.

Cinco.



Seis.

Era invierno.

Ahora es verano.

La casa está repleta de gnomos. El único color que se llega a distinguir es el azul. Pero Miriam ya está acostumbrada. Se encariñó mucho con nosotros. Yo también me encariñé con ella.

Bueno, creo que llegó la hora de despedirnos; el tío Pringel me está llamando.

Camila López Echagüe

A los 13 años (edad actual 17)

Argentina. Este cuento fue Premio en el Concurso Internacional “La edad de oro”, aparece publicado en la antología “Travesía en el mar de los sueños”.

lecamila@hotmail.com

www.clubdelcuento.cjb.net

Ilustraciones: Jordi Guasch

Barcelona, España

spritermes@mixmail.com

Pájaros.

Piensa que hay mucho ruido. No quiere escuchar ni sumarse al desorden. Le basta desearlo para que sus orejas se tapen y sus cuerdas vocales duerman. O cubre sus oídos y sacude su cabello. No sabe de razones, mas le consta que olvidando el ruido que la mortifica, puede sentir los latidos de su corazón y la vida que le bulle dentro.



Sabe del niño que no tiene padres, al que todos tratan de tonto. El que se cuelga por la ventana y mira con ojos redondísimos. Aquel de cara oval y sonrisa grande.

Sabe de los pájaros. La despiertan cada mañana. Si busca con las manitas abiertas atrapar alguno entre sus dedos, vuelan despavoridos. En los ojos de ella se congelan las figuras: las alas

detenidas, las patitas hechas ovillo, los ojitos profundos.

¡Mira, Dorita!

Es el niño tonto. Lo ve desde el ventanal. Sonríe y hace maromas por complacerla. Ella también sonríe y con esto le hace feliz. Ahora él salta más alto, encoge las piernas, las estira, las encoge, las estira. Tiene el torso desnudo. Sus piernas son delgadas. Como de pajarito. Los ojos son hondos. A ella el estómago le bailotea. Su interior es un festejo. La sangre retumba, el esófago vibra. Solo la lengua, malcriada y orgullosa, no se mueve.

El niño tonto se cree animal. Unos días duerme en gallineros y cacarea como loco. Otros, ladra y sacude los rizos como perro que se rasca. Desde que sabe que a Dorita le gustan los pájaros, asegura poder volar. Corre con brazos extendidos. Si lo hace veloz, ella cree que se eleva cual ave que huye de la ventana.

Le ha dado, también, por subir la colina a toda velocidad. Hunde los pies en el verde pasto, los pulmones hinchados y vacíos, hinchados y vacíos. Los brazos extensos. En la cima, a punto de acabarse la ladera, se detiene.

¡Mira, Dorita!

Ella ve la silueta en el horizonte. Sueña que el rey pájaro la lleva lejos de su encierro. Se dibuja una sonrisa en su cara.

Días después, Dorita enferma. La lengua ha logrado deprimir al resto de los órganos. Dorita no ha visto pájaros: las ventanas están cerradas. Y el niño tonto, aquel que tanto la alegra, ha recibido una tunda por trepar al cuarto. Todo es triste. El doctor balbucea cosas que no entiende.

Mientras tanto, el niño tonto está acostado en la hierba. Mira hacia la ventana. Trina como los pájaros.

“Piio, piio”, le canturrea a Dorita; quiere que, a diferencia de los adultos, le entienda.

“Piio, piio”, la tarde lo seda y se siente en paz.

“Piio, piio”, mira el sol que se oculta y desea, con todas sus fuerzas, ser un pájaro. Si fuera un pájaro nunca estaría solo.

“Piio, piio”, desea ser un pájaro, cierra los ojos y dibuja el deseo en su mente.

“Piio, piio, soy un pájaro”.

“Piio, piio, soy un pájaro”.

Y se queda dormido.

Dentro de la casa, el médico explica que la niña no está enferma. No habla porque no quiere – asegura.

Dice esto con el ceño fruncido y oteando por sobre sus lentes. No se ha descubierto las majaderías de la lengua.

El sol sale y por fin permiten a Dorita abrir las ventanas.
¡Mira, Dorita!



Es el niño tonto que comienza a correr por la ladera. Primero lento y luego con rabia. La niña piensa que es el rey pájaro que viene a su rescate. A él le palpita la silueta. “Piio, piio, soy un pájaro ... Piio, piio, soy un pájaro”. El fin de la colina no lo asusta, ni el horizonte que cada vez es más un luminoso sol. Llega al lomo de la ladera. Dorita siente un sobresalto porque se da cuenta que, esta vez, él no se detendrá.

“Piio, piio, soy un pájaro”

Se congela la figura en la lejanía; las alas detenidas, las patitas hechas ovillo, los ojitos profundos. La lengua suelta un grito largamente callado.

(Extraído de “Wynter Melo, Carlos Oriel”. El escapista y demás fugas. Edición de Autor. Panamá, 2003.)

Carlos Oriel Wynter Melo

Panamá

carloswynter@usa.net

Ilustraciones: Marié Rojas

Cuba

Fotografías tomadas en el Círculo Infantil de Educación Especial Ernestito.



Contar y hacer un cuento como un proyecto: implica pasos

1-Hay algo a contar, algo que decir que conlleva un motivo, un hecho, una historia que está saliendo, que se impone y hay que darle espacio para escenificarse, desarrollarse, esa es la piola del comienzo de eso que viene a la mente y se va sabiendo mientras se lo cuenta o narra. A veces se tiene ideas, bocetos, pero es clave la que agarras con fuerza y credibilidad, y con toda la entereza de que eso es lo que quieres presentar y plasmar en tu página en blanco.

Primer paso: En el inicio, hay algo a contar, que conlleva un motivo, principio, enlace, en el que el que nos preguntamos quién es el personaje, qué hace, cómo era. Es así, como en todo cuento clásico se empieza con: **HABÍA UNA VEZ**, luego con el tiempo se van dando variaciones, tales como, **ESTO SUCEDIÓ, CIERTO DÍA, TODO EMPEZÓ ASÍ, EN UN LUGAR**, o como tú te sientas más cómodo en contar... (todos estas sugerencias de inicio apunta al personaje, claro que tú puedes hacerlo como mejor te venga en gana)

Empecemos el cuento: **EL HOMBRE BARBUDO**

1-Inicio: Había una vez un hombre barbudo que vivía encima de un árbol, tenía una barba, que era tan pero tan larga que al caminar se enredaba..

Segundo paso: Luego tenemos el nudo, que es el momento del conflicto, del drama, del instante excitante, de la confrontación de un problema que crea un suspenso, un momento de emociones desencontradas, de qué está sucediendo y del que irá a pasar después, aquí no preguntamos qué pasa, cuándo y dónde sucede, por qué. En el cuento clásico diría: entonces sucedió que (apunta al momento excitante)

2- El nudo: Entonces sucedió que se resbaló, golpeó, y se estaba ahorcando con sus propias barbas. Como siempre no falta que alguien esté por ahí fisgoneando desde algún lado. Sucedió como si nada una aparición de pronto. Desde la ventana de una casa había una niña que se dijo para sí -este hombre necesita ayuda-. Rápido se fue a su cuarto, rebuscó en el costurero de su mamá, y con tijeras en manos salió corriendo hacia donde estaba tumbado

Barberín, que así se nombraba con orgullo.

La pequeña, sin preguntárselo dos veces fue corta que corta hasta toparse nariz con nariz con el hombre que tenía los ojos desorbitados como bolas de fuego. Ni se había dado cuenta que este desconocido bufaba como animal a punto de atacar, dio un solo resoplido, sin dar tiempo da un manotazo que de un zopetón agarró la mano a la niña, y le gritó -¿qué has hecho?-. Ella sin atinar a decir, le balbuceó, - ¿si te he salvado la vida, por qué estás así?- A lo que él gruñó -no te he pedido absolutamente nada que nada, ahora verás lo que voy hacer contigo-.

La niña, que era rápida para pensar y no tenía miedo, le dijo, -yo te puedo poner de vueltas tus barbas, si es por eso que estás tan brabucón y amenazante-, a lo que él, le dijo, -te doy una hora para que resuelvas lo que has destruido-.

La chiquilina regresó a su casa, cogió toda la goma que pudo y se fue a pegar los pedazos regados en la tierra. Mientras avanzaba en la compostura, algo extraño sucede en él, que le va haciendo cambiar las expresiones de su rostro.

Indagando en su cabeza calva. Podemos apreciar que cada fragmento de pelos pegados dejaba asomar la vida que se había ido. Este mirarse así, lo hace sollozar como niño desolado, a lo que Flor, así se llama la intrépida, como media ablandada le dice -¿qué pasa? ¿No te entiendo? ¿ Te duele algo por la caída?-.

Él la mira, calla, deja que termine, le agradece, y le pide que se aleje, que no pregunte más. Ambos de espaldas al incidente, caminan sus rumbos, ella, no sabiendo si hizo bien o mal, pero con la certeza que salvó una vida. Y él...

Tercer paso: Viene el desenlace que involucra una consecuencia o Debido a eso:

3.- El Desenlace: Descubrió que por dedicarse a huir de la rutina y dejarse nacer y crecer las barbas hasta más allá de los pies del ciempiés y traspiés, había quedado atrapado en su propia quijada. Había olvidado quién era. Su memoria estaba casi perdida; y, que si no hubiera sido por esa pequeña metiche, no hubiese encontrado el camino de donde partió. Recordó que tuvo un hogar mientras enrollaba tanto pelo gris, se acordó que tenía una baúl enterrado debajo del árbol donde habitaba hace tantos años. Lo buscó un buen rato, hasta que lo halló, excavó lentamente con sus uñas, lo desenterró y lo abrió. Se encontró con una foto, ropas desgastadas, un sombrero, también había un espejo, se miró y lo comparó con la foto, eran los mismos pero dos desconocidos, que no sabían nada del otro.

Cuarto paso: El fin. Como resultado final colorín colorado este cuento se está acabando:

4.- El Final: Sin más se encaminó al río, se metió en él, se despegaron los fragmentos. Se tocó el mentón y sonrió. Se quedó con un rostro tal cual en ese momento pudo verlo en el agua, sintió que debía volver hacia algún lugar, pero estaba cansado, nadó como desperezándose, salió con el cuerpo alicaído y arrastrando los pies, se acostó cerca de la orilla, se durmió y soñó que su infancia se acercaba montada en un caballito de palo mientras la noche caía a su alrededor como abrazo llevándoselo.

Recuerda: para hacer un cuento tienes que visualizar los hechos que vas a narrar, trabajar con el ser, alumbrar el camino, ir al nido del, cuento, dejar crecer las ideas, ser tu propio pajarillo picoteando la imaginación. Debes Darte cuenta que la redacción tenga drama, armonía y secuencia con tus pensamientos y con el mensaje que vas a decir. Es importante la colocación de signos de puntuación. No olvides darle alma al personaje.

Carmen Váscones

Ecuador

cvascones@easynet.net.ec

Fotografía: Marié Rojas

Serie “Caritas”

Tomada en el Círculo Infantil de Educación Especial Ernestito

La varita mágica



— “Buen día Manuel, ¡qué contento se te ve hoy! ¿pasaste un lindo fin de semana?”

— “Sí, señorita. Ayer en mi casa estuvimos de festejo.”

— “Qué bien! Bueno, contáme, ¿qué festejaron?”

— “Mi hermano mayor se recibió de mago”.

— “¿De mago?.....¿ cómo es eso?” preguntó riéndose la maestra.

— “Sí, de mago” contestó hablando en serio.

“Estábamos todos reunidos en familia. Mi papá tomó de la mano a mi hermano y lo paró delante

de todos. Le entregó entonces una enorme varita mágica. Luego dijo en voz alta para que quedara bien claro y todos pudiéramos escucharlo que con esa varita nada ni nadie podrá detenerlo nunca. Le dijo también que con ella recorrerá el mundo entero si así lo desea. Encontrará oro bajo tierra. Será su guía en las noches sin luna, su espada en la lucha contra los duros de corazón y su apoyo cuando sus fuerzas se pongan flacas. Ella se convertirá en luciérnaga en medio de la oscuridad guiándolo para escapar de las sombras. Con ella podrá tocar el corazón de las personas como si fueran puertas que esperan ser abiertas, y cuando él ya no esté en éste mundo, podrá dibujar con la vara agujeritos en el cielo en forma de estrellas para recordarnos que sigue andando, dejando así sus huellas.

Le dijo también que siempre encontrará a un hada o a un ángel que lo ayudará a seguir adelante cuando sienta que no puede sólo.” Manuel hizo una pausa, miró por la ventana del aula y gritó con el pecho hinchado de orgullo y los ojos encendidos, “ ¡Mire, señorita, ahí va mi hermano!” mientras señalaba con el dedo hacia la calle.

La maestra miró a través del vidrio y vio caminando por la vereda a un muchachito ciego de unos 11 años de edad con un bastón blanco en la mano. Al llegar a la esquina se detuvo, y tal como le había anunciado su padre, un ángel vino a su encuentro: un niño que de casualidad pasaba por ahí se le acercó gentilmente para ayudarlo a cruzar la calle.

Carolina Dusio

Argentina

carolina@diazlima.com

Ilustración: Daniela Matos, 6 años

Escuela Tomás Romay, Cuba

ideasz@jovenclub.cu

AZUL, LA DE LAS UÑAS LARGAS



En un pueblito lejano, vivía una nena de ocho años, a la que todo el mundo llamaba Azul. Ella tenía las uñas de los pies y de las manos muy, muy, muy largas y muy duras, tanto que no se podían cortar muy fácilmente (igual esto jamás ocurriría mientras Azul estuviera para impedirlo). Sigo; tan largas eran las uñas de la nena, que la gente la usaba de transporte porque Azul no cobraba y en dos patadas

llegaba a cualquier lado de la ciudad. Claro; ella no, sólo sus uñas, porque Azul no se alcanzaba a ver el final de las uñas de tan largas que eran. Aunque eso sí, limpias, muy limpias. Esto se debe a que la madre contrataba un grupo de 40 personas para que todas las mañanas de todos los santos días, le limpiaran las uñas a su pequeña hijita.

En el pueblo de la chica, las cosas eran muy diferentes a los demás pueblos y ciudades, había otras reglas y costumbres, pero la gente vivía feliz; hasta entonces, todo bien, pero un mal día, un día gris, triste, los taxistas, remiseros y colectiveros se fueron a quejar de que una niña con uñas largas los había fundido. La pobre Azul fue a parar a la comisaría. Estuvo detenida cuatro horas hasta que el oficial por fin dijo;

- Azul, lamentablemente, con mis compañeros decidimos que; o estás cuatro años en prisión y te cortamos las uñas ya con un serrucho, o tenés que irte de esta ciudad por cuatro meses, y cuando vuelvas, tenés que tener las uñas bien cortitas y chiquititas

La madre y el padre se pusieron muy tristes, pero contra la ley no podían hacer gran cosa, así que ellos le dijeron a Azul, que se tendría que cortar las uñas y pasar algunos cuantos días dentro de un cuarto parecido al de su pajarita Manuela. Azul, había entendido perfectamente las palabras del señor y muy decidida, dijo:

- Está bien, me voy, ¡pero en cuatro meses vuelvo!

La despedida fue larga y triste, los padres preferían que fuera a prisión para así poder visitarla y verla semanalmente, pero comprendieron que eso era muy egoísta de su parte y como no hay nada máspreciado para el hombre que su libertad, Azul, se fue con sus amadas uñas, a buscar algo con que poder cortarlas.

En el camino, cuando sus padres ya habían desaparecido en el horizonte hacía rato, Azul se topo con un ser nuevo en su vida.

Se llamaba Juan, estaba dando vueltas al rededor de un tronco. Charlando, le contó a nuestra protagonista que él, cuando estornudaba, inevitablemente

dormía a tres o más personas por cuatro años seguidos. Esa fue la causa de que lo echaran de su pueblo hasta que pudiera solucionar su defecto.

Juan y Azul siguieron, caminando y caminando, entretenidos charlando. Y también hay que aceptar que Azul tenía sumo cuidado de que no estornudara o bien de darse tiempo a correr antes (aunque mucho no podía, con semejantes uñas).

Todo siguió igual, hasta que, al otro día hallaron a Carlitos, quien casualmente también había sido expulsado de su ciudad (no pueblo) porque cuando se emocionaba mucho, para calmarse tenía que atar con su super sogá a 2 personas como mínimo. Cuando Carlitos aprendiera a controlar sus nervios sin atar a nadie que estuviera cerca, entonces en ese momento podría volver a su casa. Como antes, los tres amigos siguieron viaje, esta vez, las preocupaciones eran dos; tratar que Juan no estornudase y mantener tranquilo a Carlitos.

No pasó mucho hasta que encontraron a Sebastián pensando en un molino. Este estudiaba como podía hacer para que cuando el hambre tocara su panza no convertir cualquier cosa, o persona en comida, y caminar hasta donde hubiera algún objeto comestible.. Cuando descubriera la forma de solucionar su problema, podría regresar a su provincia.

A la semana siguiente, Carlitos tropezó con una linda muchacha (para sus ojos) llamada Linda, que se les apareció como de la nada; pronto se sumó al grupo (ya son 5) y contó que estaba desterrada de su país hasta que dejara de llevarse consigo todo lo que tocaba (tenga vida o no) cuando se le ocurría desaparecer, y por supuesto, se acordara de traerlo (cosa que jamás sucedía).

En la cabeza de Azul, existían muchos pensamientos. Extrañaba a su familia, pero se sentía bien con sus amigos, que la aceptaban como era y ella a ellos.

Al pasar tres días más, Juan quedó hipnotizado con una chica que estaba tomando sol mientras lloraba. Se llamaba Milagros, su tristeza, era culpa de que no podía regresar a su entorno, con sus seres queridos, por causa de que ella tenía la capacidad de convertirse en aquello que quisiera, entonces, ya la gente de su barrio no sabía en realidad con quién hablaba o qué cosa tocaba.

Había pasado un mes, cuando Sebastián divisó a Josefina durmiendo bajo la sombra, sobre un montón de paja; ella (según su relato)se podía alargar los brazos y las piernas, tanto y cuando lo deseara y por eso le dijeron que no volviera a su casa, ya que todos se enredaban con su cuerpo, por la calle, por todas partes, era un lío. Josefina, tuvo que marcharse de su reino hasta que estuviera segura de que sus brazos y piernas no se alargarían más.

Ahora sí, los siete amigos siguieron su viaje pero esta vez en busca de aventuras, que, para decir la verdad, tardó en llegar poco más de un mes, pero a lo largo de estos, no faltó la diversión, las ganas de conocerse y miles de graciosas e ingeniosas travesuras con ayuda de sus “defectos”, que poco a poco descubrirían que no eran tal cosa, sino virtudes, pero nadie más que ellos los apreciaba como realmente habría que hacerlo. Dormían al aire libre, si llovía, debajo de un árbol, realmente se divertían mucho. Todo era una gran aventura.

Bueno querido lector, ya estaríamos hablando del segundo mes que pasa Azul en las afueras de su pueblo. Para ese entonces algo inesperado sucedió.

Encontraron a una nueva amiguita, esta se llamaba Paloma; la encontraron cantando para ella sola, su canción contaba la historia de una niña a la cual echaban de su tribu porque se metía en cualquier objeto y le daba vida, y sus hermanos indios se confundían y no podían estar tranquilos. Pronto Paloma y Azul se hicieron amigas inseparables.

Al mes siguiente los amigos presenciaron como 3 hombres le sacaban la cartera a una anciana y se escapaban.

Los chicos decidieron seguirlos. Corrieron unos cuatro kilómetros (Juan con Azul en los brazos para que no se retrasara demasiado) y cuando por fin los alcanzaron, Juan estornudó y los durmió, Carlitos se puso nervioso y los ató, Josefina con cuidado desde por lo menos cuatro metros de distancia les sacó la cartera, Linda desapareció y se la llevó a la anciana, Sebastián, hambriento convirtió a los ladrones en una torta de chocolate, Milagros con la mejor voluntad se convirtió en platos, tenedores y cuchillos, Paloma desapareció y se metió adentro de la torta y la agrandó unos cuantos metros y Azul con sus uñas cortó el gigante pastel (que como era enorme, con los cuchillos no se podía).

Al siguiente mes (ya se habían cumplido los cuatro meses de sentencia de Azul), la viejita había informado a medio planeta lo que la pequeña Azul y sus amigos habían hecho. A eso se debe el que en el pueblo de esta y de Juan, en la ciudad de Carlitos, en el país de Linda, en la provincia de Sebastián, en el barrio de Mili, en el reino de Josefina y en la tribu de Paloma les pidieron a cada uno que volviera a su respectivo hogar y se dedicara a ayudar a la comunidad.

Por supuesto que, con mucha dignidad, nuestros compañeros no aceptaron. Ellos decidieron quedarse siempre juntos, lejos de esas miradas raras, llenas de envidia y desprecio. Con sus ahora reconocidas “virtudes”.

Pero igual Azul, la de las uñas largas, la debe de estar pasando re-bien con sus mejores amigos y de más está decir, que Azul, nunca, jamás, se cortó las uñas, y nunca jamás perdió su maravillosa y valiosa libertad.

Catalina Antognini

A los 14 años

Argentina

Catu1987@yahoo.com.ar

Ilustración: Camila Fontony

6 años

Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba

ideas@juvenclub.cu

Los perros verdes

S.H. Jordán Vencel I.

(C.J.B.L.)



En la Granja Dorada, hay un hermoso Perro llamado Fucho, ha sido campeón de todas las razas durante varios años y cuida de dos ganados: Uno de 100 ovejas y otro de 50 vacas, cada una con su becerro.

Celosamente cuida de todos en la granja. Es el único amigo de su amo y su dueño lo cuida y

mientras lo alimenta lo acaricia porque lo quiere mucho. Todos los animales lo respetan y consideran su amigo.

En esta Granja Dorada se oye una leyenda: los animales dicen que la granja es próspera y feliz, porque allí vive el camaleón dorado al cual le debe el lugar su nombre.

El Camaleón Dorado fue quien dio al amo y a su hermano perdido en Altamar la fortaleza, coraje, la valentía y la bondad. Él hace llegar la lluvia para que los campos florezcan y mantiene la paz entre todos hasta que alguien capaz llega y se encarga de cuidarla.

Desde que llegó Fucho, siendo un bebé, Todos comenzaron a estar pendientes de él y de cuidarlo, todos se sentían muy importantes en la vida de Fucho. El Camaleón Mágico no conoce el egoísmo y solo vive para ayudar a los demás. Por allá dicen que él solo aparece a aquellos que necesitan de paz y armonía y que tiene el don de transformarse en cualquier animal: Un unicornio para los que ya han perdido todas sus ilusiones, puede convertirse en un dragón para darle valentía a los que dudan de ser ellos mismos, tienen miedo y no saben como ser libres.

También se dice que las tonalidades de su piel cambian de color para dar inspiración a los que son cerrados de mente y poco creativos y cuentan que se convierte en dinosaurio para darle fe a los que ya no creen en nada ni en nadie. Antes de que llegara Fucho, todos en la Granja Dorada buscaban al Camaleón Dorado para que les resolviera esos problemas de cobardía, desilusión, falta de fe o de libertad. Cuando llegó él, todos se sintieron tan protectores y tan protegidos que el Camaleón, al verlos felices ya no vio la necesidad de quedarse y desapareció. Nadie más lo volvió a ver ni se volvieron a acordar de él. Fucho no lo conoció pero alguna vez oyó de su leyenda.

Una noche, acompañado de un lobo, llega un hombre raro a la Granja Dorada preguntando por el precio del ganado. Fucho nota de inmediato que se trata de delincuentes y ladra, los muerde y por esta razón su amo lo deja amarrado sin comprender que él solo trata de protegerlo.

Al ver al perro amarrado, el tipo le pide al amo que abra la puerta a los que andan con él y lo socorran por la mordida.

¡Qué gran error comete el amo al amarrar a su amigo para que entren los bandidos! Los malvados llegan armados y le disparan a mansalva. Fucho ladra y trata de zafarse pero no puede; después de grandes esfuerzos logra romper la cuerda pero ya es muy tarde: Han matado a su amo y se llevaron el ganado dejándolo todo destruido a su paso. El lobo corrió detrás de las ovejas y los ladrones metieron a las vacas en camiones. El noble perro lucha fuertemente contra los golpes que le propinan los bandoleros y persigue a los asaltantes hasta sacarlos de la granja, pero ellos le disparan dejándolo tendido, con una pata coja y tuerto ...

Ensangrentado, cava una fosa y entierra a su amo. Queda exhausto sobre la tumba y llora, llora aullándole a la luna.

Nadie atiende sus heridas ni sabe lo sucedido y él estuvo mucho tiempo acostado lamiéndoselas sin poder levantarse. La sangre se le ha secado y está lleno de tierra. Las heridas se le infestan, el agua de la lluvia le cae encima y así, con tantas costras se le pega una especie de moho verde sobre la piel, creándole una apariencia de sarnoso. Eso no es lo que más le avergüenza y duele sino que todos los de su provincia lo acusan de la muerte de su amo y la pérdida de su ganado.

Así pasa el tiempo el héroe siendo juzgado y el pobre perro, sin cuidado ni alimento, verde y flaco, deambula por los montes sin que nadie quiera acercársele. Se aleja y llega hasta un sitio lejano donde nadie lo acusa ni lo reconoce.

Los animales - antes cuidados por él - No lo reconocen y al verlo desvalido lo golpean, patean e insultan con todo tipo de maltratos. El perro verde ya no tiene fuerzas para dirigirlos ni hacerse respetar.

En la Granja Azul, hay muchos animales: Una gallina con 7 pollitos, un perro manchado perezoso llamado Pucho, dos conejos, un gavián que se alimenta de pollitos. Una gansa, tres patos, una vaca lechera, una chiva y tres ovejas. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! También se encuentra el perro sarnoso: verde, flaco y encorvado: ya muy viejo; tiene los ojos llorosos e irritados y llenos de ... que dan asco.

Todos los animales le huyen por temor a que se les vaya a contagiar cualquiera de las cosas que lleva encima. Él trata de ladrar y solo sale una tos perruna que le da risa a los de la granja quienes le tiran piedras.

En esta granja. Los animales no son felices: El malvado gavián se ha comido ya a varios pollitos y no hay quien los defienda porque Pucho solo duerme, son muchos pollitos y la Señora Gallina no puede protegerlos a todos

porque son muy traviesos. A veces, solo los conejos ayudan a la mamá gallina a cuidarlos, pero ellos también son muchos y el gavilán ya se ha comido a varios de sus hijitos.

Así, este animal y el lobo ladrón han sembrado el terror en la comarca.

Una vez el perro verde corrió tras el gavilán y éste le picoteó el ojo bueno y por poco se lo saca dejándolo casi ciego.

Todos se burlaron de él. Sin embargo los pollitos, inocentes de la maldad de los demás animales, se le acercan, le traen migajitas, pedacitos de maíz y le dicen:

- ¡Pío!
- ¡Píí! ¡Pí!

Cuando la gallina los ve cerca del perro corre a buscarlos asustada y se los lleva. El perro verde la mira con ojos de tristeza y le dice:

- ¡Déjelos señora, solo quieren ser amables y buenos conmigo! No les haré daño, antes sabía cuidar animales.
- ¡Clo! ¡Clóoc! – Dijo la gallina dejando que sus hijitos jugaran con el perro, mirándolos de reojo por si acaso y le advierte:
- Es que el gavilán también está criando y quiere alimentar a sus hijos con los míos.
- No se preocupe señora, que soy capaz de dar mi vida para salvarlos de ese malvado.

Y la Gallina Dice:

No se mortifique que si usted no puede ayudarse menos podrá ayudar a otros.

Tomando a sus pollitos se aleja del apestoso perro verde dándole la espalda y viéndolo irse avergonzado y triste con el rabo entre las piernas mientras todos los animales de la granja comenzaron a burlarse de él:

- ¡Juar! ¡Juar! ¡Juaaar! – Desternillándose de la risa se aguantaba la panza la gansa.
- ¡Cua! ¡Cua! ¡Cuaaaa!
- ¡Cuaz! ¡Cuaaaz! ¡Cuaz!
- ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál? - Se destripaban tirándose al suelo con sus zapatos baratos los patos.
- ¿Lo Veeeen? ¿Veeeen? ¿Ven?
- ¡Bieeen! ¡bieeen! ¡bieeen!
- ¡Meee! ¡Meee! ¡Meee!

Se cuajaban de la risa con su ropa vieja las ovejas

Mientras, de risa, la chiva, para adelante y para atrás se iba.

De la carcajada, La vaca se hacía caca, Porque la chiva le hacía cosquillas para que al perro verde le metiera una zancadilla.

La gallina, que había dado pie a la burla, al ver lo que había ocasionado, en vez de arrepentirse, cloqueó tanto que hasta se le salió un huevo de la risa.

Todos estaban tan pendientes de la burla que no se dieron cuenta de que habían dejado solos a todos los bebés.

A pesar de su desgracia, el único que notó que, a pleno día, todo se iba poco a poco obscureciendo fue Fucho. La gran sombra era arrojada por las alas del gavilán que con sigilo se acercaba a los pollitos y a los conejitos.

Olvidándose de su drama, le gritó a la gallina:

- ¡Allá viene el gavilán!

Y se levanta tratando de correr pero con la zancadilla que le da la vaca se tuerce la pata buena y cae rodando por el suelo.

La gallina corre para salvar a sus hijitos pero el gavilán agarra al pollito *Cloquito* con una de sus garras y al conejito *Cunito* con la otra y se los va llevando cuando la gallina corriendo se los quita de las manos y entabla una desigual pelea con él.

¡Pobre mamá gallina! El gavilán le sacó los ojos.

La mamá coneja esconde a sus bebés quedando solos los pollitos mientras los animales siguen burlándose de Fucho impidiéndole participar en la salvación de los animalitos.

El Perro Pucho sigue durmiendo...

Por fin Fucho puede correr y ladrarle al gavilán pero éste agarra un peso, lo levanta y se lo avienta a Fucho por la cabeza dejándolo peor que como estaba antes. Fucho solo dice:

- ¡Guauuuu!

Entonces, el gavilán, aprovechando que los todos esos animales están locos, la gallina ciega, y el perro inútil, agarra fácilmente a un pollito y se lo lleva volando por los aires.

Los locos animales de la granja, inconscientes de la tragedia, tocan a la gallina ciega y le dicen:

- Adivina quien te pegó.

Y la pobre gallinita ciega sola sale llorando llamando a sus pollitos sin saber que ha perdido a otro hijito.

- ¡Vengan niñitos! – ¡Llora que te llora! - ¡Ahora el gavilán se los comerá a todos porque ya no tengo como defenderlos!

Fucho, arrastrándose, llega hasta ella y le dice:

- Yo los cuidaré Señora Jabada.

- Entonces se oye la carcajada de todos los animales burlándose de él de nuevo y golpeándolo:

- Cuídameeee a mí.

- Llámameeee

- Agárrameeee

- Protégemeeee

La Gallina se va sin rumbo siendo empujada por los pollitos y Fucho, impotente, deshonrado, se acurruca llorando en un rincón y les dice:

- Lo único que puedo hacer es llorar por ustedes.

Nuevamente se le oyó llorar y llorar aullándole a la Luna:

- ¡Guauu! ¡guauuu! ¡guayy.¡!

Pero esta vez, Fucho no está completamente solo: Toda esta tragedia ha sido vista por alguien que observa y sabe todo lo que acontece en ese condado y se ha dado cuenta de que allí está haciendo mucha falta alguien que pueda devolverle la cordura a los animales locos e irresponsables, Inyectarle la fe a la Señora Jabada la gallina, darle a Fucho la Fortaleza, la Confianza y la Valentía que le faltan y darle una lección al gavián y enseñarlo a comer paja. Desde un árbol, camuflado entre sus ramas hace tiempo que ha estado esperando el momento de actuar mientras piensa.

- Siempre creí que este perro iba a mejorar las cosas, pero de verdad que parece ser que está empavado con la sarna verde esa que no se ha podido quitar de encima.

Sin que Fucho se de cuenta se le va acercando por detrás y con su mejor sonrisa, lo lame y le dice:

- ¡Hola Señor Zorro!

Mientras cambia de forma por una parecida a un zorro.

Fucho se voltea, se huele la axila y le pregunta:

- ¿Porqué me ve como a un zorro porque estoy hediondo?
- No, porque tienes una bonita y frondosa cola.
- Pues no soy un zorro.
- ¡Ah!... Entonces... ¡Hola Señor lobo! – Y se transforma en lobo.
- ¿Y ahora que me ve? ¿El pelero sucio?
- No, que tienes unos hermosos y afilados colmillos.
- ¡Pues tampoco soy un lobo!
- ¡Pues! ¡Hola Señor Dragón!

Luego cambia de forma y se convierte en un bello dragón dorado con brillo multicolor.

Con sus mejores destellos danza frente a sus ojos tratando de cambiar su ánimo, pero, el perro verde, con tantos insultos recibidos últimamente, ya se ha acostumbrado a mirar solamente lo malo y lo feo, al verlo danzar se envalentona y le dice:

- ¡Ya está bueno de burlas y de juegos! ¡No soportaré una pena más!
¡Guau! ¡Guau! ¡Grrf!

A pesar de que el Camaleón Dorado adoptó esa precisa forma con un propósito, no esperaba tan rápido tal reacción por lo cual se sintió turbado, y volvió a su color verde camaleón.

Viendo, por primera vez en mucho tiempo, a alguien trastornado por su presencia, el perro, incapaz de ver el esfuerzo del dragón por ayudarlo, al igual que otros han hecho con él, comienza a burlarse del dragón y mirándolo a los ojos dice:

- ¡Tu no eres nadie! ¡Ni Zorro! ¡Ni lobo! ¡Ni dragón! Y no puedes darme nada porque no tienes nada que dar. ¡Eres solo una mascarada para ingenuos! El Camaleón, ahora, convertido en dragón comienza a temblar y se le va haciendo cada vez más difícil mantener su forma hasta que se le cae todo el

ropaje puesto quedando totalmente desnudo y trata de huir. Entonces, el Perro verde lo descubre por primera vez en su forma real y se asombra al darse cuenta de que el famoso Camaleón Dorado, El Mito, La Leyenda, no es más que otro perro verde, zarrapastroso como él.

- ¡Ey! ¡No te vayas! – Dice Fucho al otro perro verde - ¿Porqué te ocultabas detrás del mito de Camaleón Dorado?

El Perro verde – antes camaleón dorado – se devuelve y con lágrimas en los ojos le pide:

- No me vayas a descubrir ante los demás porque no quiero que pierdan las ganas de vivir y de ser felices. Así es. ¡Me descubriste! No soy más que un perro verde... Me llamo Cucho.

Y entonces Cucho cuenta su verdadera historia:

- Hace muchos años, en tiempos de guerra, yo cuidaba de un Almirante y su barco. El y yo éramos muy importantes porque yo siempre avisaba sobre cualquier peligro y hacíamos el recorrido juntos. Conoció de todos los mares conmigo y Desde los grumetes hasta los oficiales se sentían protegidos por nosotros.

Todos éramos muy felices, pero una noche, estando en cubierta oyendo un canto de sirenas, no me percaté de un barco enemigo que se acercaba. Cuando me di cuenta y ladré para avisar, ya era tarde; el barco enemigo lanzó un torpedo y hundió al barco con toda su tripulación y solo yo pude salvarme. Las sirenas me condujeron a la playa donde juré que nunca más abandonaría a nadie a la tristeza ni a la desesperación. Allí me cayeron las tormentas y con el tiempo se me fue formando este moho verde. Como las sirenas se sintieron culpables por lo que me sucedió, me regalaron el don de cambiar mi forma, por eso adquirí la de un camaleón para que no me reconocieran y poder modificarme. También me dijeron que mi amo se había salvado con sus hombres y estaba en una isla lejana.



- Y ¿Por qué solo te transformas en animales mitológicos y no en un hermoso perro?

- Porque hay quien prefiere vivir de ilusiones antes que morir de desengaños y solo si soy perdonado por mi mismo o por alguien semejante a mi puedo recuperar mi real forma y nadar hasta la isla donde dicen que naufragó mi amo y varios de sus hombres. Si alguien pudiera ver dentro de mi, vería al gran animal que fui y que estoy arrepentido de haberme ido detrás del canto de las sirenas ¡Ya lo he pagado caro! También he dado felicidad a muchos para ser perdonado...

Fucho mira a Cucho a los ojos y esa mirada le

llega hasta el alma. Cucho mira a Fucho y sucede lo mismo. ¡Entonces se produce el milagro:

A los dos perros verdes se les cae la piel mugrienta, se sanan todas las heridas y queda en ambos un hermoso pelaje superior al que habían tenido antes.

- Gracias Cucho; sin ti no hubiera podido volver a ser.

- Gracias a ti Fucho, porque yo tampoco hubiera descubierto mi verdad de no haber sido por ti. Ahora sellaremos nuestra amistad para siempre y podré irme a la isla donde naufragó mi amo. Quiero que sepas que desde ahora podrás tomar la forma que quieras por haberme ayudado a recuperar la mía y solo tu me verás en mi verdadera forma. Los demás seguirán creyendo que soy un camaleón dorado.

Al sentirse de nuevo fuerte y valiente, Fucho manda a Pucho a perseguir hasta atrapar al gavilán. Pucho lo atrapa y se lo entrega trayéndolo entre los dientes. Entonces Fucho le lija el pico y lo enseña a comer paja y no pollitos ni conejitos.

Luego obliga a las ovejas a obedecer, a los patos y gansos a callar y solo hablar para decir cosas inteligentes. A la vaca la manda a buscar al ganado robado hasta que lo trae y él se va a buscar a las ovejas perdidas; hace correr de la comarca al lobo; lleva a los ladrones hasta la Policía donde confiesen sus crímenes y vuelve a haber orden en la granja azul

El Camaleón Dorado, con ayuda de las sirenas, logra salvar a su amo El Almirante y llevarlo a la Granja Dorada quienes la vuelven a hacer próspera. El Almirante era el Hermano del amo de Fucho y heredero de la Granja Dorada. Fucho, con la magia del Camaleón dorado cura los ojos de la gallina quien logra poner huevos serios – no de risa- y saca nuevos pollitos.

De esa manera; gracias a los antiguos perros verdes; en la Granja Azul y en la Granja Dorada, reina el orden y la felicidad, la riqueza y la prosperidad y cuando todo se encuentra en paz, se ven correr y jugar a dos grandes y hermosos perros por toda la comarca.

Celeida Bermúdez

Venezuela

celeida1@cantv.net

Ilustraciones: Sarah Graziella Respall

5 años

Cuba

CONCIERTO EN EL PANTANO



RECUERDO que hace muchos años, cuando yo todavía era un niño, algunas tardes me iba con mis padres a pasear alrededor de un mágico pantano donde garzas, patos, ocas y otras aves revoloteaban, picoteaban en las orillas o se deslizaban suavemente por las tranquilas aguas de una gran balsa que los hombres habían construido para regar los campos. Pero también, en los cañaverales que crecían por aquellos

humedales vivían ruisenores, alondras, carriceros, pechiazules y otras avecillas canoras que no cesaban de cantar.

Incluso por las noches podía escucharse la melodiosa voz de algún ruisenor enamorado. Pero entremedio de las aves canoras que con sus trinos ponían música en el pantano, un burrito blanco que quería ser músico, estropeaba con sus rebuznos el maravilloso concierto del atardecer. Mis padres decían que la música es de la Naturaleza y que todas las criaturas sensibles tienen derecho a ser felices interpretando a su modo el valor de los sonidos. Sin embargo, los pajarillos no estaban nada conformes con los rebuznos del asno. Y un día en que el coro de ruisenores y alondras ensayaba entre los carrizos, un potente roznido del pollino hizo enmudecer los campos.

Entonces, un viejo ruisenor que era considerado sabio entre todos los pajaritos del contorno, reunió a sus amigos los músicos, diciéndoles:

-Ese burrito nos perturba, pero también tiene derecho a sentir la música. Por tanto, si vosotros estáis conformes, voy a hacerle una oferta.

El grupo entero, muy interesado por lo que el pájaro sabio les decía, escuchó atento. Y viendo el ruisenor que todos sus amiguitos los pájaros guardaban silencio, continuó hablándoles.

-Voy a proponerle al burro que sea nuestro director de coro. De ese modo, como los directores no cantan, mientras nosotros lo hagamos él callará. Y como, aunque no tenga buena voz sí que siente la música, nos dirigirá bien.

Todos: ruisenores y alondras, carriceros y pechiazules y otros animales voladores que no he nombrado, estuvieron de acuerdo con la propuesta del viejo ruisenor. De ese modo, por las tardes se podían escuchar en el pantano unas maravillosas melodías que todavía hoy, ya mayor, siento en el corazón.

LA NIÑA QUE NO QUERÍA ESTUDIAR



DORITA ERA una niña muy lista que no quería estudiar. Su maestra se esforzaba para que la alumna trabajase, aunque no lograba convencerla de lo importante que es aprender a esa edad. Y mientras los demás niños y niñas se sabían casi todos los días las lecciones, ella no progresaba. Hasta que un día la señorita Clara -que así se llamaba la educadora-, le dijo, muy seria: -A partir de mañana, cada vez que no hagas los deberes que te indico

pondrás una letra del abecedario en esta cajita que yo conservaré. Y con las letras que yo guarde iré escribiendo el castigo que cada día merezcas. Pero cuando te sepas la lección quitaremos otra letra, la que tú quieras. Pero Dorita -que como ya hemos dicho era lista-, cada vez que su maestra la obligaba a depositar una letra en la cajita, elegía una consonante. "De este modo", pensaba la alumna, "si lo combino bien, entre las letras que guarde y las que saque del estuche no podrá castigarme nunca la señorita, porque sin las vocales no se puede escribir ninguna palabra". Muy ingeniosa la niña, ¡vaya que sí! Sin embargo, la señorita Clara tampoco era boba, y cuando se dio cuenta de que su discípula no avanzaba por ese camino, un día le dijo: "Escucha, Dorita: he pensado que, mucho mejor que ponerte castigos nada más, sería también conveniente que tú te premiaras. Por lo tanto, con todas las letras que guardemos podré imponerte la sanción que yo considere justa y tú elegir el premio que creas merecer y que se te pueda conceder. ¿Estás de acuerdo?" La niña aceptó la propuesta de su maestra y comenzó a estudiar. Pero, como a pesar de ser tan inteligente seguía sin tener ganas de trabajar, pensó entonces en escoger aquellas letras que le sirviesen para elegir su premio, el que más deseaba: comer muchos dulces. "¡Eso es!", decidió. "La frase que necesito es: quiero comer muchos dulces". Ella pensaba que faltando la 'A' sería imposible que la señorita Clara pudiese castigarla a no tener vacaciones, que es lo que Dorita deseaba, aparte de los dulces.

Llegado el fin del curso y después de haber suspendido cuatro asignaturas, la profesora le dijo:

-Dorita, lo prometido es deuda. Vamos tú y yo a saldar nuestras cuentas pendientes. Elige el premio que por tus esfuerzos creas merecer. La niña, ya lo sabemos, pidió muchos dulces, que la maestra le entregó. Entonces, ésta le dijo:

-Ahora me toca a mí elegir el castigo que a mi criterio te corresponde por haber suspendido cuatro asignaturas. Dorita estaba muy tranquila. Creía que su maestra no podría privarla de las vacaciones que tanto ansiaba. Pero cuando hubo escuchado la sentencia de su educadora comenzó a llorar. ¿Os imagináis lo que escribió la señorita Clara en un papel, adornado con bellos dibujos de playas, barquitos y gaviotas? Os lo diré. Fue esto: "Quiero que te quedes en el colegio todo el estío, y estudies lo que suspendiste". ¿Os dais cuenta? No hizo falta la letra "A" para que tan mala estudiante se quedase sin las vacaciones que había deseado.

Al siguiente año Dorita aprobó todas las asignaturas y pudo irse de vacaciones a la playa.

DOÑA ROSITA "LAMPARILLA"



TODOS se reían de ella, ¡la pobre!... Pero el caso era que Rosita no se metía con nadie y a todo el mundo trataba con cariño. Vendía flores en una esquina del mercado del pueblo; del pueblo donde nació. Como era huérfana de padre y madre y su nariz se parecía a una bombilla, la gente -"¡huy, qué narizota tan fea!"- se reía de la florista. Alguien le puso por apodo Lamparilla. También lo de doña como tratamiento que algunos, con guasa, le daban, fue intencionado, porque Rosita era una muchacha joven y sin estudios. ¡Cómo iba a estudiar si nadie se ocupó de que fuera al

colegio!

Tampoco hubo alma caritativa alguna que la enseñase a contar, aunque el cura de la parroquia la ayudaba de vez en cuando. "Rosita" -le decía el párroco-, "tú cuenta con los dedos. Cada rosa vale cinco dedos, los tulipanes, también cinco, y cada dedo un duro". Así, hasta que la muchacha pudo aprenderse de memoria el precio de cada flor. Pero lo peor no era lo de contar, que a Rosita no era nadie capaz de engañarla. Lo malo era siempre, que cuando olía las rosas se le encendía la nariz. Ella procuraba no olerlas, aunque... como le gustaba tanto ese aroma, pues..., eso: que se le ponían las nupias como una lámpara de butano, ¡qué cosas! Y durante el día, aún, aún; ¡pero al oscurecer!... Parecía un gato tuerto

*Vivía en el pueblo un hombre malvado... Bueno, malvado, no: ignorante sería mejor llamarlo, que se reía de la florista siempre que pasaba por su lado. "Mírala", decía: "Se le

parece a una bombilla de barracón. Como si hubiera nacido en una noche de relámpagos." ¡El muy necio! Seguramente sería que, como a él sus padres le pusieron el santo del día, su nombre era Agapito, por lo que en el pueblo le llamaban todos, para simplificar, Pito. Pero Rosita no tenía ninguna culpa de eso. Y sucedió que cierta tarde oscura por lo nublada y porque la noche se echaba encima, Agapito, que paseaba por donde estaba la ramilletera, volvió a reírse de ella. Tanto, tanto se rió que se le cayó la dentadura postiza y no la encontraba. Como la luz de la farola alumbraba poco y estaba algo distante de ellos, el tontorrón de Pito se vio en apuros. "Con el hambre que tengo y ahora sin dientes. ¿Cómo me las voy a componer para encontrar mi dentadura postiza?", pensaba, compungido. Rosita se percató de lo sucedido, aunque no dijo nada. Esperaba a que Pito le pidiese ayuda, para darle una lección de humildad. Y así fue que el tontorrón, no sabiendo qué hacer, le pidió auxilio a la muchacha, implorándole que le ayudase a buscar sus dientes. La chica, que como ya sabemos era muy buena, le respondió: "Agapito, no puedo ayudarte. He vendido todas mis rosas, y si no las huelo mi nariz no se enciende". Él pensó lo que pensó y le dijo: "Espérame, que vuelvo enseguida". Y allá que se va corriendo el cantamañanas en busca de las flores. Pero no se le ocurrió otra corsa que meterse en un jardín de la Plaza Mayor, con el ánimo de cortar unas cuantas rosas. ¡Y allí que estaban los municipales! ¡Y multa de las gordas! ¡Y Agapito que pide perdón a los guardias! ¡Y los guardias, que a pagar se ha dicho! Total: sin dientes y con una buena sanción. Pero consiguió el ramillete para que lo oliese Rosita. Cuando la florista olió las rosas, ¡se le puso la nariz!...¡Ay, qué napias, la pobre! Buscaron y más buscaron, pero la dentadura no aparecía por ninguna parte. Y él -:"¡...ay, Señor, mis dientes!" -, que no cesaba de suspirar, le rogó a Rosita que siguiese buscando. Hasta que pudo encontrarlos, ¿sabéis dónde?: en la cesta de las flores, enredados entre las margaritas que la chica todavía no había vendido. Agapito, agradecido, le compró las flores que le quedaban, y ella, contando con los dedos, le dijo: "Veinte dedos, a duro el dedo, veinte duros me debes". Pero luego que le hubo pedido el dinero que le debía Agapito, Pito, Pito, pensándolo mejor, le dijo: "Bueno, hombre, te las regalo porque veo que ya me quieres, y, como el amor con amor se paga, con tal de que tú y yo seamos amigos, estamos en paz.uCuando se enteraron los vecinos del pueblo de lo sucedido con la dentadura postiza del tontucio Agapito, además de que se rieron a carcajada limpia, una comadre maliciosa escribió estas cuchufletas, que fueron de boca en boca:

A nuestro buen Agapito,
Pito, Pito, Pito,
se le cayeron los dientes
por reírse de Rosita

y su nariz de lamparilla,
Illa, illa, illa, illa.
¡Pobrecito el tío Agapito!,
Pito, Pito, Pito, Pito,
que sus dientes encontró
en una cesta de mimbre
Rosita La Lamparilla,
illa, illa, illa, illa.
Dicen que se casarán
la florista y Agapito,
Pito, Pito, Pito, Pito
al llegar la primavera,
y que tendrán muchos hijos
con nariz de lamparilla,
illa, illa, illa, illa,
Pito, Pito, Pito, Pito,
ea, ea, ea, ea.

EL PÁJARO MOSCA

SABÉIS, mis queridos amiguitos, ¿qué es un pájaro mosca? Claro que lo sabéis, porque vuestros padres, o tal vez en el cole, os lo habrán enseñado. Pero, por si de aquellas cosas alguien de entre vosotros no lo supiera, yo se lo explico. El pájaro mosca no es ni más ni menos que un pajarito pequeño, muy pequeño, que cabe dentro de una de vuestras manitas. Algunos son tan diminutos, que no tienen mayor tamaño que el de un abejorro. Vive en América, donde yo estuve una vez. Tiene el pico largo y débil, y sus colores (verde, rojo, azul metálico y otros muy vivos) son tan bellos, que entran ganas de soñar. Se alimenta del néctar de las flores y también de insectos; ya sabéis: moscas y mosquitos, mariposas pequeñas ... De todo eso. Dicho pajarillo recibe el nombre de colibrí. ¿Verdad que eso de colibrí suena a campanitas? Pues bien: el colibrí se mantiene junto a las flores para alimentarse; pero ha de hacerlo moviendo sus alitas con mucha rapidez, tal como si se hubiese vuelto loco de tan deprisa como lo hace. ¡Ay, qué risa!: un día vi a uno de ellos jugando delante de las narices de un gato negro. El gato quería atraparlo con sus uñas y daba zarpazos para alcanzarlo; pero el colibrí, mucho más veloz, cada vez que el michino sacaba las garras, ¡a volar se ha dicho! Entonces, para que el pájaro mosca no lo engañara con sus rápidos vuelos, el gato inventó una treta. Ya veréis lo que hizo el muy pillo. Arrancó una hermosa flor que había en un jardín y se la ofreció al pajarito, diciéndole:

-Toma, toma, colibrí esta flor tan bella. Te la regalo, para que puedas chupar su jugo azucarado.

Era tan bonita la flor..., de tan vistosos colores, que el colibrí, maravillado, olvidó que el gato no llevaba buenas intenciones. Y... ¡zas!, cayó en sus garras cuando se disponía a libar tan preciso capullo. Pero el gato, que no era malo, apiadándose de él le dijo:

-Ningún daño te haré si me prometes una cosa que te voy a pedir.

-Pídeme lo que quieras, que yo he de concedértelo; pero no me lastimes, porque soy muy delicado -le respondió el pajarillo, llorando de miedo.

Dijo entonces el otro: "Dame tus bellos colores, para que de ese modo una gatita blanca y amarilla que yo conozco me quiera".

El colibrí se alarmó al escuchar lo que el felino le pedía. Si le regalaba sus colores, ya nunca más podría ser feliz. Pero como su vida valía mucho más que cualquier color, aceptó. Y así es que, desde aquel instante, el pobre colibrí se quedó desnudo de fantasía. Pero como los pájaros no son tontos, pensó lo que pensó y dijo para sí mismo: "Voy a buscar mi dicha en el cielo. Yo sé dónde poder vestir otra vez mi plumaje de verde, azul, rojo y amarillo". Y se fue volando, volando..., hasta un escondido lugar, más arriba de las nubes, donde halló lo que deseaba. Claro, que vosotros pensaréis ahora: "¿Dónde podría encontrar el colibrí los colores que le faltaban, los que le dio al gato?" Yo os lo diré si queréis que os lo cuente. Esperad un poquito a que que busque mi lupa mágica, porque yo también quiero ver lo mismo que vosotros.

Después de volar muy alto y por mucho tiempo, el colibrí llegó a un lugar donde la tierra olía a lluvia. Estaba el cielo muy nublado y los rayos caían para estrellarse en los ríos, en el mar, en los árboles y en los pararrayos. Como era bien de mañanita, esperó a que el cielo quedara limpio. Y así fue que al cabo de una hora pasó la tormenta y comenzó a lucir el sol. A lo lejos, en el horizonte marino, apareció el arco iris. ¡Qué alegría tan grande sintió el pajarillo!

Comenzó a volar de nuevo, más rápido que nunca, y al cabo de poco tiempo se revocó en el arco de colores que la Naturaleza había preparado. Cuando se fue de allí, de la bella curva de luces, estaba más esplendoroso que nunca. En vez de ser como antes: verde, azul, amarillo, rojo y blanco, ganó otros tres colores más: violeta, añil y anaranjado.

Transcurrido el tiempo volvió el colibrí a su tierra, donde había dejado el nido. Y al encontrarse de nuevo con el gato, vio que éste era tan negro como antes. Cuando mudó el pelaje perdió el colorido que le había regalado su amiguito el pájaro mosca. Y de la misma manera que el gato se apiadó del pajarito cuando lo tenía entre sus garras, el colibrí quiso devolverle el favor. ¿Sabéis que hizo el pájaro mosca? Veréis. Un día que llovió mucho, pidió el favor de que sus buenos amigos los pájaros tropicales llevaran al felino, volando, hasta donde estaba el arco iris. Y, después de varios revolcones en él, quedó como nuevo, con los siete colores de la luz. De ese modo el michino pudo enamorar a su gatita blanca y amarilla, que tuvo muchos gatitos de colores.

Para los niños cubanos principalmente (y para los del resto del mundo), que pueden contemplar, como nadie, el arco iris en el bello horizonte caribeño.

César Rubio Aracil (Augustus)

Alicante (España)

augustus8@hotmail.com

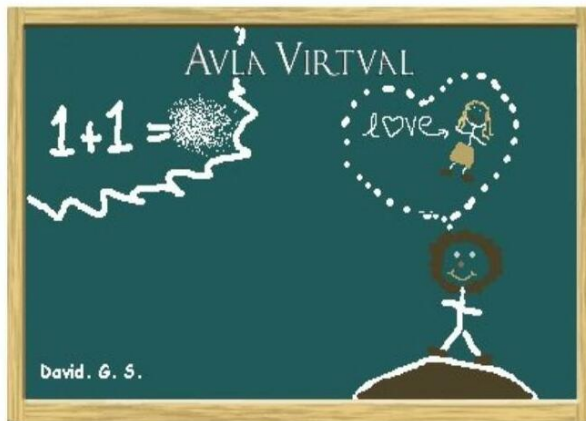
Ilustración: Sarah Graziella Respall

5 años

Cuba

Círculo Infantil de Educación Especial Ernestito

Lápices que no necesitan de las manos para escribir



"Son los lápices que caminan por la vida, que piensan, viven; saben lo que es correcto y lo que es incorrecto; saben lo que perjudican a los demás lápices.

Conocen la verdad, el respeto, la dignidad, la paz; saben cómo manejar las cosas.

El lápiz escribe lo necesario, tacha lo que escribió mal; a veces se equivoca y sabe como corregirlo, no necesita

de nadie para que lo guíe; maneja el país, la vida, a los demás lápices.

Todos dependen de él, si él se cae, los demás también.

Es el lápiz superior a todos, el que tiene color, altura; hasta que ya no tiene palabras para escribir, no tiene color, se cae, se rompe y quiebra ..."

Claudia Noelia Noriega

A los 15 años

Argentina

Correo Electrónico : productos@cedeconet.com.ar

Ilustración: David Galván Sopena

14 años

España

davidgalvansopena@hotmail.com

EL BOSQUE DE LA AMISTAD



En un frondoso, agreste y profundo bosque, vivían toda clase de animales, llegados de diferentes partes del mundo, unidos por una misma razón, por una misma lucha en común, todos hablaban en una misma lengua, la hispana,

La magnitud del bosque era tan grande que para poder comunicarse entre ellos, decidieron abrir una gran ventana al exterior, desde donde poder hablarse, intercambiar ideas, aclarar sus dudas, poder encontrar a alguien que les supiese escuchar. – Que bonito parece, mirado desde fuera, demasiado hermoso para ser real - .

Al frondoso y agreste bosque, un día llegó un pequeño gusano, llegaba asustado, acongojado por todo lo que le estaba pasando, su relato llegó al corazón de todos, todos le brindaron su ayuda y su amistad, el gusano pronto se animó, fue cogiendo fuerza, se sentía arropado por todos, sus relatos gustaban, empezaban a ir más allá del impenetrable bosque, atravesando fronteras, a algunos dirigentes eso no debió gustarles y le empezaron a llegar críticas, al principio el gusano no le daba importancia, aunque le dolía en el alma, - él solo luchaba para llegar un día a liberarse de lo que le estaba oprimiendo cada vez más, convencido de que era la meta de todos quería aportar su granito de arena a la Comunidad que tanto le había ayudado cuando más lo necesitaba. Pero su forma de luchar no era aceptada por todos, hubo quien intentó echarlo del bosque, pero el gusano resistió. Y siguió luchando a dos bandos, repeliendo como podía los ataques de uno y de otro.

Así fueron pasando los años, entre luchas constantes, intentando luchar contra uno e ignorar en lo posible al otro. El gusano admiraba la entereza y el valor con el que algunos animales afrontaban su dolor, quiso imitarlos pero no fue capaz, por más que lo intentaba él sabía que jamás podría conseguirlo, pero era feliz porque a pesar de su fracaso en el intento, no le rechazaron, seguían “queriéndolo” – al menos eso le dieron a entender.

Un día el gusano tuvo la osadía de llevar la contraria, mejor dicho, de dar su opinión sobre un importante evento, y el que un día dijo quererle a pesar de ser tan diferentes, se ofendió por sus palabras, ¿Cómo se atreve a decir eso de mí? ¿Qué sabrá él sobre mi vida? El gusano no pretendía ofender a su amigo, solo quería dar su opinión aunque fuese contraria a la de él, el no estar de acuerdo en todo, no ha de ser motivo de ruptura si la amistad es verdadera. – al menos es lo

que el gusano pensaba – El gusano no concebía una amistad basada en solo halagos, sin tener plena libertad de “criticar” las ideas que no compartía, así que muy a su pesar se fueron distanciando. Cada uno siguió su camino, aunque el gusano nunca dejó de admirar a su amigo, tampoco nunca llegó a comprender como un animal tan cariñoso con todos los demás, a él solo por contrariarlo, por no decirle a todo amén lo dejó de querer.

Cada vez la relación entre ambos era más lejana, El gusano siguió defendiendo lo que para su entender era justo, no cambió de táctica ni de armas, poco a poco y con mucho esfuerzo fue ganando terreno, pero salvo algunas excepciones, solo recibía críticas, ninguna palabra de aliento, lo acusaron de politiquear, de obsesionado por su dolor, de no saber luchar, de haber perdido la guerra. A pesar de ello el gusano no se rindió, tal vez para ellos fuese una guerra perdida, una lucha inútil, pero él seguiría luchando hasta estar herido de muerte.

Lo que el gusano no se esperaba que la herida se la produjesen los de su misma especie. Justo cuando el gusano se había convertido en Mariposa, con unas hermosas y coloridas alas (que eran la envidia de las de su misma raza), después de mucho trabajo y esfuerzo, justo cuando podía echar a volar, una estúpida discusión, un mal entendido, el orgullo del que un día dijo ser su amigo y quererle, fue quien lo hirió de muerte. Le cortó sus hermosas alas antes de poder estrenarlas, tanto camino andado cuando era gusano, tanto esfuerzo que le había costado y por una contrariedad, contrariada se quedó sin saber que es volar, jamás volvería a ser lo mismo, la lucha le daba igual, ya nada le importaba, parecía haber ofendido a un amigo por llevarle la contraria. ¿Qué pasa que su palabra no cuenta? ¿Qué a él le pueden llevar la contraria sin ser ofendido? Tal vez quiso volar demasiado rápido, demasiado alto para su categoría y no dudaron en cortarle las alas que con tantos esfuerzos había conseguido que le crecieran.

La Mariposa aún con sus alas rotas y herida de muerte, pensó en pedir disculpas públicamente a su “amigo”, pero no sabía porque debía disculparse, no creía haberle ofendido, ¿se dio por aludido?, que culpa tenía ella.

La Mariposa jamás volvería a volar, alguien le cortó las alas, justamente antes de emprender su vuelo hacia la libertad, y nadie le pedirá disculpas por ello. Tendrá que seguir luchando arrastrándose como cuando era gusano, pero le daba igual, aún herida lo volverá a intentar.

La amistad ha de estar por encima de todos los ideales, un buen amigo jamás se enfadará contigo porque le lleves la contraria. Es mejor un amigo crítico que un amigo halagador. Es mejor un amigo sincero que una falsa amistad. Sed

amigos de vuestros amigos, pero sedlo de verdad, halagando y criticando, cada cosa a su tiempo, cada uno en su lugar.

¿POR QUÉ TIEMBLA LA LUNA?



Todo el Universo estaba preocupado, eran las 7 de la tarde, hacía rato que había oscurecido y la Luna no se veía por ninguna parte, las estrellas, salieron a su encuentro; La vieron venir a lo lejos, tuvieron que mirarla dos veces para saber que era ella, venía tan lentamente por su vía láctea, que no parecía la misma, todas las estrellas se quedaron mirándola con asombro, nunca la habían visto de este talante, nunca la habían visto con esos andares, lentos, y de un lado al otro, como si hubiese bebido, como si fuese borracha.

Al llegar cerca de la Osa Mayor esta le pregunta:

¿Qué te pasa, Luna, que vienes tan tarde y encima en ese estado de embriaguez?

¿En estado de qué? Pregunta la Luna sorprendida.

Si Luna, te vengo observando desde que has hecho tu aparición, por cierto, ¿sabes que llegas tarde?

Sí, lo sé, pero no podía, mis movimientos cada vez son más lentos, me cuesta deslizarme por el firmamento, no se que me está pasando, pero me encuentro rara.

¿Rara? Yo más bien diría que vas borracha, tus andares, tus movimientos te delatan. ¿Puedo saber porqué? ¿Qué demonios te pasa?

Me defraudas, ¿tan poca confianza me tienes? Parece que no me conozcas, tú sabes que soy abstemia, y no bebo más que agua...

No es cuestión de confianza, yo creo que si que te conozco, al menos eso pensaba pero hoy al verte... mira Luna, si tienes problemas, la bebida, no te va a servir de ayuda.

La luna le contesta con un hilo de voz, que casi no se la oye.

No he bebido, si quieres puedes oler mi aliento, a lo único que vas a oler es a la pasta de dientes. No se que me pasa últimamente que me he vuelto más torpe, más lenta, y mi cuerpo tiembla, como si fuese una hoja de árbol en un día de viento.

¿Y, de qué son tantos temblores?, ¿Por qué te vuelves lenta y torpe? ¿Lo has consultado con alguien?

No, todavía no, tú eres a la primera que se lo cuento, pero he estado haciendo averiguaciones.

Y puedo saber a que conclusiones has llegado, ¿qué has averiguado?

La Luna se entristece, intenta ser fuerte, pero no puede impedir que sus ojos se llenen de lágrimas.

Y mirando hacia la tierra le dice :

Creo, que ellos son los culpables.

¿Qué tienes tú que ver con los terrícolas?

Yo nada, pero o muy equivocada estoy, o esto mío es una enfermedad que los terrestres no han sabido o no han querido saber como erradicar.

Eso es imposible, le dice la Osa Mayor asombrada.

No tan imposible, tú sabes que me han visitado unas cuantas veces, y de vez en cuando envían sus aparatos de reconocimiento para estar bien informados, de mis cambios lunáticos, ¿Quién te asegura que en esos ir y venir de aquí para allá no han transportado el gen de la enfermedad?

Sí, podría muy bien ser, mirándolo así, tienes razón, tú corres el riesgo de que te hayan contaminado, pero no creo que te puedan afectar sus enfermedades.

¿Sabes a qué familia pertenece?

Es de tipo Neurológico, afecta al sistema nervioso, han descubierto que el problema les viene porque su cerebro no fabrica la Dopamina (una sustancia negra) que necesita y la tienen que suplir a base de medicamentos, parece mentira que gasten tanto dinero para venir a explorarme y no se hayan preocupado de investigar sobre como deshacerse de todo tipo de enfermedades, que les están azotando durante siglos.

La Osa Mayor se separa de la Luna, ella molesta le pregunta:

¿Qué haces? ¿Por qué te apartas? ¿Acaso tienes miedo de contagiarte? No te preocupes si algo he sabido es que no es contagiosa, ni hereditaria, en eso puedes estar tranquila.

Verás, llevo días observando a los habitantes de la Tierra, y he llegado a la conclusión que sus ansias de poder, les llevará a su destrucción.

¿Tú crees que llegarán hasta ese extremo? Le pregunta la Osa Mayor.

Ya lo creo, no lo sabes tú bien.

La Luna empieza a temblar, no puede dominar su cuerpo, la Osa extrañada le dice:

Y esos temblores que tienes, por Dios, ¿puedes pararte quieta?

Eso quisiera yo, estos temblores son efectos de la enfermedad.

¿Cómo lo sabes?

Como he sabido lo demás, llevo tiempo observándolos, he visto personas con mis mismos síntomas. Se vuelven lentos, como yo, torpes, como yo, unas veces tiemblan y otras se ponen tan rígidos que no pueden dar un paso, como yo.

También a menudo se les confunde con drogadictos o borrachos, en más de una ocasión son rechazados por los llamémosles “personas sanas”, incluso sus mismos familiares.

¿Y esa enfermedad tiene nombre?

Ellos la llaman Parkinson, en honor de su descubridor, contesta la Luna temblando. Y sigue explicándole a la Osa Mayor, todo lo que ha descubierto de los parkinsonianos.

¿Sabes una cosa, Osa Mayor?

Dime Luna

He llegado a la triste conclusión que para ser un buen humano no hay nada como una preocupación, se vuelven más solidarios, más generosos, más tolerantes, menos agresivos, toda su agresividad la utilizan para combatir su enfermedad, aunque hay excepciones.

Después de todo lo que te he comentado, a ti que te parece ¿Puede o no puede ser lo mío un Parkinson?

Pues, bueno, yo no sé, remitiéndome a lo que tú me has ido contando, algunos síntomas coinciden, la mayoría diría yo.

Tú también lo crees ¿Verdad? Le pregunta la Luna preocupada

Podrías, tal vez, quizás, yo no sé.

Como llegue la noticia a la Tierra ya veo los titulares en la prensa de todas las ciudades:

“La Luna tiembla, ¿Qué le hace temblar? ¿Tiembla de frío? ¿Tiembla de miedo? O es un Lunarmoto, (un terremoto lunar) ¿Quién es el culpable de que la Luna tiemble?

Tal vez cuando descubran que el culpable es EL PARKINSON, empiecen a investigar como erradicarlo. La única forma que estaría posible, sería trasladándolo a que fuese un Asunto de Estado, tal vez así acelerarían las investigaciones.

La Luna que poco confía en los humanos, hace años que los conoce, y sabe hasta donde llega su intelecto, sabe que pasaran muchos años antes no quieran erradicar enfermedades, demasiados intereses por medio y además son intereses monetarios. Esos pensamientos la entristecen, le aterra tener que seguir viviendo de esta manera, sabe de antemano que si no encuentran la formula de cómo curarlo acabará en una silla de ruedas.

Empieza un nuevo día, el sol hace muestras de querer salir, la Luna se despide de todas las estrellas y se encamina hacia la vía láctea que la devolverá de vuelta a su hogar, sus andares siguen siendo irregulares, más si cabe que cuando llegó por la tarde. Al pasar por el lado del Sol, éste la mira y con asombro y en tono burlón le dice: “Menuda juerga os habéis montado. ¿Podrás llegar a tu destino en ese estado?”

Mi querido Sol, mis andares, mi rigidez, mis movimientos involuntarios, no son causados por la bebida, sino por una enfermedad llamada “PARKINSON”. Te ruego no te rías, ni te mofes, ni te burles, puedes herir los sentimientos de los afectados, y ten en cuenta que aunque es una enfermedad de humanos, ya ves, todos estamos expuestos, no hace excepciones. Te pido que me ayudes a convencer a los humanos que gasten menos en viajes espaciales para llegar a

Marte y dediquen sus conocimientos y esfuerzos para saber como curar enfermedades como “El Parkinson, “El Alzheimer” O “La Diabetes”.
Quién sabe, bien podría ser, que nuestros salvadores nos estén leyendo en estos momentos, solo les deseo mucha suerte que estudien mucho y recuerden esta historia cuando estén entre tubos de ensayo investigando cómo curar a la humanidad de sus enfermedades.
Con el deseo de que la historia os haya gustado, vaya por delante el agradecimiento de unos enfermos, por haberles escuchado.

Consol Torrente
Barcelona, España.
co.torrente@eresmas.net

Ilustración: Leandro González, 6 años
Eduardo Hernández, 6 años
Escuela Primaria Tomás Romay, Cuba
ideasz@jovenclub.cu